QUERIDO MIGUEL

Natalia Ginzburg

NATALIA GINZBURG

QUERIDO MIGUEL

Traducción de CARMEN MARTÍN GAITE

BARCELONA 2003 ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL: *Caro Michele*

Publicado por:
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel.:934 144 906 - Fax: 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1999 by Giulio Einaudi Editori S.p.A.
© de la traducción: 1989, 2000, 2003 by Carmen Martín Gaite
© de esta edición: 2000, 2003 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.
Cubierta realizada a partir de una obra de Vilhelm Hammershøi

ISBN: 84-96136-09-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 45.988 - 2003

PRIMERA EDICIÓN EN NARRATIVA DEL ACANTILADO: *noviembre de 2003*
PRIMERA EDICIÓN EN ACANTILADO: *junio de 2000*

ELISABET NAVARRO *Corrección de pruebas*
MARTA SERRANO *Producción gráfica*
JORDI RAVENTÓ *Asistente de edición*
VÍCTOR IGUAL, S.L. *Preimpresión*
ROMANYA-VALLS *Impresión y encuadernación*

ADVERTENCIA

Este archivo es una copia de seguridad, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **debes saber** que **no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente…

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

y la siguiente…

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

I

Una mujer llamada Adriana se levantó de la cama en su nueva casa. Estaba nevando. Aquel día era su cumpleaños. Cumplía cuarenta y tres. La casa estaba en pleno campo. A lo lejos se veía el pueblo sobre una pequeña colina. El pueblo estaba a dos kilómetros. La ciudad a quince. Hacía diez días que la mujer se había venido a vivir a esta casa. Se puso una bata de encaje color tabaco.

Metió los pies, largos y flacos, en unas pantuflas color tabaco, deshilachadas, adornadas de piel blanca muy sucia y raída. Bajó a la cocina, se preparó una taza de Nescafé y se lo tomó mojando muchas galletas. Encima de la mesa había unas mondaduras de manzana y las envolvió en un papel de periódico, con destino a unos conejos que no le habían traído todavía, pero que le había prometido el lechero. Luego fue al cuarto de estar y abrió las contraventanas. En el espejo colgado encima del sofá saludó a aquella figura alta que la estaba mirando con su melena de cobre corta y ondulada, la cabeza pequeña, el cuello largo y firme y unos ojos verdes rasgados y tristes. Luego se sentó delante del buró y se puso a escribir una carta al único hijo varón que tenía.

Querido Miguel —decía—. Te escribo sobre todo para decirte que tu padre no está nada bien. Vete a verlo. Dice que hace mucho que no te ve. Yo estuve ayer. Era primer jueves de mes. Le estuve esperando en el café Canova y me telefoneó allí su criado para decirme que se encontraba mal. Así que subí. Estaba en la cama. Lo encontré muy desmejorado, con muchas ojeras y un color que no me gusta nada. Tiene dolores en la boca del estómago. Ya no come ni poco ni mucho. Y sigue fumando, claro.

Si vas a verlo, no se te ocurra llevar, como siempre, veinticinco pares de calcetines sucios. Ese criado, que se llama Quico o Federico, no me acuerdo, no está en estos momentos como para hacerse cargo de tu ropa sucia. Está atontado y como ido. No duerme bien porque tu padre le llama por las noches. Además es la primera vez que trabaja como criado porque antes estaba empleado en un taller de reparación de coches, y, por si fuera poco, es un imbécil integral.

Si tienes ropa sucia, tráemela a mí. Tengo una chica que se llama Cloti. Ha

venido hace cinco días. No es simpática. Y como al fin la cara larga la tiene siempre y las relaciones con ella son ya de por sí tirantes, si llegas tú con una maleta llena de ropa para lavar y planchar, da igual, la puedes traer. De todas maneras, te recuerdo que hay buenas lavanderías, incluso ahí, cerca del sótano donde vives. Y ya tienes edad de ocuparte por ti mismo de tus cosas. Dentro de poco vas a cumplir veintidós años. Por cierto, hoy es mi cumpleaños. Las gemelas me han regalado un par de zapatillas. Pero yo les tengo demasiado apego a mis viejas pantuflas. También quería decirte que si todas las noches te lavaras el pañuelo y los calcetines, en vez de amontonarlos sucios debajo de la cama durante semanas enteras, sería estupendo; pero es una cosa que nunca he conseguido meterte en la cabeza.

Estuve esperando al médico. Es un tal Povo o Covo, no lo entendí bien. Vive en el piso de arriba. No logré enterarme de lo que opina sobre la enfermedad de tu padre. Dice que tiene úlcera, como si eso no estuviéramos hartos de saberlo. Dice que habría que internarlo, pero a tu padre de la clínica no se le puede ni hablar.

A lo mejor piensas que yo debía mudarme a casa de tu padre para cuidarlo. A mí también algunas veces se me pasa la idea por la cabeza, pero creo que no lo voy a hacer. Me asustan las enfermedades; las de los demás, las mías no, pero es que yo casi nunca he estado mala. Cuando mi padre tuvo la diverticulitis, fui a verle a Holanda. Pero sabía de sobra que no era diverticulitis. Era cáncer. Así que no me quedé y se murió sin estar yo allí. Me remuerde la conciencia. Pero la verdad es que al llegar a cierta edad, los remordimientos los mojamos en el café del desayuno, como las galletas.

Y luego que si me presentase yo allí mañana con mi maleta, a saber cuál sería la reacción de tu padre. Ya hace muchos años que le intimido. Y él también a mí me intimida. No hay nada peor que la timidez entre dos personas que se han aborrecido. Ya no son capaces de decirse nada. Se agradecen mutuamente que el otro no las hiera ni las arañe, pero tal modalidad de gratitud no encuentra el camino de las palabras. Después de nuestra separación, tu padre y yo cogimos esa tediosa y civilizada costumbre de juntarnos a tomar un té en el Canova todos los primeros jueves de mes. Era una costumbre que no tenía nada que ver ni con él ni conmigo. La tomamos por consejo de Lillino, ese primo suyo que tiene bufete de abogado en Mantua, y él a su primo siempre le hace caso. Según su primo, nosotros dos debíamos mantener una relación educada y vernos de vez en cuando para cambiar impresiones sobre asuntos de interés común. Pero las horas que pasábamos en el Canova eran un tormento para tu padre y para mí. Como tu padre, dentro de su desorden, es una persona metódica, decidió que nos teníamos que quedar delante de aquel velador desde las cinco hasta las siete y media; de vez en cuando suspiraba y miraba el reloj, y esto para mí era humillante. Se echaba para atrás en el asiento y se quedaba así rascándose la cabezota negra y trastornada. Me parecía una vieja pantera cansada. Hablábamos de vosotros. Aunque la verdad es que a él tus hermanas

le importan un pito. Su ojito derecho eres tú. Desde que naciste se le ha metido en la cabeza que eres la única cosa en el mundo digna de ternura y veneración. Hablábamos de ti. Pero él enseguida salía con que yo a ti nunca te he entendido y que el único que te conoce a fondo es él. Y con esto se daba por cerrada la conversación. Era tal el miedo que teníamos a contradecirnos uno a otro que cualquier discusión nos parecía arriesgada y la descartábamos. Vosotros estabais al tanto de que nos veíamos allí aquellas tardes, pero lo que no sabíais es que había sido el primo ese que Dios confunda quien nos lo aconsejó. Me doy cuenta de que vengo usando el pretérito imperfecto, pero realmente es que creo que tu padre se encuentra muy mal y que no volveremos a vernos en el Canova ningún primer jueves de mes.

Si tú no fueras tan calamidad, te diría que dejaras el sótano y te fueras a vivir otra vez a la calle de San Sebastianello. Podrías ser tú quien se levantara por las noches en vez del criado. En el fondo, no tienes ningún quehacer concreto. Viola tiene que atender su casa y Angélica a la niña y a su trabajo. Las gemelas tienen sus clases y además son pequeñas. Tu padre, por otra parte, a las gemelas no las aguanta; y tampoco creas que aguanta mucho a Viola ni a Angélica. En lo tocante a sus hermanas, Cecilia está vieja y Matilde y él se detestan. Matilde ahora vive conmigo y se quedará todo el invierno. Total que eres tú la única persona en este mundo a la que tu padre quiere y aguanta. Y, sin embargo, me doy cuenta de que, siendo como eres, es mejor que te quedes en tu sótano. Si te mudases a casa de tu padre, multiplicarías el desorden y al criado lo volverías loco.

Otra cosa que te quiero decir es la siguiente: he recibido una carta de una persona que dice llamarse Mara Castorelli y haberme conocido el año pasado en una fiesta que diste en tu sótano. De la fiesta me acuerdo, pero había tanta gente que no me acuerdo de nadie con detalle. La carta me la han remitido de mis antiguas señas de la calle Villini. La tal Mara me pide que la ayude a encontrar un trabajo. Me escribe desde una pensión en la cual, no obstante, no puede quedarse porque le sale muy cara. Dice que ha tenido un niño y que le gustaría venir a visitarme y traerme esa hermosa criatura para enseñármela. Todavía no le he contestado. Antes me gustaban los niños, pero ahora no me apetece nada extasiarme ante niño alguno. Estoy muy cansada. Querría que me dijeras quién es esta chica y qué clase de trabajo busca, porque ella no lo especifica bien. Al principio no le di importancia a esta carta, pero luego me ha dado por pensar que el niño puede ser tuyo. Si no, no veo por qué se le ha podido ocurrir a ésa escribirme. Tiene una letra muy rara. Le pregunté a tu padre si conocía a una tal Martorelli amiga tuya, y me dijo que no. Luego se puso a hablar del queso Pastorella, que solía llevar consigo cuando iba de excursión en barco de vela. Y es que con tu padre no se puede tener una conversación coherente. Pero a mí se me ha ido metiendo poco a poco en la cabeza la idea de que ese niño es tuyo. Ayer noche, después de cenar, volví a sacar el coche, a pesar de la pereza que me da sacarlo. Fui al pueblo a telefonearte, pero a ti nunca se te pilla en casa. A

la vuelta, me dio por llorar; pensando por una parte en tu padre y el estado en que se ve, y por otra parte en ti. Si por casualidad fuera hijo tuyo el niño de esa Martorelli, ¿qué vas a hacer, tú que no sabes hacer nada? El bachillerato no quisiste terminarlo. Los cuadros esos que pintas, con casas que se derrumban y búhos que salen volando, a mí no me gustan gran cosa. Tu padre dice que son muy buenos y que yo no entiendo de pintura. A mí me recuerdan a los cuadros que pintaba él cuando era joven, pero en peor. No lo sé. Te ruego que me digas lo que tengo que contestarle a esa Martorelli, y si te parece que le mande algo de dinero. No es que lo pida, pero seguro que lo necesita.

Yo sigo sin teléfono. He ido a reclamarlo no sé cuántas veces, pero no ha venido nadie. Por favor, vete también tú a la Telefónica. No te cuesta nada porque te pilla cerca. Puede que ese Osvaldo amigo tuyo que te ha cedido el sótano conozca a alguien en la Telefónica. Las gemelas me han dicho que un primo de Osvaldo trabaja allí. Entérate si es verdad. Ha sido muy amable en cederte el sótano sin cobrarte nada, pero ese sótano para pintar es muy oscuro. Puede que sea por eso por lo que pintas tantos búhos, porque te quedas allí metido pintando con la luz encendida y te crees que fuera es de noche. También debe ser bastante húmedo, menos mal que yo te regalé la estufa aquella alemana.

No creo que vengas a felicitarme, porque no creo que te acuerdes de que es mi cumpleaños. Tampoco van a venir Angélica ni Viola, porque he hablado con ellas por teléfono ayer y ninguna de las dos podía. Me gusta esta casa, pero, claro, encuentro un poco incómodo estar tan lejos de todos. Pensé que este aire a las gemelas les sentaría bien. Pero a las gemelas no se les ve el pelo en todo el día. Van a clase en sus motocicletas y comen en una pizzería del centro. Van a casa de una amiga a hacer los deberes y vuelven cuando ya se ha puesto el sol. Hasta que vuelven estoy preocupada, porque no me gusta que anden por la carretera de noche.

Tu tía Matilde llegó hace tres días. Le gustaría ir a ver a tu padre, pero él ha dicho que no tiene ganas de verla. Ya hace muchos años que se enfriaron sus relaciones. A Matilde fui yo quien le escribí diciéndole que viniera porque andaba con los nervios destrozados y muy mal de dinero. Ha hecho una inversión en no sé qué acciones suizas que le ha salido mal. Le he pedido que ayude a las gemelas a repasar sus lecciones. Pero las gemelas se escabullen. Seré yo quien tenga que aguantarla, pero no sé cómo la voy a aguantar.

Puede que fuera una equivocación comprar esta casa. A veces pienso que ha sido una equivocación. Me tienen que traer unos conejos. Cuando me los traigan, me gustaría que vinieras tú a hacerme las jaulas. Por ahora pienso meterlos en la leñera. A las gemelas les gustaría tener un caballo.

Te confieso que la razón más decisiva fue la de mi rechazo a seguirme encontrando con Felipe. Vive a dos pasos de la calle Villini y siempre me estaba topando con él. Me resultaba muy violento. Está bien. Su mujer espera un niño para esta primavera. ¿Por qué, Dios mío, seguirán naciendo tantos niños, si la

gente está harta y ya no los puede aguantar? Están demasiado vistos, los niños.

Te voy a dejar y a darle la carta a Matilde, que sale a hacer la compra. Yo me quedaré viendo nevar y leyendo los *Pensamientos* de Pascal.

Tu madre

Una vez acabada y cerrada esta carta, la mujer volvió a bajar a la cocina. Les dio los buenos días y un beso a cada una de las gemelas, Babetta y Nannetta, que tenían catorce años, dos colas de caballo rubias idénticas, dos chaquetones idénticos azules con hombreras e idénticas medias de sport escocesas. Salieron para ir a clase en sus motocicletas también idénticas. Luego dio los buenos días y un beso a su cuñada Matilde; una solterona gorda y hombruna de pelo lacio y canoso con un mechón que le caía sobre un ojo y que ella echaba para atrás con gesto petulante. De Cloti, la criada, no había ni rastro. Matilde quería entrar a llamarla. Comentó que se levantaba un cuarto de hora más tarde cada día y que todas las mañanas se quejaba destempladamente de los nudos que tenía su colchón. Por fin compareció la tal Cloti y se deslizó por el pasillo con una bata azul cielo muy corta y guateada y el pelo gris suelto por los hombros. Al poco rato salió de su cuarto de aseo con un delantal marrón nuevo y muy tieso. El pelo se lo había retirado de la cara, sujeto con dos peinetas. Se puso a hacer las camas y levantaba las mantas con una inmensa melancolía y expresando en cada uno de sus gestos las ganas de despedirse. Matilde se puso una capa tirolesa y dijo que pensaba ir a pie hasta el pueblo a hacer la compra, mientras con voz grave y varonil cantaba las alabanzas de la nieve y del aire gélido y salutífero. Mandó que pusieran a cocer unas cebolletas que había visto colgadas en la cocina. Sabía ella una receta muy buena para la sopa de cebolla. Cloti advirtió con voz apagada que aquellas cebollas estaban todas podridas.

Adriana ya se había vestido, llevaba ahora unos pantalones color tabaco y un pullóver color arena. Se sentó en el cuarto de estar junto a la chimenea encendida, pero no leyó los *Pensamientos* de Pascal. No leyó nada, ni se quedó tampoco mirando caer la nieve. Porque de repente le pareció detestable aquel paisaje nevado y lleno de jorobas que se veía a través de la ventana. Lo que hizo fue apoyar la cabeza en las manos y acariciarse los pies y los tobillos embutidos en unos calcetines color tabaco. Toda la mañana se la pasó así.

II

En una pensión de la plaza Annibaliano entró un hombre que se llamaba Osvaldo Ventura. Era un tipo robusto y cuadrado; llevaba gabardina. Tenía el pelo de un rubio grisáceo, buen color de cara y ojos amarillos. Y en los labios siempre una vaga sonrisa.

Una chica conocida suya había llamado por teléfono para pedirle que la viniera a buscar. Quería marcharse de aquella pensión; y no se sabe quién le había cedido un apartamento en la calle Prefetti.

La chica estaba sentada dentro del portal. Llevaba una camiseta de algodón turquesa, pantalones color berenjena y una chaqueta negra bordada con dragones de plata. A sus pies había bolsas, redes y un niño de pecho metido en un capacho de plástico amarillo.

—Llevo una hora aquí esperándote como un pasmarote —le dijo a Osvaldo.

Osvaldo juntó los bultos y los fue llevando a la puerta.

—¿Ves a aquella de los ricitos que está junto al ascensor?—preguntó ella—. Pues es mi vecina de cuarto. Se ha portado muy bien conmigo, le debo mucho. También dinero. Sonríele.

Osvaldo dedicó a los ricitos una de sus vagas sonrisas.

—Mi hermano me ha venido a buscar —le dijo Mara—. Me vuelvo a casa. Mañana le devuelvo a usted el termo y lo demás.

Mara y los ricitos se besaron en las mejillas efusivamente.

Osvaldo sacó la maleta, las bolsas y las redes, y salieron.

—O sea, que yo vengo a ser tu hermano —dijo.

—Ha sido tan buena conmigo —explicó ella—. Por eso le he dicho que eras mi hermano. A las personas buenas, les hace ilusión conocer a algún familiar de uno.

—¿Le debes mucho dinero?

—Muy poco. ¿Quieres dárselo?

—Yo no —dijo Osvaldo.

—Le he dicho que se lo devuelvo mañana. Pero no es verdad. A mí por aquí no me vuelven a ver el pelo. Ya le mandaré un giro algún día.

—¿Cuándo?

—Cuando encuentre trabajo.

—¿Y el termo?

—El termo creo que no se lo voy a devolver. Al fin y al cabo, tiene otro.

El seiscientos de Osvaldo estaba aparcado al otro lado de la plaza. Estaba nevando y soplaba mucho viento. Mara, según iba andando, se sujetaba contra la cabeza un sombrero grande de fieltro negro. Era una chica morena, pálida, muy pequeñita y delgada pero de caderas anchas. Su chaqueta de dragones se inflaba con el viento y las sandalias se le hundían en la nieve.

—¿No tenías algo de más abrigo para ponerte?—le preguntó él.

—No. Todas mis cosas las tengo metidas en un baúl que dejé en casa de una pareja amiga mía. En la vía Cassia.

—En el coche está Elisabetta —dijo él.

—¿Elisabetta? ¿Y quién es Elisabetta?

—Mi hija.

Elisabetta estaba acurrucada en el asiento de atrás. Tenía nueve años y el pelo color zanahoria. Vestía un jersey grande y una camisa a cuadros y llevaba cogido en brazos un perro de pelaje rubio y orejas largas. Junto a ella dejaron el capacho de plástico amarillo.

—¿Cómo se te ha ocurrido traerte a la niña y encima con ese animalucho?—dijo Mara.

—Elisabetta estaba en casa de su abuela y la he ido a recoger allí —dijo él.

—Siempre andas con engorros. Siempre haciéndole favores a todo el mundo. No sé cuándo vas a tener una vida propia —dijo ella.

—No sé de dónde sacas que no tengo yo una vida propia —dijo él.

—Sujeta bien al perro ese, no me vaya a lamer al niño, ¿oyes Elisabetta?—dijo ella.

—¿Qué tiempo tiene el niño exactamente?—preguntó Osvaldo.

—Veintidós días. ¿Cómo no te acuerdas de que tiene veintidós días? Salí de la clínica hace dos semanas. La enfermera jefe de la clínica fue quien me dio las señas de esa pensión. Pero yo ahí no podía seguir estando. Todo lo tenían tan guarro. Hasta poner los pies sobre la alfombrilla del baño me daba asco. Era una alfombrilla de goma verde. ¿Te imaginas el asco que puede dar en una pensión una de esas alfombrillas de goma verde?

—Sí, me lo imagino.

—Y luego que era muy cara. Y que me trataban con malos modos. Yo necesito cariño; siempre lo he necesitado, pero desde que tengo el niño, más.

—Lo comprendo.

—¿También tú necesitas cariño?

—Sí, muchísimo.

—Decían que llamaba al timbre demasiadas veces. Pero es que siempre me estaban haciendo falta cosas, por eso llamaba. Agua hervida. Yo qué sé. Le doy mitad el pecho, y mitad leche en polvo. Es muy complicado. Hay que pesar al niño, luego darle de mamar, luego volverlo a pesar y entonces darle el biberón. Llamaba al timbre diez veces y nunca venían. Hasta que por fin me traían el

agua hervida. Pero me quedaba siempre la duda de si realmente la habían hervido o no.

—Podías haberla hervido tú en tu cuarto.

—Qué va. No te dejaban. Y siempre se les olvidaba algo. El tenedor.

—¿Qué tenedor?

—Uno para batir la leche en polvo. Yo les había dicho lo que tenían que traer cada vez: un plato sopero, una taza, un tenedor y una cuchara. Me lo traían envuelto en una servilleta. Pues nada, el tenedor no venía nunca. Les pedía un tenedor, pero además hervido, y me contestaban de malos modos. A veces pensaba que también tendría que pedirles que me hirviesen la servilleta, pero no lo hacía por miedo a que se enfureciesen.

—Pues sí, yo también creo que se habrían enfurecido.

—Para pesar al niño iba al cuarto de esa ricitos que has visto. También ella ha tenido un niño y tiene un pesa-bebés. Pero me dijo, aunque muy amablemente, que no me presentase en su cuarto a las dos de la mañana. Así que de noche me las tenía que arreglar a ojo de buen cubero. No sé, a lo mejor tu mujer tiene en casa uno de esos pesa-bebés.

—¿Hay en casa algún pesa-bebés, Elisabetta?—preguntó Osvaldo.

—No sé. Me parece que no —dijo Elisabetta.

—Casi todo el mundo guarda en el desván uno de esos pesos —dijo Mara.

—Nosotros creo que no —dijo Elisabetta.

—Pues a mí me hace falta uno.

—Puedes alquilarlo en una farmacia —dijo Osvaldo.

—¿Cómo lo voy a alquilar si no tengo una perra?

—¿Qué tipo de trabajo piensas buscar?—preguntó él.

—No lo sé. Podría vender libros de segunda mano en tu tienducha.

—No. Eso no.

—¿Por qué no?

—Es un tugurio aquello. No hay sitio ni para revolverse. Y además yo ya tengo una persona allí que me ayuda.

—Sí, ya la he visto. Parece una vaca.

—Es la señora Peroni. Antes estaba de ama de llaves en casa de Ada. Ada es mi mujer.

—Llámeme Peroni. Como la cerveza. Seré tu cerveza. Mejor dicho, no, seré tu vaca lechera.

Habían llegado al Trastévere, a una plazoleta con una fuente. Elisabetta se bajó con el perro.

—Adiós, Elisabetta —dijo Osvaldo.

Elisabetta se metió en el portalón de un palacete rojo. Desapareció.

—Casi no ha dicho esta boca es mía —dijo Mara.

—Es tímida.

—Tímida y mal educada. Al niño ni lo ha mirado. Como si no hubiera nadie ahí. No me gusta el color de tu casa.

—No es mi casa. Ahí vive mi mujer, con Elisabetta. Yo vivo solo.

—Ya lo sabía, pero se me había olvidado. Siempre estás hablando de tu mujer, cómo me voy a acordar de que vives solo. Por cierto dame el teléfono de tu casa. No tengo más que el de la tienda. Me puede hacer falta algo de noche.

—No. Por la noche te ruego que no me llames. Tengo el sueño muy difícil.

—Nunca me has invitado a subir a tu casa. Este verano, cuando nos encontramos por la calle, yo con el tripón aquel, te dije que me gustaría ducharme y tú me dijiste que en el barrio tuyo estabais sin agua.

—Y era verdad.

—Vivía con las monjas y sólo me podía duchar los domingos.

—¿Cómo fuiste a parar donde aquellas monjas?

—Porque me cobraban poco. Antes vivía en la calle Cassia. Pero acabé a mal con esos amigos míos. Se enfadaron porque les rompí una cámara de cine. Me dijeron que por qué no me volvía a Novi Ligure con mis primos. Me dieron el dinero para el viaje. No eran mala gente. Pero qué pintaba yo en Novi Ligure. Esos primos hace mucho que no saben nada de mí. Cómo me iba a presentar en su casa sin más y con aquella tripa, les hubiera dado un ataque. Y luego que son muchos y no andan bien de dinero. Pero él es mejor persona que ella.

—¿Él, quién?

—Él. Mi amigo el de la calle Cassia. La mujer es una tacaña, pero él es más cariñoso. Trabaja en televisión. Me dijo que en cuanto naciera el niño, me daría un trabajo. No sé si llamarle.

—¿Por qué no?

—Porque me preguntó que si dominaba el inglés y le dije que sí, pero es mentira, yo de inglés no sé ni una palabra.

El apartamento de la calle Prefetti se componía de tres habitaciones, metidas una en otra. En la última había una puerta-ventana con visillos andrajosos. La puerta-ventana daba a un balcón y éste a un patio. En el balcón había un tendedero con un camisón colgado de franela color lila.

—El tendedero me va a venir muy bien —dijo Mara.

—¿De quién es el camisón?—preguntó Osvaldo.

—Mío no. Yo es la primera vez que entro aquí. El apartamento es de una chica que conozco. Ella no lo usa. El camisón no sé de quién será. Suyo no, porque a ella la franela no le va para dormir. Bueno, ni el camisón tampoco. Duerme desnuda. Ha leído no sé dónde que los finlandeses duermen desnudos y que eso los fortalece muchísimo.

—¿Has cogido el apartamento sin venir a verlo antes?

—Anda, claro. ¿No ves que no lo tengo que pagar? Es prestado. Me lo presta esa buena amiga.

En la habitación del fondo había una mesa redonda con un hule a cuadros blancos y rojos, y una cama de matrimonio con una colcha de felpilla color lila. En la habitación de en medio había un hornillo, una pila, una escoba, un calendario colgado de la pared y unos cuantos platos y cazuelas por el suelo.

En la primera habitación no había nada.

—Tú vete poniendo agua a hervir —dijo ella— Hay de todo. Me han dicho que había de todo. Un plato sopero. Una taza. Un tenedor. Una cuchara.

—Tenedor no veo ninguno —dijo Osvaldo.

—Vaya por Dios. No tengo suerte con los tenedores Bueno, lo batiré con la cuchara.

—Cucharas tampoco veo. Sólo cuchillos.

—Vaya por Dios. Bueno, tengo una cuchara de plástico. Me la regaló la ricitos. Pero no se puede hervir porque se derrite. Eso es lo malo que tiene el plástico.

Sacó al niño del capacho y lo puso encima de la cama. Era un niño con mucho pelo, largo y negro. Estaba completamente envuelto en una toalla de flores. Empezó a rebullir. De la toalla surgieron dos piececitos metidos en unos enormes patucos azules.

—Tampoco tienes suerte con las sillas —dijo Osvaldo.

Salió al balcón y agarró una butaca de cretona con los muelles rotos. La metió dentro y se sentó en ella.

—No tengo suerte con nada —dijo Mara.

Se había sentado en la cama, se había quitado el jersey y estaba dando de mamar al niño.

—¿Pero y pesarlo? —dijo él—. No has pesado al niño.

—¿Y cómo lo voy a pesar, si no tengo dónde? Lo calcularé a la buena de Dios.

—¿Quieres que vaya a la farmacia y alquile un peso?

—¿Estás dispuesto a pagarme tú el alquiler?

—Sí, estoy dispuesto.

—Te creía más tacaño. Siempre me has dicho que eras pobre y tacaño. Me dijiste que no tienes nada, que hasta la cama donde te acuestas por las noches es propiedad de tu mujer.

—Y es verdad que soy pobre y que soy tacaño. Pero estoy dispuesto a pagarte el alquiler de un pesa-bebés.

—Luego. Luego vas. Ahora no te muevas de esa butaca. Me gusta tener a alguien conmigo cuando bato la leche en polvo. Tengo miedo a equivocarme en algo, a que se me hagan grumos. En la pensión tenía a la ricitos. La llamaba y enseguida venía. Pero por la noche, no, por la noche, no venía.

—Oye, yo no puedo quedarme aquí toda la vida —dijo él—. Dentro de un rato tengo que ir a casa de mi mujer.

—Estáis separados, ¿no? ¿Qué pintas en casa de tu mujer?

—Voy a estar un rato con la niña. Y también a verla a ella. Voy a verla casi todos los días.

—¿Por qué os separasteis?

—Porque éramos demasiado distintos para vivir juntos.

—¿Distintos en qué sentido?

—Distintos. Ella rica. Yo pobre. Ella de una enorme actividad. Yo perezoso. Ella con la manía de la decoración.

—Y tú sin la manía de la decoración.

—Eso mismo.

—Cuando te casaste con ella, ¿esperabas volverte más rico y menos perezoso?

—Sí. O que ella se volviera más perezosa y más pobre.

—Y no.

—Pues no. Ella algo de su parte sí lo ha puesto para volverse más perezosa. Pero lo pasaba fatal. Hasta cuando estaba echada, seguía dándole vueltas en la cabeza a algún proyecto; no puede por menos. A mí me daba la impresión de estar junto a una olla hirviendo.

—¿Qué clase de proyectos eran?

—No sé, ella siempre está haciendo proyectos. Casas que reformar. Viejas tías a las que encontrar un albergue. Muebles que barnizar. Garajes que transformar en galerías de arte. Perros que cruzar con otros perros. Fundas que teñir.

—¿Y tú qué esfuerzos hacías para volverte más rico y menos perezoso?

—Al principio hice algún esfuercillo por enriquecerme un poco. Cosa de nada, esfuerzos inconsistentes y torpes. Pero a ella lo de que ganase o no dinero le traía sin cuidado. Lo que ella quería es que escribiese libros. Lo deseaba, me lo decía. Lo estaba esperando siempre. Y eso para mí era algo terrible.

—¡Con haberle dicho que no tenías ningún libro que escribir!

—No estaba tan seguro de no tener ningún libro que escribir. A veces pensaba que podía haber llegado a escribir alguno si ella no lo estuviera esperando tanto. Pero tenía siempre encima aquella expectativa suya obstinada, bienintencionada, colosal, agobiante. La sentía como un peso hasta en sueños. Era algo que podía conmigo.

—Y por eso te fuiste.

—Todo ocurrió de una manera increíblemente pacífica. Simplemente un buen día le dije que quería volver a vivir solo. No pareció extrañarse. Ya hacía algún tiempo que aquella expectativa suya había remitido; en cambio le habían aparecido dos arruguitas en la comisura de los labios.

—¿Y la tiendecita? ¿También la tiendecita es de tu mujer?

—No, ésa es de un tío mío que vive en Varese. Pero llevo tantos años con ella que ya me parece mía.

—Pero cuando te fuiste a vivir solo dio igual: has seguido sin escribir ningún libro. Se conoce que lo único que sabes hacer es vender libros de otros.

—He seguido sin escribir ningún libro. Es verdad. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Miguel. Dice que eres muy perezoso y que nunca escribes nada.

—Es verdad.

—Me gustaría que tu mujer se pasara por aquí y me decorase este

apartamento.

—¿Mi mujer?

—Sí, tu mujer. ¿No dices que transforma garajes? Pues igual puede transformar esto.

—¿Mi mujer? ¡Buena es, vendría corriendo! Y se traería con ella a albañiles, a electricistas... Pero eso sí, la vida te la volvería del revés. Te metería al niño en una guardería, a ti te mandaría a una academia para que aprendieras inglés, no te dejaría respiro ni volverías a tener paz. Todas esas ropas que llevas, fuera con ellas. La chaqueta de los dragones, ésa te la tiraba directamente a la basura.

—Pues es bien bonita —dijo Mara.

—Pero no es su estilo una chaqueta con dragones. No. No es el estilo de Ada.

—La ricitos me dijo que a lo mejor me podía ir a vivir con ellos a Trapani. Su marido vive en Trapani y está montando una casa de comidas. Si les va bien, me dan trabajo allí. Necesitan a alguien que les lleve las cuentas.

—¿Sabes tú llevar cuentas?

—Hombre, llevar cuentas las sabe llevar cualquiera.

—Pero tú a lo mejor no.

—Pues la ricitos, ya ves, cree que sí. Me darían una habitación en su casa, que está encima del restaurante. Además de llevar las cuentas, tendría que arreglar un poco la casa y cuidar de su niño y del mío. Es una casa de comidas cerca de la estación. A veces con este tipo de negocios se ganan millones.

—¿Has estado en Trapani alguna vez?

—Nunca. La ricitos está un poco asustada. No sabe si se adaptará a vivir en Trapani. Ni cómo les irá el negocio. A su marido ya le han quebrado dos restaurantes. La que pone el dinero es ella. Ha llegado a ir con su marido a un adivino, y el adivino ese les ha dicho que se mantuvieran alejados de las ciudades del sur.

—¿Y entonces?

—Entonces, nada. A ella le han empezado a dar palpitaciones. Dice que sería un gran consuelo si pudiera tenerme cerca. Así que, si no me sale otra cosa, me iré para allá.

—No te lo aconsejo.

—¿Y qué otra cosa me aconsejas?

—Ninguna. Nunca doy consejos a nadie.

—¿Vas a ver a Miguel esta tarde?

—No lo sé. ¿Por qué? De Miguel no esperarás consejos.

—No. Pero me gustaría que viniese por aquí. Hace tanto que no lo veo. Fui a verlo a su cuchitril cuando estaba para dar a luz. Le dije que si me podía dar una ducha, pero no tenía agua caliente. Y el agua fría, según dijo, me podía hacer daño.

—No tienes suerte con las duchas.

—No sé si habrá algo con lo que tenga suerte. Cuando nació el niño, le

llamé por teléfono. Quedó en ir a verme, pero luego no fue. Le he escrito a su madre hace unos días.

—¿Que le has escrito a su madre? ¿Y cómo te ha dado por ahí?

—Ya ves. La conozco. La vi una vez. Le he mandado las señas de la pensión, porque pensaba quedarme, aunque luego cambié de idea. Le he dicho a la ricitos que si se recibe alguna carta para mí, que la remita a tu librería. Estas señas de aquí no he querido dejárselas a la ricitos. Porque si no, ¿sabes?, igual caía por aquí. Yo a la ricitos le he dicho algunas mentiras. Le dije que me venía a vivir a un apartamento delicioso con moqueta en unas habitaciones y piso de baldosín en otras. Le dije que ese apartamento era de un hermano que tengo que es anticuario. O sea que te he convertido en anticuario, ya ves. Y eres un simple librero de viejo.

—Y sobre todo me has convertido en tu hermano.

—Sí. Bueno, la verdad es que un hermano sí lo tengo. Pero es pequeño. Tiene once años. Se llama Pablo. Vive con esos primos que te digo. Al niño le he puesto de nombre Pablo Miguel. Yo a Miguel le podía meter en un pleito ¿sabes?, porque soy menor de edad. Y si le pusiera un pleito, se tendría que casar conmigo.

—¿Tú te quieres casar con Miguel?

—Yo no. Sería como casarme con ese hermano mío pequeño.

—¿Y entonces por qué le piensas poner un pleito?

—No digo que le piense poner un pleito. Vamos, es que ni loca. Lo único que digo es que, si quisiera, se lo podría poner. Mira a ver si hierve ya el agua de esa cazuela.

—Está hirviendo hace un buen rato.

—Pues apaga.

—Tú no eres menor de edad —dijo él—. Tienes veintidós años. Lo pone en tu carnet de identidad.

—Sí, es verdad. Tengo veintidós años cumplidos en marzo. ¿Pero y tú cómo has visto mi carnet de identidad?

—Me lo enseñaste tú. Para que viera lo mal que habías salido en la fotografía.

—Anda, es verdad. Ahora me acuerdo. Yo es que muchas veces digo mentiras.

—Ya, y son mentiras inútiles las que dices, creo yo.

—Bueno, no siempre son inútiles. A veces llevan escondido su porqué. Cuando le dije a la ricitos que aquí teníamos moqueta es porque quería que me tuviera envidia. Estaba hasta las narices de darle pena. Se harta una de darle siempre pena a la gente. Y algunas veces andamos tan por los suelos, que la única manera de sentirse uno algo mejor es ponerse a inventar mentiras.

—Tú me has dicho que no sabes si este niño es de Miguel o no.

—Y realmente no lo sé. No estoy segura al cien por cien. Tengo la sensación de que puede ser suyo. Pero yo en ese tiempo me acostaba con la tira de

hombres. No sé lo que me había entrado. Cuando me enteré de que estaba embarazada, decidí que quería tener el niño. Estaba segurísima de que lo quería tener. Nunca en mi vida había estado tan segura de algo como de eso. Escribí a mi hermana a Génova y ella me mandó el dinero para que abortara. Le contesté que me quedaba con el dinero, pero que no pensaba abortar. Me escribió diciéndome que estaba loca.

—¿No puedes traerte aquí a esa hermana? ¿No tienes a nadie a quien traerte a vivir contigo?

—A nadie. Esta hermana se acaba de casar con un perito agrícola. Le escribí cuando nació el niño. Me contestó él, el perito agrícola, al que yo no conozco ni siquiera de vista. Me escribió diciéndome que se iban a vivir a Alemania. Y mandándome a la mierda. No exactamente con estas palabras, vamos, pero poco más o menos.

—Ya.

—A una mujer, cuando ha tenido un niño, lo que le apetece es enseñárselo a todo el mundo. Por eso me gustaría que lo conociera Miguel. Somos tan amigos y hemos pasado tan buenos ratos juntos. A veces Miguel es muy divertido. Yo salía con otros hombres, pero con él lo que me pasaba es que me divertía. ¿Cómo voy a querer casarme con Miguel? Ni se me pasa por la cabeza. No estoy enamorada de él. Lo que se dice nada. Sólo he estado enamorada una vez, en Novi Ligure, del marido de una prima mía. Nunca me acosté con él. Estaba siempre mi prima.

—Miguel dice que te dará algún dinero. Se lo va a pedir a su familia. Y ya vendrá a verte. El día menos pensado viene. Lo que pasa es que los niños recién nacidos dice que le dan como aprensión.

—El dinero lo necesito. Seguro que te ha dicho que estés amable conmigo. Aunque tú estarías igual de amable te lo hubiera dicho Miguel o no. Eres amable por naturaleza. Por cierto, qué cosa más rara, yo no me he acostado nunca contigo. Ni se me ha pasado por la cabeza. Y juraría que a ti tampoco. Algunas veces me pregunto si no serás marica. Pero tengo la sensación de que no.

—No —dijo él.

—Y sin embargo no se te pasa por la cabeza la idea de acostarte conmigo.

—No. No se me pasa por la cabeza.

—¿Me encuentras fea?

—No.

—¿Mona?

—Mona, sí.

—¿Y no te atraigo? ¿Te dejo indiferente?

—Pues sí, la verdad.

—¡Vete a tomar por culo!—dijo ella—. No es ningún plato de gusto que le digan a una eso.

—El niño se ha dormido —dijo Osvaldo—. Hace un rato que no mama.

—Ya. Es una cosa espantosa este niño.

—Yo no lo encuentro nada espantoso. No hace más que dormir.

—Hasta cuando duerme es una cosa espantosa. Me doy cuenta de que me he metido en un buen lío. No te creas que no me doy cuenta.

—¿Pero qué te pasa? ¿Ahora te vas a echar a llorar?

—Anda, ponte a batir la leche en polvo.

—Yo no he batido leche en polvo en mi vida —dijo Osvaldo.

—¡Qué más da! Lee las instrucciones, que vienen en el bote. ¡Ay, Dios mío, qué cruz!

III

Querido Miguel:

Ayer por la tarde vino Osvaldo y me dijo que te has ido a Londres. Me quedé de piedra y muy trastornada. Osvaldo me dijo que te habías asomado un momento por casa de tu padre para decirle adiós, pero que estaba dormido. Asomarte, ¿qué significa eso de asomarte? ¿Es que no te das cuenta de lo malo que está tu padre? El Povo ese o Covo, como se llame, ha dicho que lo tenemos que ingresar en la clínica hoy mismo.

Te hubiera hecho falta llevarte camisas y ropa de abrigo. Osvaldo dice que piensas quedarte en Londres todo el invierno. Qué te costaba haberme telefoneado. Me podías haber llamado a la central del pueblo, como has hecho otras veces. Desde luego, si no me ponen pronto el teléfono, me voy a volver loca. Habría ido al aeropuerto y te habría llevado ropa. Osvaldo dice que ibas con los pantalones de dril y el jersey rojo y que no llevabas nada o casi nada para cambiarte. Todas las mudas, las sucias y las limpias, te las has dejado en el sótano, me dijo. No se acordaba de si llevabas o no el abrigo loden. Luego, de repente se acordó de que sí. Eso me ha aliviado un poco.

Dice que apareciste por su casa a primeras horas de la mañana. La idea de irte a Londres y asistir allí a unos cursos de escultura es un proyecto que, según él, andabas rumiando ya hace bastante. Porque ya hace bastante que te habías hartado de tanto búho. Eso sí lo entiendo, ya ves. Te escribo a estas señas que me ha dado Osvaldo, aunque dice que son provisionales. El hecho de que Osvaldo sepa quién es esa señora mayor que te alquila una habitación me tranquiliza un poco, pero muy poco. No te vayas a creer que no me doy cuenta de que lo tuyo es una fuga. Tonta no soy. Te ruego que me escribas enseguida y me expliques abiertamente de qué o de quién pretendes huir. Osvaldo no se ha aclarado. O no me lo ha querido decir o es que no lo sabía.

Total, que te has ido. Le he devuelto a Osvaldo las trescientas mil liras que te prestó. Mejor dicho, se las he devuelto a su mujer. Le he hecho un cheque a nombre de su mujer. Dice Osvaldo que su mujer tiene siempre en casa dinero en metálico, que si no llega a ser por eso, siendo sábado como era, no te vas. Osvaldo llegó aquí a las diez de la noche. Estaba muerto de cansancio después de lo que había tenido que bregar en la Comisaría para que te renovaran el

pasaporte, que lo tenías caducado, de haberte acompañado a Fiumicino, y encima haber tenido que ir luego a rescatar a las afueras de Roma no sé qué coche de su mujer que tú le tenías prestado a no sé quién. No había cenado y yo no tenía en casa más que unos cuantos quesos de diferentes clases que Matilde había comprado en el supermercado por la mañana. Le saqué los quesos y los dejó temblando. Matilde estuvo hablando con él de los impresionistas franceses. Matilde movía hacia atrás su mechón de pelo, y se paseaba con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de lana, fumando en su boquilla. La hubiera matado. Estaba deseando que se fuera para preguntarle a Osvaldo cosas de ti. También estaban allí las gemelas, jugando al ping-pong. Por fin se fueron todas a la cama.

Le pregunté que si te habías ido por causa de esa Mara Castorelli que me ha escrito y que acaba de tener un niño. Osvaldo me dijo que ese niño no es tuyo. La tal Mara no tiene nada que ver con tu viaje, según él. Dice que no es más que una pobre chica sin fuste, sin dinero, sin una manta de lana y sin una triste silla, y que él ha pensado llevarle mantas y sillas de tu sótano, en vista de que ya ahora allí no le hacen falta a nadie. Me ha preguntado si podía llevarle también aquella estufa verde con molduras, la estufa alemana, ya sabes. Le he dicho que habría que llamar a un albañil para que desempotrase el tubo de la pared y que sería un poco complicado. Me acordaba del día que fui a comprártela y por eso le tenía tanto cariño. A ti, por supuesto, te parecerá una idiotez que alguien pueda tenerle cariño a una estufa. Osvaldo dice que tú nunca encendías esa estufa porque siempre se te olvidaba encargar la leña, y que usabas otra eléctrica. Acabé diciéndole que hiciera lo que le diera la gana con las sillas y con la estufa. Le pregunté si no te habría dado por juntarte con grupúsculos políticos peligrosos. Siempre tengo un miedo horrible a que el día menos pensado puedas acabar cayendo en las redes de los tupamaros. Él me contestó que no sabía con qué gente andabas últimamente, pero no ha descartado que pudieras tener miedo de algo. No soltaba prenda.

No acabo de entender si me cae bien o no. Es amable. De una tal amabilidad que llega a producir sensación de empacho, como cuando come uno demasiada mermelada. Y luego esa cara que tiene tan rozagante y siempre tan risueña. Pues yo no veo motivo ninguno de risa, la verdad. Según lo estaba mirando hubo algún momento en que se me pasó por la cabeza la duda de si será homosexual. Nunca he entendido cómo un chiquito joven como tú puede ser tan amigo de un hombre de treinta y siete o treinta y ocho años. Me dirás que la cantidad de mis miedos es ilimitada.

No tiene ningún primo en la Telefónica, pero le parece que Ada, su mujer, conoce a alguien allí. Ha quedado en preguntárselo. No sé qué iba a ser de nosotros sin esta dichosa Ada. Te ha dado el dinero para que te puedas ir, ha telefoneado a no sé quién de la Comisaría, y si no es por ella no sé cómo ibas a haber arreglado lo del pasaporte. Debías escribirle para darle las gracias. Dice Osvaldo que a las siete de la mañana, cuando él fue a verla, ya estaba levantada,

fregando con gasolina el piso, que lo tienen de baldosín. El piso de esta casa también es de baldosín, pero nunca lo hemos fregado con gasolina. Y la verdad es que se está quedando sin lustre. Yo creo que Cloti no lo friega con nada.

Anteayer Matilde fue conmigo a visitar a tu padre. Cuando llegamos estaba sentado en la cama fumando y hablando por teléfono, por eso en un principio a ella no le dio la impresión de que se encontraba tan mal. Estaba hablando por teléfono con el arquitecto ese. No sé si estás enterado de que tu padre, una semana antes de caer enfermo, compró un torreón en la isla de Giglio. Le costó un millón de liras, o por lo menos eso es lo que él dice. Por lo que he entendido es un torreón medio en ruinas y debe estar lleno de ortigas y de culebras. A tu padre se le ha metido en la cabeza poner no sé cuántos baños y no sé cuántos retretes. Siguió hablando por teléfono con su voz estridente y a Matilde se limitó a hacerle un gesto con la mano. Matilde adoptó un aire altivo y se puso a hojear una revista ilustrada. Tu padre, cuando colgó el teléfono, le dijo que la encontraba más gorda. Enseguida salió a relucir una historia de hace tres años, de una vez que Matilde le dio a leer el manuscrito de una novela suya titulada *Maíz y veneno* y que tu padre se dejó olvidado en un bar de la estación de Florencia. Era la única copia corregida y pasada a máquina que tenía y estaba metida en una carpeta azul. Matilde escribió a aquel bar, pero la carpeta azul jamás volvió a aparecer. Con lo cual se le quitaron las ganas de volver a corregir y pasar a máquina el primer original, de puro descorazonamiento que le entró. Haberse dejado olvidada en aquel bar la carpeta azul lo tomó como una prueba de desprecio por parte de tu padre. También luego se pusieron a discutir por culpa de esos viñedos cuya propiedad comparten y que están cerca de Spoleto. Ella quiere venderlos y tu padre no. Tu padre dijo que sentía haber perdido la carpeta azul pero que, por otra parte, *Maíz y veneno* era una novela insulsa y que lo mejor que le podía pasar era quedar sepultada para siempre. Luego le entró una crisis de dolor. De náusea y de dolor. Llegó el arquitecto ese que le lleva lo del torreón, pero tu padre no tenía ganas de mirar los azulejos que le traía para decir si le gustaban más los de florecitas azules o los de florecitas marrones. El arquitecto es un tipo muy alto, como de dos metros. Me parece un imbécil. Estaba como un pulpo en un garaje. Le dijimos que volviera más tarde. Así que volvió a meter las muestras de azulejos en la cartera, agarró la gabardina y se escabulló.

Necesito que me escribas enseguida para tener unas señas tuyas que no sean provisionales. Quiero mandarte ropa y algo de dinero por alguien que vaya a Londres. Ya encontraré a alguien. Mientras tanto te seguiré escribiendo a esta dirección y te mandaré noticias de tu padre. Me parece que lo que voy a decirle es que te has tenido que marchar a toda prisa, porque si no cerraban el cupo de inscripción en esa escuela y no llegabas a tiempo de matricularte. Por otra parte, él te tiene por una persona enormemente sagaz. Todo lo que haces le parece siempre la cosa más oportuna entre todas las posibles.

Me han traído los conejos. Son cuatro. He llamado a un carpintero para que

me haga las jaulas. Ya sabía que era inútil esperar este pequeño favor de ti. Ya comprendo que quizás no tengas tú la culpa. Pero el caso es que todo se atraviesa siempre de una manera tan rara contigo que ya puedo despedirme de que me hagas ningún favor, por pequeño que sea.

Tu madre

IV

Querida Angélica:

Me tuve que largar a toda prisa, porque me telefonearon para darme la noticia de que han detenido a Anselmo. Te llamé desde el aeropuerto, pero no estabas.

Le entrego esta carta a un muchacho que te la llevará en mano. Se llama Ray y lo he conocido aquí. Es de Ostende. Es de fiar. Dale albergue, si tienes cama libre. Tiene que quedarse en Roma por algunos días.

Necesito que vayas a mi casa lo antes posible. Pídele a Osvaldo las llaves con cualquier pretexto. Le dices que necesitas un libro, o lo que te dé la gana. Ah, y se me olvidaba, llévate un maletín o una bolsa de viaje. Dentro de mi estufa encontrarás una metralleta desmontada y envuelta en una toalla. Me olvidé completamente de ella cuando salí de ahí, por raro que te parezca. Un amigo mío que se llama Oliverio me la llevó hace unas semanas, porque tenía miedo de que hicieran un registro en su casa. Le dije que la escondiera en la estufa. No encendía nunca esa estufa. Funciona con leña y yo nunca tenía leña. Luego me olvidé de la existencia de esta metralleta. Pero en el avión me acordé de repente. Estaba volando, en medio de las nubes, y me encontré sin más ni más cubierto de un sudor que hervía. Dicen que es un sudor frío el del miedo. Pues no. A veces hierve. Me tuve que quitar el jersey. Así que coge la metralleta esa y métela en el maletín o en la bolsa que lleves. Entrégasela a alguien que no pueda despertar ninguna sospecha. Por ejemplo a esa mujer que te viene a limpiar la casa. O si no devuélvesela a ese Oliverio. Se llama Oliverio Marzullo. Sus señas no las sé, pero las puedes conseguir por alguien. Pero además, ahora que lo pienso, esa metralleta está tan vieja y tan oxidada que incluso podías tirarla al Tíber. Esta pejiguera no se la echo encima a Osvaldo, sino a ti. Es más, preferiría que Osvaldo no se enterase. No quiero que me tome por un imbécil total. Pero en fin, si te apetece contárselo, cuéntaselo. En el fondo que me tome o me deje de tomar por un imbécil es algo que me trae sin cuidado.

Naturalmente tenía el pasaporte caducado, y naturalmente también Osvaldo me ha ayudado a renovarlo. Todo en unas cuantas horas. En el aeropuerto estaba también Gianni y hemos tenido una discusión, porque dice Gianni que en nuestro grupo hay infiltrado un espía fascista. Y que incluso

puede que más de uno. Estoy seguro de que ve visiones. Gianni no piensa salir de Roma. Se limitará a cambiar todas las noches de domicilio.

Subí un momento a ver a papá antes de venirme. Osvaldo se quedó esperándome en el coche. Papá estaba profundamente dormido. Lo he encontrado muy envejecido y mal.

Yo estoy bien. Tengo un cuarto largo y estrecho, con el papel de la pared despegado. Todo en esta pensión es largo y estrecho. Hay un pasillo, y a este pasillo dan los dormitorios. Somos cinco huéspedes. Cuesta cuatro libras esterlinas a la semana. La dueña es una judía rumana que vende cremas de belleza.

Cuando puedas, vete a ver a una chica amiga mía que vive en la calle Prefetti. Del número no me acuerdo, pero Osvaldo lo sabe. Se llama Mara Castorelli y acaba de tener un niño. Yo le di dinero para que abortara, pero no quiso. Ese niño hasta podría ser hijo mío, porque me he acostado alguna vez con Mara. Claro que ella se ha acostado con mucha gente. Llévale un poco de dinero, si puedes.

Miguel

Angélica leyó esta carta hundida en un butacón del comedor de su casa. Era un comedor minúsculo y muy oscuro, ocupado casi en su totalidad por una mesa desbordante de libros y papeles sobre los que se mantenían en equilibrio inestable una lámpara y una máquina de escribir. Le servía de mesa de trabajo a Orestes, su marido, que en aquel momento estaba durmiendo en la alcoba de matrimonio, porque se pasaba las noches en el periódico y solía dormir hasta las cuatro de la tarde. La puerta de la cocina estaba abierta y Angélica veía a su hija Flora, a su amiga Sonia y al muchacho que acababa de traer la carta. La niña comía sopas de pan mojadas en café con leche. Era una lagartija de cinco años con vestido camisero azul y calzas rojas. Sonia, la amiga de Angélica, era alta, encorvada y pacífica, llevaba gafas y el pelo negro recogido en una cola de caballo. Estaba lavando los platos de la noche anterior. El chico de la carta estaba comiendo un plato de macarrones con tomate recalentado que habían sobrado la noche anterior de la cena de Orestes. Llevaba una cazadora azul celeste que no se había querido quitar porque durante el viaje se había resfriado. Tenía una barba corta y rala de color castaño.

Una vez leída la carta, Angélica se levantó de la butaca y buscó sus zapatos sobre la alfombra. Llevaba unas calzas de color verdoso y también ella un traje camisero azul muy arrugado y chafado, porque lo llevaba puesto desde el día anterior, por haber tenido que pasar la noche en la clínica. Al padre lo habían operado el día anterior y luego por la noche se había muerto.

Angélica se atusó el pelo, que era de un rubio claro y lo llevaba largo, y se lo recogió encima de la cabeza con unas horquillas. Tenía veintitrés años. Era

pálida y alta, de cara un poco demasiado larga y ojos verdes como los de su padre, aunque de corte distinto, almendrados, estrechos y oblicuos. Sacó de un armario un bolsón grande negro con flores. Las llaves del sótano no necesitaba pedírselas a Osvaldo porque él mismo se las había dado, con el encargo de que fuera a recoger la ropa sucia que quedó allí y la llevara a la lavandería. La tenía en el bolsillo de su chaquetón. Se lo puso. Era un chaquetón de piel negra sintética, comprado de segunda mano en Porta Portese. Dejó dicho en la cocina que salía a hacer la compra. Salió.

Su seiscientos lo tenía aparcado delante de la Iglesia Nueva. Se sentó en el coche y se quedó unos instantes inmóvil. Luego se dirigió hacia la Plaza Farnese. Se acordó de que un día, por octubre, se había encontrado con el padre en la calle de los Giubbonari. Avanzaba hacia ella con sus pasos largos, las manos en los bolsillos, aquel pelo negro suyo tan largo y encrespado, la corbata al viento, una chaqueta de alpaca negra muy usada y arrugada, como siempre las llevaba él, y su cara morena y grande con aquella boca también grande con un rictus perpetuo de inconformismo y amargura. Ella iba con la niña y salían del cine. Él le tendió una mano sudorosa, blanda y como desganada. Ya hacía años que nunca se daban un beso. No tenían gran cosa que decirse, porque siempre se habían visto poquísimo. Tomaron juntos un café en un bar, de pie. Él compró para la niña una especie de buñuelo grande de crema. Ella insinuó que la masa pudiera no ser reciente. Él se ofendió y dijo que venía mucho a aquel bar y que nunca vendían nada que no fuera reciente. Dijo que encima de aquel bar vivía una amiga suya, una irlandesa que era violoncelista. Cuando se estaban tomando el café, apareció la tal irlandesa, una muchacha gordota y poco agraciada, con una nariz que parecía un zapato. Fueron a ver abrigos, porque la irlandesa necesitaba un abrigo. Fueron a una tienda de ropa que había en la Plaza del Paraíso. La irlandesa se estuvo probando varios abrigos. El padre de Angélica le compró a su nieta un poncho pequeño con cervatillos estampados. La irlandesa eligió un abrigo largo de ante negro forrado de piel blanca, y estaba encantada. El padre pagó con un manojo de billetes arrugados que se sacó del bolsillo. Al sacarlos se le quedó fuera la punta del pañuelo. Tenía siempre la punta de un pañuelo saliéndosele del bolsillo. Luego fueron todos a la galería Medusa, donde el padre estaba preparando una exposición de sus cuadros que se inauguraba unos días más tarde. Los dueños de la galería eran dos chicos con chaquetas de cuero y estaban dedicados a la tarea de escribir los sobres para las invitaciones. Los cuadros estaban ya colgados casi todos y había un retrato grande de la madre, pintado hacía muchos años, cuando todavía el padre y la madre no se habían separado. Se veía a la madre asomada a una ventana, con las manos cruzadas bajo la barbilla. Llevaba un jersey a rayas blancas y azules. El pelo era como una nube de color de fuego. La cara un triángulo enjuto, burlón y plagado de surcos. Los ojos eran densos, despectivos y lánguidos. Angélica se acordó de que cuando él había pintado ese cuadro, estaban viviendo en una casa que tenían en Pieve de Cadore. Reconoció

la ventana y las cortinas verdes de la terraza. Luego, aquella casa la habían vendido. El padre se paró, con las manos en los bolsillos, delante de aquel cuadro y estuvo un rato alabando los colores, que definió como ácidos y crueles. Luego se dedicó a cantar las alabanzas de los otros cuadros expuestos, uno por uno. En los últimos años le había dado por hacer cuadros enormes dentro de los cuales se amontonaban objetos de las especies más diversas. Había descubierto la técnica del amontonamiento. En el seno de una luz verdinosa, fluctuaban barcos, automóviles, bicicletas, camiones-cisterna, muñecas, soldados, cementerios, mujeres desnudas y animales muertos. Con su voz estridente y amarga, el padre decía que no existía nadie capaz de pintar con tanta precisión y abarcando tanto. Su pintura era trágica, solemne, gigantesca y minuciosa. Decía «mi pinturra», recalcando la erre con una especie de redoble colérico, solitario y doliente. Angélica pensó que ni ella, ni la irlandesa, ni los dueños de la galería ni tal vez siquiera el padre mismo creían una palabra de las que estaba diciendo aquella voz estridente, que se oía sonar lacerante y aislada como un disco roto. Angélica se acordó de repente de una canción que el padre solía cantar en tiempos mientras estaba pintando. Era un recuerdo de infancia, porque hacía muchos años que ella no le había visto pintar.

No tenemos ni cañones
ni tanques ni aviones,
¡Ay Carmela!

Le preguntó que si todavía tenía la costumbre de cantar «¡Ay Carmela!» cuando pintaba, y él inesperadamente pareció emocionarse. Dijo que no, que ya no cantaba nada. Sus cuadros de ahora le costaban tantas fatigas. Tenía que pintar encaramado en una escalera y sudaba tanto que cada dos horas necesitaba cambiarse de camisa. De pronto se le notó que estaba como ansioso por librarse de la irlandesa. Le dijo que se estaba haciendo de noche y que lo mejor era que se volviera a casa. Él no la podía acompañar porque tenía invitado a cenar a un amigo. La irlandesa cogió un taxi. Él se puso a hablar con tono iracundo de los muchos taxis que cogía la irlandesa aquella, viniendo como venía de unos desolados parajes de Irlanda donde seguro que no tenían taxis, lo único que tenían era niebla, turbas carboníferas y ovejas. Cogió del brazo a Angélica y fue andando con ella y con la niña hacia la calle Bianchi Vecchi donde vivían ellas. Entonces empezó a quejarse de todos. Estaba solo Tenía un criado completamente tonto que había conocido hacía poco en un taller de reparación de coches. Nadie le venía a ver jamás. No veía casi nunca a las gemelas, que, no es por nada, pero habían engordado muchísimo últimamente, cincuenta y ocho kilos pesaba cada una con sólo catorce anos. Era una exageración —dijo— que pesaran ciento dieciséis kilos entre las dos. Tampoco veta casi nunca a Viola, a la que, dicho sea de paso, no aguantaba, porque no tenía sentido del humor. Era una persona totalmente carente de sentido del humor. Se había ido a dejar caer con su marido en la casa de los

suegros. Cuanta gente vivía en aquella casa, entre suegros, tíos, nietos, formaban una verdadera tribu. Era una gente de tres al cuarto. Farmacéuticos. Por supuesto que él no tenía nada contra los farmacéuticos, dijo, al tiempo que entraba en una farmacia donde compró alka-seltzer porque no se le quitaba nunca el vago dolor «aquí». Lo dijo señalándose con el dedo el centro del tórax, un dolor vago, seguro que era la vieja úlcera, la vieja y fiel compañera de toda su vida. A Miguel últimamente también lo veía poco y esto sí que lo sentía. Cuando Miguel se había ido a vivir solo le había parecido natural, pero fue algo que le apenó. Cuando hablaba de Miguel la voz se le dulcificaba y tenía un tono más humilde, dejaba de ser estridente. Pero lo malo de Miguel es que ahora no se separaba de aquel Osvaldo. Él no entendía bien qué clase de persona era ese Osvaldo. Muy amable, desde luego, de eso no cabía duda. Educado. Nada avasallador. Miguel solía traerlo con él cuando venía a a calle San Sebastianello con aquellos montones de ropa para lavar. Probablemente Osvaldo le resultaba cómodo porque tenía coche y le acompañaba a los sitios. Miguel ya no tenía coche. Le habían quitado el permiso de conducir cuando atropelló a aquella monja vieja. La monja se había muerto, pero la culpa no había sido de Miguel. Él no tenía culpa ninguna. Acababa de aprender a conducir y conducía ese día a toda velocidad, porque la madre le había llamado por teléfono y le había dicho que estaba muy deprimida. La madre estaba deprimida un día sí y otro no. A la madre —dijo el padre bajando la voz en un susurro carraspeante— lo que le pasaba es que no aguantaba la soledad, y en su infinita simpleza, no se había dado cuenta de que el Cavalieri aquel ya hacía tiempo que estaba harto de ella y deseando dejarla. Era una ingenua. Su edad mental era la de una chiquilla de dieciséis años, pero lo malo es que tenía cuarenta y cuatro cumplidos.

—Cuarenta y dos —dijo Angélica—. Los próximos que cumple, dentro de poco, son cuarenta y tres.

El padre hizo un cálculo rápido contando con los dedos. En cuestión de ingenuidad, dijo, era peor que las gemelas. Por otra parte, las gemelas de ingenuas no tenían nada. Eran frías y astutas como dos zorras. A él aquel Cavalieri le había parecido siempre un tipo sin sustancia. No le había caído simpático nunca, lo que se dice nunca. Con aquellos hombros caídos, aquellos dedos tan blancos y largos y aquel pelo tan rizoso. Tenía perfil de ave de presa. Y él, el padre, a las aves de presa las reconocía a primera vista. Al llegar al portal de casa de Angélica, dijo que no le apetecía subir porque Orestes, su marido, no le caía bien. Lo encontraba pedante. Un moralista. No besó a Angélica ni a la niña. A la niña le dio un papirotazo en la nuca y a Angélica un tímido abrazo. Le pidió que asistiera a la inauguración del día siguiente. Aquella exposición, dijo, iba a ser «un verdadero acontecimiento». Luego se fue. Al día siguiente, Angélica no pudo ir a la inauguración por tener que acompañar a su marido a un mitin en Nápoles. Volvió a ver a su padre otras dos o tres veces. Ya en la cama, porque había caído enfermo, y siempre con la madre delante. Nunca volvió a dirigirse a ella para decirle nada. Una de las

veces estaba telefoneando. Otra se encontraba bastante mal y le hizo un leve saludo con la mano distraído y esquivo.

Angélica bajó los seis escalones que llevaban al sótano, entró y encendió la luz. En el centro había una cama con las sábanas y las mantas revueltas. Angélica reconoció aquellas mantas tan bonitas que solía comprar la madre, recamadas de terciopelo, suaves, cálidas, ligeras y de colores delicados. A la madre le encantaba tener mantas buenas. El suelo estaba atestado de botellas vacías, de periódicos y de cuadros. Angélica echó una ojeada a los cuadros. Buitres, casas en ruinas, búhos. Debajo de la ventana estaba la ropa sucia, unos pantalones vaqueros enrollados, una tetera, un cenicero lleno de colillas y un plato con naranjas. La estufa presidía la habitación. Era grande, panzuda, de cerámica verde, con delicadas molduras que parecían bordados. Angélica metió el brazo dentro de ella y sacó del fondo un bulto envuelto en una vieja toalla de rayas. Lo echó en la bolsa. Y también metió la ropa sucia y las naranjas. Salió del sótano y anduvo un trecho, en aquella mañana húmeda y nublada. Se levantaba el cuello del chaquetón de piel para taparse la boca. Dejó la ropa sucia en una lavandería que había a dos manzanas y que se llamaba «La Rápida». Esperó a que le contasen las piezas una por una sobre el mostrador. Luego volvió a subir al Lungotevere porque había mucho tráfico. Bajó por las escalerillas que llevan al río. Tiró el envoltorio al río. Un niño le preguntó que qué había tirado. Ella le dijo que unas naranjas podridas.

> No tenemos ni cañones
> ni tanques ni aviones...

Iba canturreando en medio del tráfico, según hacía el camino de vuelta. Y de pronto se dio cuenta de que tenía toda la cara mojada de lágrimas. Se echó a reír, sollozó y se limpió las lágrimas con las mangas del chaquetón de piel. Cerca de su casa compró un trozo de lomo de cerdo para ponerlo guisado con patatas. También compró un pañuelo negro y un par de medias negras para llevarlos puestos en el entierro de su padre.

V

Londres, 8 de diciembre de 1970

Querida mamá:

Por una serie de motivos que no me resulta fácil explicar por carta, he desistido de ir a Roma, tras algunos momentos de indecisión. Cuando Osvaldo me telefoneó para darme la noticia de la muerte de papá, fui a enterarme de los vuelos que había, pero al final decidí no ir. Sé que les habéis dicho a todos los familiares que estoy con una pulmonía. Me parece bien.

Te agradezco la ropa y el dinero. La persona que me los trajo, un sobrino de la señora Peroni, no me ha dado noticias vuestras, porque no os conoce, pero de Osvaldo sí, y me ha devuelto el reloj que le dejé a él cuando me fui a dar una ducha a toda prisa. Se quedó en uno de sus bolsillos y luego en el aeropuerto me olvidé de pedírselo. Dile que se lo agradezco. No le escribo directamente, porque no tengo tiempo.

Dejo Londres y me voy a vivir a Sussex, a casa de un profesor de Lingüística. Tendré que lavar platos, encender la calefacción y sacarle a pasear a los perros. Por ahora he renunciado a aquellos cursos en la academia de escultura. Prefiero los perros y los platos.

Siento no haberte hecho las jaulas para los conejos, pero te las haré cuando vuelva.

Besos para ti y mis hermanas.

Miguel

VI

8 de diciembre de 1970

Querido Miguel:

Misión cumplida por lo que respecta al pequeño objeto que olvidaste dentro de la estufa. Este pequeño objeto lo he tirado al Tíber, porque tenías razón, estaba oxidado.

Pero en cambio no he tenido tiempo todavía para ir a ver a la chica esa de la calle Prefetti. Tengo a la niña con fiebre. Y además me decías que a esa chica conviene que le lleve algo de dinero, y de momento no lo tengo.

A nuestro padre lo enterramos hace tres días. Te escribiré más despacio en cuanto me sea posible.

Angélica

VII

12 de diciembre de 1970

Querido Miguel:

Acabo de recibir tu breve carta. No sé lo que ha podido impedirte venir al entierro de tu padre. No consigo imaginarme ninguna cosa capaz de impedirle a una persona volver cuando ocurre una desgracia así. No lo entiendo. Me pregunto si volverás el día que yo me muera. Pues sí, a los diferentes parientes les hemos dicho que estabas en Londres con pulmonía.

De que te vayas a Sussex me alegro. Debe respirarse un aire muy sano, y para mí es siempre una alegría saber que estáis en el campo. Cuando erais pequeños, me moría de aburrimiento en los veraneos durante meses y meses, pero pensaba que cada día más en el campo era un beneficio para vosotros. Luego, cuando tú te fuiste a vivir con tu padre, me ponía mala la idea de que te hiciera quedarte en Roma aguantando el verano, como hizo tantas veces. A él el campo no le gustaba, sólo le gustaba el mar. Te mandaba por las mañanas a Ostia con la criada y decía que con eso ya tenías de sobra.

No me dices si en el pacto con este profesor de Lingüística entra también el que te ocupes de la cocina. Si vas a tener que cocinar, dímelo y te mandaré algunas recetas. Matilde tiene un cuaderno gordo donde pega todas las recetas que encuentra en las revistas y en las hojas del calendario.

Me mandas tu número de teléfono en Sussex, pero tendré que llamarte desde la central pública, que está en un bar del pueblo. Aquello está siempre lleno de gente. Y tengo miedo de echarme a llorar si te telefoneo. No es un sitio adecuado aquel para llamar por teléfono y echarse a llorar.

La muerte de tu padre me ha dejado hecha polvo. Ahora me siento mucho más sola. No me daba ningún tipo de apoyo, porque se había desinteresado de mí. Tampoco se interesaba por tus hermanas. El único que le importaba eras tú. Y su cariño por ti parecía estar dirigido no a ti sino a otra persona que él se había inventado y que no se parecía a ti en nada. No podría explicarte por qué me siento más sola desde que se ha muerto. Quizá porque teníamos recuerdos en común. Estos recuerdos no los teníamos más que él y yo en el mundo. Es verdad que no solíamos decir ni una palabra de ellos cuando nos veíamos. Pero

ahora me doy cuenta de que no hacía falta sacarlos a relucir. Estaban presentes en aquellas horas consumidas en el café Canova y que yo encontraba opresivas e interminables. No eran recuerdos felices, porque tu padre y yo nunca hemos sido muy felices estando juntos. E incluso si hubo algunas breves y raras ocasiones en que fuimos felices, luego todo eso se enturbió, se estropeó y se vino abajo. Pero no se apega uno solamente a los recuerdos felices. Al llegar a cierta edad, nos damos cuenta de que a lo que se tiene apego simplemente es a los recuerdos.

Te parecerá raro, pero yo en el café Canova no podré volver a entrar nunca, porque si entrara me echaría a llorar como una estúpida, y si de algo estoy segura es de que no quiero llorar delante de la gente.

Al criado aquel de tu padre, nunca me acuerdo si se llama Quico o Federico, lo hemos despedido y lo ha tomado a su servicio Ada, la mujer de Osvaldo. Dice Matilde que era yo quien lo debía haber cogido, pero no me apetecía nada porque lo encuentro un cretino. La tal Ada le enseñará toda clase de cosas porque, según Osvaldo, parece que tiene la especialidad de adiestrar a los criados y convertirlos en seres impecables e impenetrables. No sé cómo se las va a arreglar para volver impecable a este muchacho rudo y huidizo que parece un jabalí, pero Osvaldo dice que la maña de Ada en tocante a la sublimación de criados no tiene límites.

Matilde y yo vamos todos los días a la calle de San Sebastianello para poner orden en los papeles de tu padre, y estamos inventariando los cuadros para llevarlos luego a un almacén. Con los muebles no sabemos qué hacer, porque ni Viola ni Angélica tienen sitio en sus casas. Son muebles grandes y amazacotados. Así que pensamos venderlos.

Ayer vinieron allí Osvaldo y Lillino, el primo de tu padre, para ver los cuadros. Lillino se volvía hoy a Mantua, cosa de la que me alegro porque no lo puedo soportar. Lillino nos ha aconsejado no vender los cuadros por ahora, porque en este momento la firma de tu padre no se cotiza mucho en el mercado. Los últimos que pintó son enormes y, si quieres que te diga la verdad, a mí me parecen horribles. Enseguida me di cuenta de que también Osvaldo los encuentra feos. Me di cuenta a pesar de que los mira sin decir una palabra. Pero Lillino, en cambio, opina que son magníficos y que el día de mañana el público los descubrirá y valdrán una fortuna. Matilde se limita a echar para atrás su mechón de pelo y a hacer chasquidos con la lengua para expresar su admiración. Yo no los puedo mirar porque me dan como vértigo. A saber por qué se pondría a pintar estos cuadros tan monumentales y excesivos. Me he quedado con aquel retrato mío de hace tantos años en que estoy asomada a la ventana en la casa de Pieve di Cadore. Pocos meses después, aquella casa tu padre la vendió. Ahora el cuadro lo he colgado aquí en el cuarto de estar y lo estoy mirando mientras te escribo. De todos los cuadros de tu padre es éste al que le tengo más cariño. Nos separamos poco después, al final de aquel mismo verano, cuando volvimos a Roma. Entonces vivíamos en el paseo Trieste. Viola,

Angélica y tú estabais con la tía Cecilia en Chianciano. Seguramente tus hermanas se maliciaban lo que estaba a punto de pasar, tú no porque eras pequeño, tenías seis años.

Dejé la casa del paseo Trieste una mañana y la dejé para siempre. Cogí a las gemelas y me fui con mis padres, que estaban veraneando en Roccadimezzo. Llegué a Roccadimezzo después de un viaje que no te cuento, con las gemelas que no hicieron más que vomitar todo el tiempo en el coche de línea. Mis padres estaban tan tranquilos allí en un buen hotel, comían con apetito y se daban sus paseítos por la pradera. No les había avisado, así que no me esperaban. Llegué ya tarde, casi de noche, a aquel hotel, con tres maletas y las gemelas, que se habían puesto perdidas de tanto vomitar. Mis padres, cuando me vieron llegar, se quedaron estupefactos. Llevaba una semana sin dormir, por culpa de las indecisiones y de la angustia, y debía tener cara de muerta. A mi madre, dos meses más tarde, le dio el primer infarto. Siempre he pensado que ese infarto le dio por haberme visto llegar casi de noche a Roccadimezzo en aquel estado. A la primavera siguiente, de un segundo infarto, se murió.

Tu padre decidió que tú te irías a vivir con él. Tú con él y las niñas conmigo. Compró la casa de la calle San Sebastianello y se instaló allí contigo. Tenía entonces aquella cocinera vieja que se quedó pocos meses más. No me acuerdo cómo se llamaba. Puede que tú te acuerdes. Durante bastante tiempo yo no pude poner los pies en aquella casa, porque él no quería verme. Te telefoneaba allí y tú te echabas a llorar por teléfono. Éste es un recuerdo horrible para mí. Te esperaba en Villa Borghese con las gemelas y llegabas tú con aquella cocinera vieja, que llevaba una chaqueta de piel de mono. Al principio, cuando la cocinera esa te decía que ya era hora de volveros a casa, te echabas a llorar a gritos y te tirabas al suelo. Luego, en cambio, cogías tu patineta y te marchabas con una expresión dura y serena. Parece que te estoy viendo todavía andando tieso y ligero con tu abriguito. Había almacenado tanto odio contra tu padre que me daban ganas de entrar en la casa de San Sebastianello con una pistola y pegarle un tiro. Seguramente no está bien que una madre le cuente a un hijo estas cosas, porque no es educativo. Pero lo malo es que ya no se sabe en qué consiste la educación, ni siquiera si existe realmente. Yo no te he educado. Cómo te iba a educar si no estaba. Te veía sólo en Villa Borghese alguna vez por las tardes. Tu padre, por supuesto, tampoco te educaba, porque se le había metido en la cabeza que eras educadísimo de nacimiento. Con lo cual a ti no te ha educado nadie. Has salido un poco calamidad, pero no estoy muy segura de que lo hubieras sido menos si te hubiéramos dado algún tipo de educación. Tus hermanas puede que sean menos calamitosas que tú, pero también ellas han salido bastante raras y despistadas, cada una en su estilo. Tampoco a ellas las he educado ni las educo, porque muchas veces, demasiadas, me sentía y me sigo sintiendo como una persona que no me cae simpática. Para educar a otro, hay que tener un poco de confianza en uno mismo, tenerse por lo menos algo de simpatía.

No me acuerdo de cuándo ni cómo dejamos de odiarnos tu padre y yo. Una vez, estando en el despacho del abogado, él me pegó una bofetada. Fue una bofetada tal que me puse a sangrar por la nariz. Estaba allí también el primo Lillino y entre él y el abogado me echaron en un sofá, y Lillino bajó a la farmacia a comprar algodón hidrófilo. Tu padre se encerró en el servicio y no había modo de que saliera. Tiene miedo de la sangre y se puso malo. Me doy cuenta de que he escrito «tiene miedo», en presente, y es que siempre se me olvida que tu padre se ha muerto. Lillino y el abogado llamaban con los nudillos a la puerta del servicio y empujaban. Salió por fin muy pálido y con el pelo empapado en agua, porque había metido la cabeza debajo del grifo. Siempre que me vuelvo a acordar de esta escena, me entra la risa. Cuántas veces he tenido ganas de recordársela a tu padre para que nos riéramos juntos. Pero nuestras relaciones se habían quedado embalsamadas, ya no éramos capaces de reírnos juntos. Me parece que después de aquella bofetada, él dejó de odiarme. A la calle de San Sebastianello seguía sin querer que fuera, pero algunas veces te acompañaba él a Villa Borghese, en vez de la criada. Yo también dejé de odiarlo. Una vez, estando en Villa Borghese, nos pusimos a jugar con vosotros a la gallina ciega sobre el césped y yo me caí, y él se puso a secarme el barro del vestido con su pañuelo. Mientras estaba inclinado para limpiarme el barro, yo veía su cabeza con el pelo negro y enmarañado y me di cuenta de que entre nosotros ya no existía la menor sombra de odio. Fue un momento feliz. Era una felicidad hecha de nada, porque yo sabía de sobra que, incluso sin odio, las relaciones con tu padre seguirían siendo siempre algo envilecido y mezquino. Pero me acuerdo de cómo se estaba poniendo el sol y de que había unas nubes muy bonitas color de rosa encima de la ciudad, y yo hacía mucho tiempo que no me sentía así, casi tranquila y casi feliz.

Acerca de la muerte de tu padre, poco te puedo contar. El día antes estuvimos Matilde y yo con él en la clínica. Tenía incluso ganas de charlar, estuvo discutiendo con Matilde, llamó por teléfono al arquitecto y hablaron del torreón. Dijo que ese torreón él lo había comprado sobre todo pensando en ti, porque teniendo tú tanta pasión por el mar como tienes, podrías pasarte allí veranos enteros. Podrías llevarte contigo a todos tus amigos porque pensaba poner muchas habitaciones. Yo sé que a ti el mar no te gusta y que eres capaz de estarte en la playa completamente vestido y sudando en pleno agosto. Pero no quería llevarle la contraria y no le repliqué. Así que siguió con el cuento de la lechera. Según él, comprar el torreón había sido un negocio redondo, un acierto genial, dijo que él de estos aciertos geniales había tenido muchos, lástima que yo, en cambio, no los tuviera, porque la casa que me he comprado, además de muy cara, debía ser feísima y hortera. No le repliqué. Luego vino un grupo de amigos suyos y avisaron desde la centralita que si podían subir, pero él dijo que estaba cansado y no quiso recibirlos. Eran Biagioni, Casalis, Maschera y una chica irlandesa que según creo últimamente era su amiga. Mandé a Matilde para que los recibiera. Así que nos quedamos solos él y yo. Me dijo que yo

también podía ir a veranear al torreón, si quería. Pero las gemelas no, porque con esas radios portátiles que llevan siempre, no le dejarían dormir la siesta. Le dije que era injusto con las gemelas, porque tampoco creía que fuera a lograr dormir la siesta caso de que te presentases tú en el torreón con una pandilla de amigos. Dijo entonces que quizá invitaría a las gemelas alguna vez. A Viola y Angélica no. Viola tenía la finca de sus suegros, ¿no?, horrible y llena de moscas, pues que le aprovechase. Y Angélica con aquel marido tan aburrido. ¿Estaría enamorada de él? Puede que lo estuviera. Pero de todas maneras, él al tal Orestes no lo quería ver por el torreón porque una vez había hablado mal de Cézanne. ¡Qué imbécil! ¿Cómo podía atreverse a opinar sobre Cézanne un sapo como él? Dijo que pensaba seleccionar cuidadosamente y con toda cautela a sus invitados cada verano.

Bueno, cada verano y siempre, porque él pensaba irse a vivir todo el año al torreón. A Matilde, por ejemplo, no quería verla por allí. Nunca la había podido aguantar, ni cuando eran pequeños. No entendía cómo yo me la había metido en casa. Le dije que me encontraba muy sola y tenía necesidad de compañía. Y más valía Matilde que nadie. Además me daba pena de ella, porque ya no tenía ni un céntimo. Tu padre dijo que siempre podía recurrir a la venta de aquel viñedo. Yo le recordé que aquel viñedo ya hacía tiempo que lo había vendido, malvendido mejor dicho, y que en el sitio donde estuvo ahora habían hecho un motel. Entonces dijo él que sólo de pensar que había un motel allí, en lugar de aquel viñedo espléndido, se ponía enfermo, y que el recordárselo había sido una refinada maldad por mi parte. Se dio la vuelta hacia el otro lado y ya no volvió a abrir la boca. Tampoco con Matilde quiso volver a hablar. Matilde me contó luego que la irlandesa aquella no hacía más que llorar y que Biafoni y Casalis se la habían llevado cogida del brazo.

A tu padre lo operaron a las ocho de la mañana. Estábamos todos allí en la sala de espera de la clínica, Matilde, Angélica, Viola, Elio, Orestes y yo. Las gemelas estaban en casa de una amiga. Luego supe que lo abrieron y lo volvieron a cerrar enseguida sin hacerle nada, porque no había nada que hacer. En la habitación nos quedamos Matilde y yo, y en la sala de espera Angélica y Viola. Él no volvió a decir nada. Murió a las dos de la madrugada.

Al entierro fue mucha gente. Primero dijo unas palabras Biagioni y luego habló Maschera. Tu padre ni a Biagioni ni a Maschera los podía aguantar últimamente. Decía que no entendían su nueva forma de pintar. Decía que le tenían envidia y que eran unas aves de rapiña. Decía que él a las aves de rapiña siempre las había visto venir.

Me doy cuenta de que tú o no lees mis cartas o las lees y te olvidas de ellas inmediatamente. ¿Cómo vas a hacerme las jaulas para los conejos cuando vuelvas si ya se las he encargado a un carpintero? Los conejos son cuatro. Son cuatro, pero yo no sé si me voy a quedar mucho tiempo más en estos parajes. No estoy nada segura de no haber aborrecido este sitio.

En el entierro de tu padre estaba Felipe.

Te abraza

Tu madre

Adriana, una vez que hubo terminado y cerrado esta carta, se puso un abrigo de pelo de camello y una bufanda de lana negra por la cabeza. Eran las cinco de la tarde. Bajó a la cocina. Miró lo que había en la nevera. Miró con antipatía la lengua de ternera que Matilde había puesto a remojo en vinagre dentro de una ensaladera para prepararla escabechada. Pensó que no se iban a quitar de encima durante meses aquella lengua escabechada, que seguramente no saldría bien. Ni Matilde ni las gemelas estaban en casa. Cloti estaba en cama con gripe. Adriana se asomó a su cuarto. Cloti estaba debajo de las mantas con la bata puesta y la cabeza envuelta en una toalla. Tenía encima de la mesilla la radio portátil de las gemelas. Adriana le dijo que se pusiera el termómetro. Esperó. Estaba cantando Boby Solo. Cloti dijo que Boby Solo le entusiasmaba. Era la primera vez que Adriana la oía expresar una opinión desinteresada y serena. Las opiniones emitidas habitualmente por Cloti iban acompañadas de suspiros y se referían a sus fatigas personales, a los grumos de su colchón o al aire que entraba por las rendijas de la ventana. Adriana le dijo que sentía mucho no poderle llevar la televisión a su cuarto, pero que pesaba demasiado. Cloti dijo que la televisión por las tardes no le interesaba. Por las noches sí. Pero televisor en su cuarto no lo había tenido ni siquiera en la otra casa, y eso que allí vivía con todas las comodidades. Y se puso a enumerar las comodidades de la otra casa. Un cuarto amplio y delicioso. Unos muebles preciosos en blanco y dorado y una alfombra tan buena que le daba no sé qué tenerla en su cuarto. Un colchón blando. Calefacción de aire acondicionado que daba a toda la casa una temperatura uniforme. Y luego el abogado, su señorito, siempre de viaje, conque lo único que tenía que hacer era cuidar del gato. Adriana le quitó el termómetro del sobaco. Marcaba treinta y nueve. Cloti dijo que la fiebre le estaba subiendo seguro, porque notaba escalofríos, sudor y un dolor muy raro que le cogía toda la cabeza. Adriana le preguntó si quería un té. Cloti no quería té. Había, a pesar de todo, una cosa que no le gustaba del abogado aquel —dijo—, y es que cuando estaba en casa quería que ella por las noches se sentase con él en el cuarto de estar y le diera conversación. Y ella no se sentía capaz de darle conversación. No se le ocurría ningún tema. No es que el abogado le hubiera hecho jamás proposiciones; desde el primer momento había captado y sabido apreciar la seriedad de ella. No, él lo único que quería era conversación. Y por eso se había ido Cloti. Porque no le apetecía darle conversación. Y también porque hubo habladurías. La hermana del abogado cuando vino a pasar unos días había tenido ciertas diferencias con ella por culpa de un guiso de osobuco. Otra vez le había dicho que debía darse un baño porque olía mal. Ella se lavaba todas las mañanas los pies y los sobacos, así que no podía oler

mal. Bañarse sólo se bañaba una vez al mes porque el baño la debilitaba. Pero todo eran pretextos. La verdad es que haber habladurías, las hubo. Y, sin embargo, ahora comprendía que despedirse había sido una equivocación. Una equivocación tremenda.

Adriana salió y sacó el coche del garaje. Abrió la cancela de par en par. Maldijo los dos abetos enanos que Matilde había hecho trasplantar delante de la cancela. Destacaban en aquel jardín desnudo con un aire falsamente alpino. Les auguró la muerte. El camino ascendía lleno de curvas cerradas en medio del campo. El coche daba tumbos. Había hecho un día de mucho sol y ya casi no quedaba nieve. Todavía quedaba un poco de sol iluminando el pueblo y el flanco de las colinas, pero el crepúsculo ya se extendía sobre la llanura con una neblina fría y gris. Maldijo a las gemelas porque no volvían. Maldijo a Matilde por haber ido a comprar aceitunas y alcaparras para preparar la lengua en escabeche. Durante un largo trecho no se veían casas, y luego aparecía una casita baja con un tubo en la ventana por el que salía un hilo de humo. Allí vivía una pareja de fotógrafos. El hombre estaba en aquel momento en los escalones de la entrada lavando platos en un cubo de plástico azul celeste. La mujer llevaba un sombrero rojo y unas medias con carreras. Estaba tendiendo la ropa de la colada en una cuerda. Sin saber por qué, la contemplación de aquella pareja le produjo una sensación aguda de desesperación. Le parecían los dos únicos seres que el universo le ofrecía. Durante otro largo trecho siguió habiendo barro, setos marchitos, campos yermos. Por fin se salía a la carretera, recorrida por una fila continua de automóviles. En la cuneta, unos hombres en mono estaban agrupados en torno a un bidón de alquitrán.

Se puso a pensar en la mujer de Felipe, a quien había visto en el entierro. Se le notaba la barriga. Una barriga cubierta por un abrigo amarillo, con gruesos botones de concha. Tenía un rostro anguloso, joven y duro, y el pelo lo llevaba tirante, recogido en un moño pequeño y liso. Iba andando al lado de Felipe, sonrosada, antipática, seria, con su bolsito entre las manos. Felipe estaba igual que siempre. Se quitaba y se ponía las gafas. Se pasaba los largos dedos por entre el pelo rizado y gris, áspero al tacto. Miraba en torno suyo con una expresión de fingida seguridad y de falsa competencia.

Para llegar al pueblo, había que subir bordeando una cresta montañosa por donde la carretera estaba iluminada con luces de neón, y en aquellos días adornada con guirnaldas de papel porque iba a haber una procesión. En cuanto llegó al pueblo, Adriana echó la carta. Le compró huevos a una mujer que estaba sentada delante de la iglesia con su cestito y un brasero. Estuvo hablando con ella del viento que se había levantado de pronto, arremolinando nubes negras sobre los tejados y haciendo balancearse las guirnaldas para la procesión. Entró en el bar y telefoneó a Angélica, tapándose un oído para aislarse del bullicio. Le dijo que viniera a comer el domingo, que tenían lengua escabechada. Estaba mal la línea y Angélica no entendía bien. Se dijeron adiós brevemente. Volvió a subir al coche. Felipe, el día en que vino a decirle que se

iba a casar, había venido con Angélica. Le había pedido que le acompañase por miedo de que a su madre le diera un ataque de llanto. Qué estúpido. A ella crisis de llanto no le daban casi nunca. Todo se lo tragaba. Era dura como un roble. Y además aquello era algo que se estaba viendo venir. Pero eso sí, desde aquel día la casa de la calle Villini se le había vuelto odiosa, porque cuando Felipe se marchó se había quedado tumbada llorando un rato en aquel dormitorio de los arcos mientras Angélica le cogía una mano.

VIII

—Me parece totalmente imbécil —dijo Ada.

—Totalmente tampoco —dijo Osvaldo.

—Sí, sí, totalmente —dijo Ada.

—No es imbécil, es simplemente un poco atolondrada —dijo Osvaldo.

—No veo la diferencia —dijo Ada.

—En fin, da igual, unos huevos al plato los sabrá hacer —dijo Osvaldo—. A la madre de la señora Peroni la conozco. Parece una persona muy sencilla.

—No se trata sólo de huevos al plato —dijo Ada—. A la vieja señora Peroni la conozco yo mejor que tú. Y no es de las que se contentan fácilmente. Le gusta tener la casa en orden y los suelos bien encerados. Yo a esa chica no me la imagino dando cera a los suelos. Y luego aquel niño, siempre llorando, va a dar guerra.

—Es que no sabía cómo echarle una mano y me daba pena verla con ese niño —dijo Osvaldo.

—Claro, y se te ha ocurrido echársela encima a las Peroni —dijo Ada.

—A las Peroni les gustan los niños.

—Sí, les gustan los niños que ven pasar por Villa Borghese metidos en un cochecito. Pero no los que berrean por la noche en su casa.

Osvaldo había comido en casa de Ada, estaban ahora en el cuarto de estar y él se entretenía en pegar sellos en un álbum para Elisabetta. Ada estaba haciendo punto. Elisabetta estaba con una amiga suya en la galería, jugando a las cartas. Estaban sentadas en el suelo y jugaban en silencio, con extrema seriedad.

—No sé para qué pegas esos sellos —dijo Ada—. Ella lo sabe hacer muy bien, y además le divierte.

Osvaldo cerró el álbum con una gomita, se acercó a los cristales y miró hacia fuera. El cuarto de estar estaba totalmente rodeado por una galería encristalada con macetas de distintas plantas. Llamó con los nudillos al cristal, pero Elisabetta estaba absorta en el juego y no levantó la cabeza.

—¡Qué bonita se ha puesto aquella azalea! —dijo él.

—Ya sabes que tengo buena mano para las plantas. No es ninguna novedad. Cuando me la trajeron parecía que no tenía remedio. Estaba en casa

del padre de Miguel. Me la trajo el criado. La iban a tirar, y a él se le ocurrió traérmela aquí.

—Vaya, se ve que se le ocurre algo alguna vez.

—Alguna vez, no muchas. Pero no es malo. Le he enseñado a servir la mesa. ¿Has visto lo bien que sirve la mesa?

Osvaldo estuvo a punto de decirle: «Se ve que también tienes buena mano para los criados», pero luego le pareció que en esta frase podía haber una especie de doble sentido sexual. Así que no lo dijo. Pero de todas maneras se puso colorado.

—Esa chica tuya, en cambio, nunca aprenderá nada —dijo Ada.

—En casa de las Peroni no tiene que servir la mesa. Comen en la cocina las tres.

—¿Y con aquel apartamento donde estaba en la calle Prefetti, qué ha hecho?

—Nada. Va allí los domingos. Al niño lo deja con las Peroni y ella se va a la calle Prefetti. Descansa un poco. Viene una amiga suya a verla.

—Seguro que se acuesta con alguien allí.

—Puede ser. No lo sé. Dice que está aburrida de acostarse con unos y con otros. Ahora sólo le interesa el niño. Ha dejado de criarlo ella. Le da biberones.

—Se los da la madre de la señora Peroni, querrás decir.

—Bueno, sí.

—Ese niño se parece muchísimo a Miguel. Yo estoy segura de que es suyo —dijo Ada.

—¿Crees tú?

—Sí, es idéntico.

—El niño tiene el pelo negro, y Miguel es un poco pelirrojo.

—El pelo no importa. Lo que importa es la expresión. La boca. A mí me parece que Miguel debía volver para darle su apellido. Es lo que haría si fuera una persona decente. Pero claro, no lo es. No tenía necesidad de casarse con ella, porque con una chica así ¿quién se va a casar? Digo sólo darle su apellido al niño. ¿Y con el sótano, qué piensas hacer?

—No lo sé. ¿A ti qué te parece? Ahora le he dado albergue allí a un tal Ray, un amigo de Miguel que ha venido de Londres. Pero creo que se vuelve a marchar dentro de pocos días.

—A mí se me quitó un peso de encima cuando Miguel se marchó. Y ahora me metes a otro allí.

—No sabía dónde meterse. Estaba en casa de Angélica, pero el marido de Angélica se hartó de él. Reñían por cuestiones de política. El marido de Angélica es de ideas férreas. No tolera que nadie se las discuta.

—Si realmente fuesen tan férreas, le daría igual que se las discutieran. Si se enfada es porque sus ideas no son de hierro, sino de pacotilla. Lo conozco, a ese marido de Angélica. Me parece que no vale gran cosa. Un funcionario. Uno de esos funcionarios del partido que parecen oficinistas.

—Tienes razón.

—Me da la impresión de que el matrimonio de Angélica tendrá una vida corta. Por otra parte, también nuestro matrimonio ha tenido una vida cortísima.

—Ha durado exactamente cuatro años —dijo Osvaldo.

—¿Y te parece mucho, cuatro años?—dijo ella.

—No. Me limito a decir los años que han sido. Exactamente cuatro.

—Si quieres que te diga la verdad, no me gusta nada el estilo de jóvenes que circulan por ahí ahora. Vagos y maleantes. Casi prefiero a los oficinistas. El sótano en sí mismo no me importa nada. Pero me fastidia la idea de que alguien me lo haga saltar por los aires.

—Además porque, en ese caso, saltaría por los aires también yo, que vivo en el piso de arriba. Y también la modista que vive en el último piso —dijo Osvaldo—. Pero este Ray no me parece un tipo capaz de hacer saltar nada por los aires. No me da la impresión de que haya descubierto la pólvora.

—Te agradecería que no me presentaras al tal Ray. Que no me lo trajeras aquí. A Miguel siempre me lo traías aquí. No me caía bien. No lo encontraba divertido. Se sentaba y me miraba fijamente con aquellos ojillos, tan verdes. Creo que me tenía por una imbécil. Pero yo no lo encontraba divertido. Me desviví porque se fuera, le ayudé, pero no fue por simpatía.

—Por amabilidad —dijo Osvaldo.

—Sí. Y también porque estaba encantada de no volverlo a ver. Pero me ha parecido monstruoso que no viniese cuando la muerte de su padre. Monstruoso.

—Tenía miedo de que lo detuvieran —dijo Osvaldo—. De la gente de su grupo han detenido a dos o tres.

—A pesar de todo, lo encuentro monstruoso. Y tú lo mismo. Te quedaste de piedra. Si a uno lo detienen por acompañar al cementerio al fiambre de su padre, bien detenido está.

—¿Al fiambre? —dijo Osvaldo.

—Sí, al fiambre. ¿Qué tiene de particular?

—Nada. Me ha parecido una expresión rara en tu boca.

—Es una expresión de lo más corriente. Pero a lo que íbamos, te estaba diciendo que a Miguel yo lo encontraba poco divertido. Todo lo más era amable. Jugaba con Elisabetta al palé. Me ayudaba a barnizar muebles. Pero en el fondo pensaba que yo era una imbécil, y yo me daba cuenta de que lo pensaba, y me daba rabia.

—¿Por qué hablas de Miguel en pasado? —preguntó Osvaldo.

—Porque tengo la impresión de que no volverá nunca más —dijo Ada—. De que no lo volveremos a ver. Acabará en América. Acabará Dios sabe dónde. A saber lo que hará. El mundo actualmente está lleno de chicos así que andan de acá para allá sin rumbo fijo. No logra uno imaginarse cómo van a llegar a viejos. Da la impresión de que no van a envejecer nunca. De que están condenados a quedarse siempre así, sin casa, sin familia, sin un horario de trabajo. Sin nada. Con sus cuatro trapos, y se acabó. Nunca han sido jóvenes, así

que cómo van a hacerse viejos. Esa chica del niño, por ejemplo, ¿cómo va a envejecer si ya es vieja ahora? Es una planta marchita. Nació ya marchita. No físicamente. Moralmente, me refiero. Y lo que no logro entender es por qué una persona como tú pierde miserablemente el tiempo rodeado de todas esas plantas marchitas. Puede que me equivoque, pero tengo una opinión muy positiva de ti.

—Te equivocas —dijo Osvaldo—. Eres demasiado optimista con respecto a mí.

—Yo soy optimista por naturaleza. Pero con todos estos chicos que van de un lado para otro no consigo ser optimista. Los encuentro insoportables. Encuentro que crían caos. Parecen tan amables, pero puede que en el fondo estén incubando el deseo de hacernos saltar a todos por los aires.

—En el fondo no se perdería tanto —dijo Osvaldo.

Se había puesto el impermeable y se alisaba sobre la cabeza su escaso pelo rubio.

—¿También te gustaría que Elisabetta saltase por los aires?

—Elisabetta no —dijo Osvaldo.

—Esa gabardina tendrías que llevarla al tinte —dijo Ada.

—A veces hablas como si siguieras siendo mi mujer —dijo Osvaldo—. Esa frase que acabas de decir es una frase típica de esposa.

—¿Y te molesta?

—No. ¿Por qué?

—Fuiste tú quien me dejó, no yo quien te dejé a ti. Pero vamos a hablar de otra cosa. ¿A qué viene sacar trapos viejos? —dijo Ada—. Y además seguramente tenías razón. La tuya fue una decisión sensata. Tú te las arreglas bien solo. Y también yo estoy muy a gusto sola. No estábamos hechos para vivir juntos. Somos demasiado diferentes.

—Demasiado diferentes —dijo Osvaldo.

—No repitas siempre lo que yo digo, como el gato de Pinocho. Es una cosa que me fastidia —dijo Ada—. Ahora tengo que ir al colegio de Elisabetta. Les he prometido a las maestras esas hacerles unos vestidos para las marionetas de una obra que van a poner en Navidad. Les voy a llevar unas telas viejas que he encontrado dentro del arca.

—Tú siempre te estás inventando cosas que hacer —dijo Osvaldo—. Te podías quedar aquí tan tranquila toda la tarde. Hace muy malo. No hace frío, pero sopla mucho viento.

—Si me quedo aquí metida toda la tarde, me deprimo —dijo Ada.

—Adiós —dijo Osvaldo.

—Adiós —dijo Ada—. ¿Quieres que te diga una cosa?

—¿Qué?

—Que Miguel, en lo más hondo, pensaba que también tú eras un imbécil. No sólo lo pensaba de mí. Te sacaba el jugo, pero, en su fuero interno, te tenía por un cretino.

—Miguel nunca me ha sacado el jugo —dijo Osvaldo.

Salió. No había cogido el coche y echó a andar a pie sobre el puente. Se quedó parado unos instantes mirando las aguas del río, de un amarillo denso, y las altas acacias entre las cuales circulaban los coches. Soplaba un aire templado, pero furioso, y el cielo estaba cubierto de nubes negras e hinchadas. Osvaldo se acordó de la metralleta que Angélica le dijo haber tirado al agua, no muy lejos de aquel puente. Pensó que él no había tocado un arma en toda su vida. No había tenido en las manos ni siquiera un fusil submarino. Tampoco Miguel, por otra parte, había tocado, que él supiese, ningún arma en toda su vida. Miguel se había librado del servicio militar por estrecho de pecho. Pero también porque el padre había puesto dinero. Él, Osvaldo, el servicio militar no lo había hecho por hijo de viuda. Cuando la Resistencia, era un chiquillo. Su madre y él habían ido a refugiarse cerca de Varese.

Enfiló una callejuela estrecha, llena de niños. Entró en la tiendecita. La señora Peroni iba de un lado para otro con sus tobillos gordos y sus andares renqueantes, cargada con una pila de libros. Le sonrió.

—¿Qué tal va todo? —preguntó él.

—Se ha vuelto a la calle Prefetti —dijo ella—. Era de todo punto imposible seguir así. Ayudar en casa, no ayudaba nada. Al contrario, era mi madre la que tenía que estar pendiente de ella y hacerle la comida. Cuando se daba una ducha, no se preocupaba de secarse y dejaba huellas húmedas por toda la casa. El otro día salió, y también mi madre y yo habíamos salido. Se le olvidaron las llaves, y en casa se había quedado el niño solo, llorando la pobre criatura, y no encontrábamos a un cerrajero, así que la portera llamó a los bomberos. Los bomberos tuvieron que romper un cristal para poder entrar. Y el caso es que mi madre le había cogido cariño a la criatura. Pero en cambio ella salía tan tranquila y allí se quedaba el niño. Era mi madre la que tenía que cambiarle los pañales y darle el biberón.

—Cuánto lo siento —dijo Osvaldo—. Yo pagaré ese cristal.

—Por el cristal no se preocupe. Nos hubiera gustado tanto seguirla teniendo en casa. No dejaba de ser una obra de caridad. Pero es que tiene una cabeza de chorlito. Nos despertaba por las noches para que la ayudáramos a cambiar al niño. Decía que se ponía triste si lo tenía que cambiar estando sola. Nos despertaba a las dos, a mí y a mi madre, porque decía que cuantas más personas hubiera, más consuelo le daba. En el fondo daba pena. Pero lo que no se entiende es por qué se ha empeñado en tener ese niño, si le angustia tanto sacarlo adelante.

—No se entiende —dijo Osvaldo—. Aunque en el fondo, sí, se entiende muy bien.

—Total, que hoy se fue. Metimos al niño en el capacho amarillo. Allí no coge frío. Llamamos a un taxi. Mi madre le tuvo que prestar una cazadora, porque no tenía nada de abrigo, la chaqueta aquella de los dragones se le quemó un día cuando la estaba planchando.

—Qué pena —dijo Osvaldo.

—Sí, una lástima. Era una chaqueta muy bonita y muy graciosa. Pero la llamaron por teléfono y le dejó la plancha encima. Se entretuvo mucho hablando con no sé quién. Luego me dijo que era Angélica. En todo lo que era la espalda de la chaqueta, justo en el sitio donde estaban los dragones, se le quedó la señal de la plancha. Por poco no se incendia la mesa entera. No sabe usted el susto que se llevó mi madre. A mí la que me preocupaba era mi madre. Es vieja. Se cansaba mucho y estaba siempre con el alma en un hilo. Si no hubiera sido por ella, yo por mí puede que hubiera seguido aguantando.

—Ya comprendo. Lo siento mucho —dijo Osvaldo.

IX

18 de diciembre de 1970

Querido Miguel:

He ido a ver a la chica de la calle Prefetti. Mara. Tiene un nombre de tebeo. Hubiera sido mejor María. Añadiéndole una «i», puede que todo hubiera sido distinto.

Le llevé un poco de dinero. Se lo pedí a mamá. Pero Osvaldo dice que más que darle dinero, lo que haría falta es ayudarla a encontrar un empleo. Empresa no tan sencilla, si se tiene en cuenta que no sirve para nada. Osvaldo se la había encasquetado en casa a la señora Peroni. Parece ser que existe además una madre vieja de la señora Peroni, octogenaria pero bastante avispada. Y que viven las dos en Montesacro. A Mara la tenían con el niño y le daban un pequeño tanto al mes, a cambio de que ayudara un poco en las faenas caseras. Pero estuvo a punto de quemarles la casa y tuvieron que llamar a los bomberos. Por lo menos eso es lo que me ha parecido entender a través de una historia larga y embarullada que me ha contado ella. De comer le daban poquísimo, o eso es lo que dice. Un trocito de bacalao a la comida y otro trocito a la cena, recalentado con unas cebollas. El bacalao ese Mara no lo digería bien y tenía que ir tirando a base de alka-seltzer. Además por las noches se despertaba con un hambre negra y andaba merodeando por la casa en busca de un poco de queso. Total, que se le fue la leche. Pero Osvaldo dice que esta chica cuenta muchas mentiras. El niño es muy mono, pero tuyo no es. Tiene una boca de labios gordos y unos mechones de pelo negro y abundante. También es verdad que estos mechones negros podría haberlos heredado de nuestro padre. Ahora el niño y ella viven otra vez en la calle Prefetti.

Ray, el chico aquel que me mandaste, se quedó en casa una semana. Pero reñía mucho con Orestes. Una vez le llamó «revisionista». Al oír esta palabra, Orestes se enfureció tanto que le pegó un puñetazo. Le empezó a salir sangre por la boca, y yo tenía miedo de que le hubiese partido los dientes. Pero era sólo una grieta en el labio. Bajamos a la farmacia Sonia y yo con Ray, y Orestes se quedó arriba. Estaba fuera de sí. Ray no. Pero el labio le sangraba tanto que se le manchó de sangre toda la cazadora. En la farmacia dijeron que no era nada, y le

pusieron un parche. Al día siguiente llamé por teléfono a Osvaldo y ahora Ray está viviendo en tu antiguo sótano. Mi amiga Sonia le lleva comida y tebeos para leer, porque él quiere aprender a hacer comics. Tiene un amigo que hace comics y le ha prometido proporcionarle una entrevista con el director de una de esas revistas. Por eso se pasa el día tratando de dibujar mujeres de ojos inmensos y de tetas inmensas. Ha visto tus búhos y ha dibujado también algún búho sobrevolando esas tetas inmensas.

A mamá se le ha metido en la cabeza que Orestes le pegó a Ray porque estaba celoso. Pero Orestes no tiene el menor motivo para estar celoso, porque entre ese Ray y yo reina la más absoluta indiferencia. No me parece simpático. Ni tan siquiera antipático. Me parece una amiba. Orestes dice que tiene ideas fascistas, pero es que Orestes ve fascistas y espías por todas partes. Además ya te digo que entre Ray y yo no hay nada. Él se acuesta con Sonia en aquel sótano tuyo, en tu cama y tapados con las preciosas mantas de mamá. Se lo he contado a mamá y me ha dicho que quite esas mantas y las cambie por otras menos bonitas. Pero creo que no lo voy a hacer porque me parece un detalle antipático. Mamá a veces tiene detalles antipáticos. Pero lo curioso es que suele tenerlos con personas a las que no conoce de nada. A lo mejor si conociese a este Ray no le gustaría saber que se tapaba con las mantas feas. Yo la cazadora de Ray se la lavé, pensando que se podía lavar en casa, pero metí la pata, porque al secarse se ha quedado seca y tiesa como un trozo de bacalao.

El domingo fui a comer a casa de mamá. Orestes no vino porque tenía una asamblea sindicalista. Fui con la niña. Estaba también Osvaldo con su niña. Mamá tiene unos conejos, y las niñas lo pasaron muy bien jugando con ellos. No entiendo cómo pudieron pasarlo bien, porque son poco divertidos y más bien modorros. Las gemelas los sacaron de sus jaulas agarrándolos por las orejas. Los soltaron en la hierba y ni tan siquiera se escapaban. Son unos conejos que sueltan mucho pelo. Las gemelas se pasan el día quitándose de la chaqueta pelo de los conejos. Hacía un día hermosísimo de sol. Pero a mamá la encontré deprimida.

Creo que la muerte de nuestro padre la ha dejado hecha polvo. Me parece que no hace más que darle vueltas en la cabeza a los años en que vivieron juntos. A cada momento le entran ganas de llorar, y se tiene que levantar y marcharse a otra habitación. Ha colgado en el cuarto de estar aquel cuadro que le pintó papá en la casa de Pieve di Cadore, uno en que está ella asomada a la ventana. Tú no te acuerdas porque eras pequeño, pero yo me acuerdo con todos los detalles. Fue un verano horrible. Ellos ya no reñían, pero flotaba en el aire la sensación de que estaba a punto de suceder algo. Algunas veces, por las noches, yo oía llorar a mamá.

No sabía quién de los dos tenía razón y quién la culpa. Ni siquiera me lo preguntaba. Solamente sabía que de la habitación donde ellos vivían salían oleadas de angustia que se propagaban por toda la casa. La angustia lo invadía todo. Durante muchos veranos lo habíamos pasado tan bien en aquella casa. Era

una casa preciosa. Tenía tantos sitios buenos para jugar, había una leñera, había pavos en un patio, y tantos recovecos para esconderse. Tú no te acuerdas. Luego llegó Cecilia y nos fuimos con ella a Chianciano. Allí fue donde se presentó papá unas semanas después a decirnos que él y mamá se separaban. Nos dijo que tú te quedarías a vivir con él y nosotras, las niñas, con mamá. No nos dieron más explicaciones. Lo habían decidido así. Se quedó en Chianciano dos o tres días. Se pasaba el tiempo sentado en el hall del hotel. Fumaba. Pedía vermuts. Cuando Cecilia le decía algo, él le mandaba callar.

No sé si mamá seguirá enamorada de Felipe. Podría ser. Su relación con Felipe ha durado muchos años, y siempre tenía la esperanza de que acabara yéndose a vivir con ella. Pero se ha casado con una chica más joven que yo. No se atrevía a decírselo a mamá y me pidió a mí que le acompañase. Felipe no es valiente. En fin, que aquella mañana pasé un rato horrible. Fue el mayo pasado. Me acuerdo de que estábamos en mayo porque el rosal aquel que había debajo de nuestras ventanas en la calle Villini estaba en plena floración.

Ahora mamá está muy sola, ésa es la verdad. Las gemelas no le hacen ningún caso. Tú no estás. Viola y yo andamos cada una a lo nuestro. Y ella allí metida con Matilde. Matilde la pone muy nerviosa. Pero significa algo, una presencia en la casa, una voz en la casa, unos pasos por aquellas habitaciones por donde no anda nunca nadie. Yo no entiendo cómo a mamá se le ha ocurrido comprarse esa casa tan enorme. Seguro que ya se ha arrepentido de haberla comprado. Y también se habrá arrepentido de haber llamado a Matilde, aunque esté convencida de que la soledad a palo seco la aguantaría todavía peor. Pero Matilde la pone muy nerviosa. Matilde la llama «cielo mío» y le pregunta a cada momento «¿cómo te encuentras?», acariciándole la barbilla y mirándola a los ojos. Por las mañanas va a su cuarto en traje de baño para hacer yoga, porque dice que es el único cuarto verdaderamente calentito de toda la casa. Mamá no es capaz de decirle que se vaya. A mamá se le ha puesto ahora un carácter muy manso. Le toca aguantar también la lectura de *Maíz y veneno,* la novela de Matilde, que ahora Matilde ha desenterrado de un baúl y tiene la intención de corregir, porque Osvaldo, sin darse cuenta de lo que hacía, le dijo que Ada es íntima amiga de un editor. Es un tal Colarosa, un editorzucho de tres al cuarto. Creo que debe ser amante de Ada. Matilde ha cogido una perra con lo de este editor. Por las noches les lee a mamá y a Osvaldo en voz alta trozos de *Maíz y veneno.* Ahora Osvaldo aparece por allí casi todas las noches. Se ha hecho bastante amigo de mamá. Por supuesto que de cama nada en esta amistad. Porque además no creo que a Osvaldo le interesen las mujeres. Me da la impresión de que es un homosexual reprimido. También me da la impresión de que está enamorado de ti, aunque sea de forma oscura e inconsciente. No sé lo que te parece a ti, pero yo es lo que pienso.

Tengo ganas de volverte a ver. Yo me encuentro bien. Flora va a una guardería infantil. Come allí y sale a las cuatro. La va a recoger Sonia, porque yo hasta las siete no salgo de la oficina. Mi trabajo se me hace cada vez más

repugnante y más estúpido. Ahora tengo que traducir un artículo muy largo sobre la densidad del agua. Al volver a casa me toca hacer la compra y preparar la cena y planchar las camisas de Orestes, porque a él las camisas que no hace falta planchar no le gustan. Luego él se marcha al periódico y yo me quedo dormida delante de la televisión.

Un abrazo de

Angélica

X

—La encuentro de una memez sin límites —dijo Mara.

—Te equivocas —dijo Osvaldo.

—Sin límites —dijo Mara.

—Pues no, tiene momentos de una penetración y agudeza poco comunes. Es algo limitada, eso sí. Pero además, de todas maneras, es mi mujer y te ruego que dejes de llamarla mema. Llevo un cuarto de hora aquí y no sabes decir otra cosa.

—Estáis separados. Ya no es tu mujer.

—Es igual, me fastidia que la gente hable mal de ella delante de mí.

—¿Te pasa muchas veces?

—¡Y a ti qué te importa!

—No me parece guapa, ni elegante.

—Pues es guapa, y a veces va muy elegante.

—Ayer no iba elegante. Y tampoco el otro día. Siempre con el mismo abrigo de piel. Es lobo americano. No se ven más que lobos americanos de ésos, te los encuentras hasta en la sopa. De tipo no sé qué tal está, porque la he visto siempre con el abrigo puesto. Tiene unas piernas finas, pero de rodilla gorda. Y luego esas gafas grandes que lleva, con montura de carey. Cuánto mejor serían unas gafitas ligeras, de montura invisible. Y tiene un poco de bigote. Lo lleva teñido, pero lo tiene. Se puso a andar por aquí con las manos metidas en los bolsillos. Tenía el aire de estarnos analizando, a mí, al niño, al apartamento. Ayer le preguntaste que si le parecía que el niño había engordado y dijo que estaba rico, pero como si le dijera «rico» a un gusano. No tiene educación.

—Ada en el fondo es tímida —dijo Osvaldo.

—Para ti todos son tímidos. Y además me habías dicho que, como ella viniera por aquí, enseguida me traería electricistas y albañiles. Pero de eso nada. No movió ni un dedo. Todo lo que se le ocurrió decir es que olía a retrete. Eso ya lo sabía yo sin que nadie me lo dijera.

—No dijo «a retrete», dijo «a patio de vecindad» o algo por el estilo.

—Yo qué culpa tengo de que huela mal esta casa. Hay casas que huelen mal, y ésta es una de ellas. No sabes lo que me llevo gastado en desinfectantes. Y consejos para arreglar la casa no me dio ninguno del otro mundo. Todo lo que

me dijo es que comprara un escurreplatos en los almacenes Upim. ¡Pues para tanto como eso!

—¿Y lo has comprado?

—No. No he tenido tiempo. He perdido más de una semana en casa de esas Peroni que el diablo confunda. Malas personas no eran, hasta incluso bastante amables, pero por culpa de sus comidas a base de bacalao se me fue la leche. Cuando volví aquí caía agua del techo. Tuve que llamar a un albañil. Yo lo llamé, yo, no tu mujer. Y luego me han pasado toda clase de calamidades. Mucho me temo que tendré que irme de este piso. Mi amiga, la chica aquella que me lo cedió, estuvo aquí el otro día con un japonés que vive con ella y dicen que quieren poner una «boutique» de cosas orientales. Le dije que no me parece a propósito un apartamento como éste, en el último piso, sin ascensor y oliendo a retrete. El japonés era bastante simpático, dijo que yo podría trabajar de vendedora en la boutique. Mi amiga dijo que además, en cualquier caso, boutique o no boutique, ella esta casa la quiere recuperar porque es suya y anda mal de dinero. Tuvimos unas palabras y nos despedimos fríamente. Menos mal que el japonés me siguió tratando bien y me prometió regalarme un quimono, porque yo les había contado lo de la chaqueta que se me quemó. Así que de todas maneras, como a ella le dé por echarme, no sé dónde voy a ir. Claro que siempre puedo meterme en el famoso sótano. Miguel por ahora no piensa volver.

—El sótano es de Ada. No sé lo que decidirá hacer con él. Seguramente piensa alquilarlo.

— ¡Madre mía, pues que no sois poco agarrados también vosotros! Yo no puedo pagar ahora un alquiler. Puede que más adelante. El sótano ese es más bien lóbrego y seguramente tendrá humedad, pero a mí me viene bien. Tiene la ventaja de que tú vives en el piso de arriba y podría llamarte de noche, caso de que te necesitara.

—Aspiro a no ser despertado por la noche —dijo Osvaldo.

XI

29 de diciembre de 1970

Querido Miguel:

Ha venido a verme tu hermana Angélica. Yo no la conocía. Es simpática y muy guapa. Me ha traído dinero. Sesenta mil liras. Yo con sesenta mil liras no tengo ni para empezar, pero ha sido un detalle amable. Sé que eres tú quien le ha dicho que me las dé. Muchas gracias. Le he dicho a tu hermana que un día me gustaría ir a ver a tu madre. Dice que tu madre está pasando ahora por un bache de depresión, pero cuando se encuentre menos deprimida que por supuesto la puedo ir a ver.

Angélica me ha dado tus señas, así que te escribo para darte el pésame por tu padre. Aprovecho para felicitarte también las Navidades y el Año Nuevo. Las Navidades en realidad ya han pasado. El día de Navidad lo pasé sola y triste, lloviendo y el niño con un catarro de nariz y sin dejar de llorar. Pero luego, al anochecer, vino a verme un japonés que conozco y me trajo de regalo un quimono negro con dos girasoles grandes, uno en la parte de delante y otro en la de atrás.

Te doy la buena noticia de que me ha salido un trabajo. Ya he empezado. El niño se lo dejo por las mañanas a una señora que cuida a otros seis. Voy a recogerlo por la tarde. Le pago veinte mil liras al mes. Este trabajo me lo ha encontrado la mujer de Osvaldo, Ada. También ha sido ella la que se ha encargado de buscarme a esta señora que cuida niños. Yo a esta Ada la encuentro mema, pero la verdad es que conmigo se ha portado muy bien. Estoy trabajando con un editor que se llama Fabio Colarosa. Es el amigo de Ada. Es probable que se acueste con ella. Pero no lo sé seguro. Osvaldo dice que posiblemente ya hace dos años que se acuestan. Él es bajo y delgadito con una nariz grande y picuda. Parece un pelícano. La editorial está en la calle Po. Yo tengo una habitación grande para mí sola y Colarosa tiene otra habitación grande para él solo. Está allí sentado delante de su escritorio, pensando, y cuando piensa arruga la nariz y la boca. De vez en cuando le habla al magnetófono entornando los ojos y acariciándose el pelo despacito. Yo tengo que pasar a máquina las cartas y todas las cosas que él le dicta al magnetófono.

A veces pensamientos suyos que se le ocurren. Son pensamientos enrevesados y yo no entiendo el sentido. También tengo que atender al teléfono, pero nunca le llama nadie, a no ser Ada alguna vez. En otra habitación grande hay dos chicos que empaquetan libros y hacen diseños para las portadas. Vamos a publicar el libro de tu tía Matilde. Se titula *Maíz y vino* o algo así. Ya está hecha la portada. Tiene un sol y terrones de tierra con un azadón clavado, porque el argumento trata de campesinos. Los dos chicos dicen que esta portada parece un manifiesto de los socialistas. El dinero para publicar este libro lo pone tu madre. Más le hubiera valido darme a mí este dinero, con la falta que me hace. Por este trabajo cobro cincuenta mil liras al mes, no me llega para nada. Pero él, Colarosa, me ha prometido subirme el sueldo. Dice que no le importa que no sepa inglés.

Osvaldo me ha contado que le costó dos días convencer a Ada para que me recomendara a su amigo Colarosa. Por fin me recomendó, pero le dijo que estoy loca. Él le contestó que no tiene nada en contra de los locos. Encuentro que es una contestación maravillosa.

A mediodía bajo al bar y me tomo un café cortado y un sándwich. Pero él, Colarosa, me vio el otro día cuando entraba en el bar y me invitó al restorante. Es un tipo más bien callado, pero no de esos callados que te hacen sentirte a disgusto, de vez en cuando te hace una pregunta muy breve y se queda escuchando lo que le contestas frunciendo la boca y la nariz. Lo pasé bien. No sé por qué lo pasé tan bien, con lo poco que habla él. Me contó que quiere hacer un libro con todos esos pensamientos que le dicta al magnetófono. Le he preguntado que si era bonita la novela de tu tía Matilde y me ha dicho que era una bazofia. Pero que se la publica para hacerle un favor a Ada, que quiere hacerle un favor a Osvaldo, que quiere hacerle un favor a tu tía y etcétera etcétera. Además todos los gastos corren por cuenta de tu madre.

El niño se parece a ti. Tiene el pelo negro y liso y tú lo tienes rizado tirando a pelirrojo, pero el pelo de los niños cambia y les vuelve a salir de otra manera. Los ojos los tiene color de plomo y tú los tienes verdes, pero también se les cambia el color de los ojos a los niños. Me gustaría que el niño fuera tuyo, pero por desgracia no estoy segura. De todas maneras, no te creas que cuando vuelvas te voy a pedir que ejerzas de padre. Sería imbécil si te lo pidiera, y además una caradura, no estando segura de que seas su padre, como no lo estoy. En vista de lo cual, este niño es huérfano de padre, y a veces me parece algo horrible, pero, otras que estoy de mejor humor, pienso que bueno, que no importa.

Yo lo pasaba bien contigo. No sé por qué lo pasaba bien, pero es algo que nunca se entiende por qué lo pasa uno bien con unas personas y con otras se aburre. A ti algunas veces se te cruzaban los cables y no me dirigías la palabra. Yo te hablaba y tú por toda respuesta carraspeabas, pero sin abrir la boca. Ahora, cuando quiero acordarme de ti, carraspeo un poco y me parece que te estoy viendo.

Los cables conmigo se te cruzaban casi siempre en los últimos tiempos. A lo mejor te resultaba demasiado pegajosa. Pero yo no pedía nada de ti, sólo que me hicieras compañía. Nunca se me ocurrió que tuvieras que casarte conmigo, por si lo quieres saber. Es más, la sola idea de casarme contigo me daba risa y hasta temblores. Era una idea que si se me pasaba por la cabeza alguna vez, la espantaba corriendo.

Me diste mucha pena aquella vez que estábamos citados y llegaste a toda prisa, blanco como el papel, y me contaste que habías atropellado a una monja. Luego, en el sótano, me dijiste que la habías matado. Estabas con la cabeza hundida en la almohada y yo te consolaba. Pero a la mañana siguiente ya no me dirigías la palabra, y cuando te iba a acariciar el pelo, apartabas la cabeza y hacías el carraspeo ese. Tienes un carácter muy difícil, pero no es por eso por lo que no quiero casarme contigo. No quiero casarme contigo porque esa vez que te digo y otras muchas me has dado pena, y a mí me gustaría casarme con un hombre que no me diera pena, porque bastante tengo con la que me doy yo.

Me gustaría casarme con un hombre que me diese envidia.

Te escribiré de vez en cuando.

Un abrazo.

Mara

XII

6 de enero de 1971

Querido Miguel:

Ha sido maravilloso hablar contigo por teléfono. Se te oía clarísima la voz. Osvaldo ha sido encantador viniéndome a buscar para que pudiera telefonearte desde su casa. Y además así ha podido saludarte también él.

Me ha gustado saber que sacas a pasear al bosque a todos los perros. Te imagino caminando por el bosque. Me alegra que se me ocurriera mandarte las botas porque habrá barro y la hierba debe estar húmeda. Aquí por los alrededores también yo podría encontrar zonas de bosque si subiera a la colina. Y Matilde de vez en cuando me propone dar un paseo hasta allá arriba, pero sólo de pensar en su capa tirolesa moviéndose al viento junto a mí se me quitan las ganas de pasear. Sola, por otra parte, tampoco me apetece trepar a los bosques y las gemelas nunca quieren salir a dar un paseo conmigo. Así que yo los bosques los miro desde la ventana, y me parecen lugares remotos. Posiblemente para salir a pasear por el campo nos hace falta estar tranquilos y más bien contentos, y así es como espero y deseo que estés tú.

Pero no entiendo qué proyectos son los que te rondan por la cabeza. Osvaldo me aconseja que te deje en paz. Ahí estás aprendiendo inglés y dedicado a faenas domésticas, y esto, según él, siempre es algo provechoso. Pero me gustaría saber cuándo tienes pensado regresar.

Con Osvaldo fui al sótano a recoger tus cuadros. En el sótano estaba Ray, ese amigo tuyo que ahora vive allí, como sabes. También una tal Sonia, amiga de Angélica, una con cola de caballo negra. Y había más gente, como una docena en total. Estaban sentados encima de la cama o por el suelo. Cuando entramos nosotros, empujando la puerta que no estaba cerrada, no se movieron y siguieron haciendo lo que hacían, o sea nada. Sonia nos ayudó a llevar los cuadros al coche. Los otros no se movieron. En cuanto he llegado a casa, tus cuadros los he colgado todos. No los encuentro nada bonitos, pero si bien se mira es mejor que no sean bonitos, ya que has dejado de pintar. Osvaldo dice que probablemente la pintura la has dejado para siempre. Dios sabe lo que te vas a poner a hacer ahora. Osvaldo dice que es mejor no pensarlo. Algo

acabarás por hacer.

Me produjo una enorme melancolía volver a tu sótano. Y me da la impresión de que a Osvaldo también. La cama estaba hecha un dormitorio de monas. Vi allí las mantas que yo te regalé. Me importa un bledo de estas mantas, pero le he dicho a Angélica que las coja para ella. En cuestión de mantas, no nada precisamente en la abundancia.

Las Navidades las hemos pasado solas Matilde y yo. Las gemelas se fueron a esquiar a Campo Imperatore. Angélica y Orestes a casa de los Bettoia, unos amigos suyos que yo no conozco. Elio y Viola al campo con los suegros. De todas maneras, Matilde preparó una especie de comida de Navidad, aunque estuviéramos solas ella y yo comiendo en la cocina. Cloti se había ido a su pueblo y creíamos que ya no volvería más, porque al irse se llevó casi toda su ropa. Matilde había preparado un capón relleno con uvas y castañas y había hecho también natillas. Así que la cocina estaba llena de cacharros sucios, porque además se nos había roto el lavaplatos. Matilde después de comer se fue a dormir la siesta, y dijo que la vajilla ya la lavarían las gemelas cuando volvieran. Matilde no conoce a las gemelas. Lavé los platos y los sequé. A última hora de la tarde apareció Osvaldo con su hija Elisabetta y el perro. Les saqué las natillas que habían sobrado. La niña no las tocó y se puso a leer tebeos de las gemelas. Osvaldo arregló el lavaplatos. Cuando ya estaban a punto de irse, salió Matilde y se enfadó porque no la había despertado. Dijo que se había echado la siesta de puro aburrimiento, porque a esta casa no viene nunca nadie de visita. Insistió para que se quedaran a cenar, y se quedaron. Con lo cual luego volvía a haber otra pila de platos por lavar. Y encima el lavaplatos, en cuanto se puso a funcionar, volvió a estropearse y le salían chorritos de agua que mojaban el suelo.

Al día siguiente, con gran sorpresa por nuestra parte, reapareció Cloti. Nos ha traído una cesta de manzanas, que Matilde devora a mordiscos. Dice que para estar realmente en forma, tendría que comerse una manzana cada media hora.

Osvaldo viene a vernos casi todas las tardes. Según Matilde, se ha enamorado de mí, pero Matilde tiene una cabeza de chorlito. Yo lo que creo es que viene por inercia, por la fuerza de esta costumbre nueva que se ha creado. Al principio venía para oír la novela *Maíz y veneno,* pero ahora, a Dios gracias, se acabó. Matilde leía la novela con su voz ronca y profunda y allí nos tenías a Osvaldo y a mí medio dormidos y sin escapatoria posible. Ahora Osvaldo le ha soltado la novela a un editor amigo de Ada. Pagaré yo los gastos, porque Matilde me ha pedido ese favor y no he sabido negárselo.

Yo a este Osvaldo no lo entiendo. No es antipático, pero me aburre. Se queda ahí sentado hasta medianoche. Hojea unas revistas. Pocas veces da conversación. Generalmente parece esperar que sea yo la que le hable. Hago algunos esfuerzos por hablar, pero con él tengo pocos temas de charla. Por lo menos, cuando lo de *Maíz y veneno,* nos entraba sueño, bueno, pero había un

motivo para que siguiéramos allí sentados. En cambio ahora no veo el motivo por ninguna parte. Y sin embargo, te diré que me alegra verlo aparecer. Me he acostumbrado. Cuando lo veo aparecer, siento una extraña mezcla de alivio y tedio.

Un abrazo de

Tu madre

Le he preguntado a Osvaldo si la chica esa, Mara Pastorelli, estaba en el sótano cuando fuimos a recoger tus cuadros. Me ha dicho que no. No es amiga de esa gente, es de otro grupo. Yo le he mandado dinero por medio de Angélica. Según Angélica y Osvaldo había que mandarle un poco de dinero, porque estaba en una situación desesperada a causa del pobre niño. Ahora le han encontrado un trabajo con ese editor que te he dicho amigo de Ada. Esta Ada es siempre la divina providencia.

XIII

8 de enero de 1971

Querido Miguel:

Ayer se abrió el testamento de tu padre. Este testamento lo tenía Lillino. Tu padre lo redactó en cuanto empezó a encontrarse mal. Yo no tenía ni idea. Estuvieron conmigo en el despacho del notario Lillino, Matilde, Angélica, Elio y Viola. Orestes no pudo venir porque tenía no sé qué compromiso en el periódico.

Tu padre te deja a ti una colección de cuadros, los que pintó entre el 45 y el 55, la casa de la calle San Sebastianello y el torreón. Me da la impresión de que tus hermanas salen mucho más perjudicadas. A ellas les deja las tierras aquellas cerca de Spoleto. Algunas se habían vendido ya, pero todavía quedan. A Matilde y a Cecilia tu padre les deja un mueble, el aparador de estilo barroco piamontés. Matilde ha puntualizado enseguida que lo disfrutará Cecilia, porque ella no sabe qué hacer con semejante aparador. Pues lo que es Cecilia que está medio ciega y con la cabeza perdida, ya me dirás también qué disfrute va a ser el suyo.

La casa de la calle San Sebastianello me tienes que decir lo que quieres hacer con ella, si venderla, alquilarla o venirte a vivir. El torreón, como ya te dije, ese arquitecto había empezado a arreglarlo, pero ahora se ha paralizado todo. Los proyectos que tu padre había firmado suponen unos gastos por las nubes. Lillino dice que tendremos que ir él y yo a echarle un vistazo al tal torreón y a las obras que ya se han llevado a cabo. Lillino no ha visto nunca el torreón, pero dice que no puede ser una buena inversión porque habría que abrir un camino en la roca para poder llegar con el coche. Ahora solamente se puede llegar a pie trepando por un sendero entre peñas. Yo, la verdad, no tengo muchas ganas de escalar esas peñas con Lillino.

Me gustaría que vinieras tú a verlo y a decidir lo que sea. Yo no puedo decidir por ti. Cómo quieres que decida, si no tengo la menor idea de dónde quieres vivir ni cómo.

Tu madre

XIV

12 de enero de 1971

Querida madre:

Muchas gracias por tus cartas. Te escribo a toda prisa porque dejo Sussex y salgo para Leeds con una chica que he conocido aquí. A esta chica le han dado un puesto de profesora de dibujo en un colegio de Leeds. Yo espero encontrar en ese mismo colegio algún trabajo de lavar platos o encender calefacciones. En esto de encender calefacciones y lavar platos he adquirido una gran destreza y rapidez.

Las dos personas con las que vivía aquí, el profesor y su mujer, son buena gente y no nos hemos despedido en mal plan. Él es un poco marica, un poquito nada más. Me ha enseñado a tocar el clarinete.

Leeds como ciudad no debe ser nada del otro mundo. He visto tarjetas-postales. La chica con la que me voy, como chica tampoco es nada del otro mundo; no es que sea tonta, pero sí algo aburridilla. Me voy con ella porque aquí ya estaba un poco harto de todo.

Te agradecería que me mandaras a Leeds, con cierta urgencia, algo de dinero. Yo todavía no sé dónde voy a vivir en Leeds, pero puedes mandarme el dinero a casa de la madre de esta chica, cuyas señas te incluyo al final. A las mismas señas mándame, por favor, *Los Prolegómenos* de Kant. También esto me corre cierta prisa. Este libro lo encontrarás en el sótano. Aquí lo hay, pero en inglés, y ya se me hace difícil en italiano, conque fíjate. Puede que lo encontrase en alguna biblioteca, pero yo no soy amigo de ir a bibliotecas. Gracias.

No puedo volver por ahora. Realmente no es que, tal como se han puesto las cosas, no pudiera volver, pero es que no tengo ganas. A la casa de la calle San Sebastianello no entiendo por qué no te vas a vivir tú, si te veo por las cartas tan baja de moral y tan harta de vivir en el campo.

Con respecto al torreón, decidid vosotros. No creo que vaya nunca a vivir a ese torreón ni en invierno ni en verano.

Si no te mudas tú a la calle San Sebastianello, tal vez pudiera meterse en ese piso Mara Castorelli, esa chica amiga mía a la que tú has mandado dinero. Tiene un apartamento en la calle Prefetti, ya lo sabes, pero no debe estar muy a

gusto. La casa de la calle San Sebastianello es muy cómoda. Yo guardo un buen recuerdo de ella.

Transmite a Matilde mis mejores deseos de éxito para su novela *Maíz y veneno,* que debe de estar a punto de salir. Besos para las gemelas y para todos de

Miguel

Escríbeme enseguida a casa de Mrs. Thomas, 52 Belford Road, Leeds.

XV

25 de enero de 1971

Querido Miguel:

Me ha ocurrido una cosa muy extraña y necesito contártelo enseguida. Ayer Fabio y yo nos acostamos. Fabio es el editor Colarosa. El pelícano. No te puedes hacer idea de lo mucho que se parece a un pelícano. Es el amigo de Ada. O sea que se lo he pisado a Ada.

Me invitó a comer al restorante. Luego me acompañó a casa, porque era fiesta y la oficina no abría por la tarde. Dijo que le gustaría subir a conocer al niño. Ada le había hablado del niño. Le dije que el niño no estaba, porque se lo había llevado a la señora esa. Dijo que le gustaría ver mi casa. A mí me daba vergüenza del olor a retrete que hay siempre. Además, al salir por la mañana lo había dejado todo patas arriba. Pero le invité a subir porque insistía. Se sentó en la única butaca que hay y que tiene la tapicería rota. Le hice un Nescafé. Se lo serví en una taza de plástico rosa que me regaló una amiga en una pensión. No tengo más tazas. Siempre estoy pensando que tengo que ir a comprarlas a Standa pero nunca tengo tiempo. Después de tomarse el café, se puso a pasear arriba y abajo arrugando la nariz. Le pregunté que si por casualidad no notaba mal olor. Dijo que no, que él, a pesar de tener la nariz tan grande, es insensible a los olores. Había hecho la cama y me senté encima de ella: él se sentó a mi lado y acabamos haciendo el amor. Luego yo misma la verdad es que no me lo creía. Él se durmió. Yo miraba su gran nariz también dormida. Y decía para mis adentros: «Pero, madre mía, si estoy en la cama con el pelícano.»

Eran las cinco y yo tenía que ir a recoger al niño. Él se despertó mientras yo me vestía. Dijo que le gustaría quedarse todavía un rato, me fui y volví con el niño. Él seguía allí tumbado. Asomó la nariz para mirar al niño, y dijo que era muy mono. Luego se volvió a tumbar. Me puse a preparar el biberón para el niño y me gustaba tenerlo a él allí, porque cuando preparo el biberón no me gusta ni pizca estar sola. Tendría que haberme acostumbrado porque estoy casi siempre sola, pero no me acostumbro. De cena tenía un filete de lomo, lo hice a la plancha y nos comimos la mitad cada uno. Mientras estábamos cenando, le dije que lo encontraba idéntico a un pelícano. Dice que ya se lo han dicho

alguna vez, pero no se acuerda quién. Yo le dije: «Puede que haya sido Ada», pero comprendí enseguida que no le apetecía hablar de Ada, y en cambio a mí muchísimo. No le dije que la encontraba imbécil. Le dije que me parecía un poco insoportable. Se echó a reír. Le pregunté si se había quedado con hambre. Él dijo que los pelícanos comen poco. Se quedó toda la noche conmigo. A la mañana siguiente, se vistió y se fue. Nos volvimos a ver en la oficina. Estaba allí sentado con su magnetófono; cuando entré, me guiñó un ojo. Pero no dijo nada, y me trata de usted. He entendido que en la oficina él quiere hacer como si nada. No me invitó a comer en el restorante. Vino Ada a recogerlo. Así que ahora estoy con hambre porque desde ayer por la noche sólo he comido medio filete de lomo, dos cafés cortados y un bocadillo. Ahora voy a bajar a comprarme un poco de jamón.

No sé cuándo volverá. No me ha dicho cuándo piensa volver. Tengo la impresión de que me he enamorado de él. No me da ninguna pena, como me la dabas tú algunas veces. Le envidio. Le envidio porque tiene un aire ensimismado, extraño y misterioso. Tú también algunas veces tenías un aire ensimismado, pero a mí tus secretos me parecían un juego de niños. Él en cambio da la impresión de tener verdaderos secretos, que nunca contará a nadie, secretos complicados y rarísimos. Por eso le envidio. Porque yo en tocante a secretos no tengo ninguno.

Hacía tanto tiempo que no me acostaba con nadie. Desde que nació el niño. Un poco porque no se me ha presentado la ocasión. Y otro poco porque no me apetecía. El japonés es marica. Y a Osvaldo acostarse conmigo ni se le pasa por la cabeza. O es marica también él o no le gusto. No lo sé.

Ahora va a venir Angélica a buscarme, para ir a casa de una amiga suya que tiene un cochecito. Lo tiene guardado en un desván y ya no le hace falta. Angélica dice que lo tendremos que desinfectar.

No sé si contarle a Angélica lo del pelícano. La conozco poco y a lo mejor se va a creer que me acuesto con el primero que aparece. Pero puede que se lo cuente, porque me muero de ganas de contarlo. En cuanto vea a Osvaldo, a él se lo cuento seguro. Le he pisado a Ada su pelícano.

Un abrazo de

Mara

Vino Angélica. Fuimos a buscar el cochecito. Es un cochecito buenísimo. A Angélica se lo he contado todo cuando íbamos por la calle.

Angélica me ha dado tus nuevas señas. Me ha dicho que esta ciudad, Leeds, donde te has ido a vivir es una ciudad gris y muy aburrida. A saber qué diablos habrás ido tú a hacer a Leeds. Angélica dice que te has ido por acompañar a una chica. Enseguida he tenido celos de ella. Ya no me importa nada de ti, sólo te veo como a un amigo, pero eso no tiene que ver. Tengo celos de todas las chicas que te puedas encontrar.

XVI

Angélica se levantó. Era domingo. La niña llevaba dos días en casa de una amiga. Orestes estaba en Orvieto. Angélica se puso a andar descalza por la casa y a abrir contraventanas. Era una mañana soleada y húmeda. De la plazuela que había debajo de la casa subía un olor a pastelería. Encontró en la cocina sus chancletas de felpa verde y metió los pies en ellas. Encima de la máquina de escribir, que estaba en el comedor, encontró el gorro blanco de baño y se lo encasquetó, metiéndose dentro todo el pelo. Después de ducharse se puso un albornoz rojo, algo mojado, porque Orestes lo había usado por la noche. Se hizo un té. Se sentó en la cocina para tomárselo, mientras leía el periódico del día anterior. Se quitó el gorro de baño y todo el pelo le volvió a caer otra vez por los hombros. Se fue a vestir. Buscó en el cajón de las medias, pero todas tenían carreras. Por fin encontró un par sin carreras, pero con un agujero en el pulgar. Se puso las botas. Mientras se estaba abrochando las botas pensó que había dejado de querer a Orestes. La idea de que se fuera a pasar el día entero a Orvieto le producía una profunda sensación de libertad. Tampoco él la quería ya. A ella le parecía que debía estar enamorado de una chica que llevaba la página femenina en su periódico. Luego se dijo que seguramente nada de todo esto que estaba pensando era verdad. Se puso el traje azul y raspó con la uña una mancha blanca que tenía en la falda. Era una mancha de leche y harina. La noche anterior, que vinieron los Bettoia, habían hecho manzanas fritas Orestes y ella. Mientras comían las manzanas fritas ella había apoyado la cabeza en el hombro de Orestes, que la tuvo abrazada durante algunos instantes. Luego, de repente, había apartado su cabeza y había dicho que tenía mucho calor. Se quitó la chaqueta y le reprochó que tuviera tan alta la calefacción. También los Bettoia tenían calor. Las manzanas fritas estaban demasiado aceitosas. Se recogió el pelo delante del espejo y el espejo reflejó su rostro largo, pálido y serio.

Llamaron a la puerta. Era Viola. Llevaba un abriguito nuevo, negro, con cuello de leopardo. En la cabeza llevaba un gorro de leopardo. Por los hombros le caía el pelo negro, liso y brillante. Tenía los ojos castaños con chispitas azules y una nariz pequeña y muy graciosa. La boca también era pequeña, con el labio superior sobresaliendo por encima de unos dientes grandes y blanquísimos. Se quitó el abrigo y lo extendió cuidadosamente sobre el arca de la entrada.

Llevaba debajo del abrigo un jersey rojo con escote redondo. Angélica le sirvió un poco de té. Viola rodeó la taza con las dos manos porque tenía frío. Le preguntó a Angélica que por qué tenía tan baja la calefacción.

Había venido para decirle que el testamento lo encontraba muy injusto. Sobre todo le había parecido muy mal que el padre le dejara a Miguel aquel torreón. Lo había comentado con Elio y los dos pensaban que habría sido estupendo heredar este torreón ellas, las hermanas, para pasar los veranos allí. A Miguel no le valía para nada. Angélica dijo que ella el torreón no lo había visto pero tenía entendido que para ponerlo en condiciones de poderse habitar había que gastarse mucho dinero y ella no lo tenía. Y luego que el torreón era de Miguel.

—Eres boba —dijo Viola—. Para conseguir dinero basta con vender una parcela de los terrenos de Spoleto.

Pidió unas galletas porque había salido de casa sin desayunar. Angélica no tenía galletas, pero tenía unos colines rotos dentro de una bolsita de celofán. Viola se puso a comer los colines mojados en el té. Le parecía que estaba embarazada —dijo—, tenía un retraso de diez días. Y por las mañanas notaba una sensación rara, como de languidez.

—Los primeros días no se nota nada —dijo Angélica.

—Mañana voy a hacerme una prueba de embarazo —dijo Viola.

Según sus cálculos, el niño nacería a primeros de agosto.

—Una época malísima para dar a luz —añadió—. Me asfixiaré de calor. Va a ser tremendo.

Dentro de dos años habrían podido reunirse todos en el torreón. Elio podría ir a coger mejillones a las rocas, con lo que le gustaba a Elio coger mejillones. Habrían comido sopa de mejillón y tendrían una parrilla al aire libre para hacer carne a la brasa. Orestes y Elio irían juntos a hacer pesca submarina. Y esos días, en vez de carne a la plancha, comerían mero.

—Orestes no ha hecho en su vida pesca submarina —dijo Angélica.

Llamaron al teléfono y Angélica fue a atenderlo. Era Osvaldo. Le dijo que a Ray le habían herido en la cabeza en una manifestación. Estaba en el Policlínico. Le dijo a Angélica que fuese allí. Angélica se puso el abrigo de piel. Le pidió a Viola que la acompañara en su coche, porque el de ella se lo había llevado Orestes. Cuando estaban bajando por las escaleras, Viola le dijo que no se sentía con fuerzas para acompañarla. No se encontraba bien y estaba cansada. Angélica dijo que cogería un taxi. En el momento en que iba a subirse a él, Viola cambió de idea y dijo que bueno, que la llevaría. El taxista se quedó echando pestes.

En el coche, Viola volvió a sacar a relucir lo del torreón. En la parte de arriba se podía hacer un mirador, y al niño lo dejaría allí en su cochecito. Correría un aire fresquísimo en lo alto.

—No sé de dónde sacas eso del aire fresquísimo —dijo Angélica—. Yo he oído decir que en la isla del Giglio hace mucho calor. Creo que encima de ese

mirador caerá un sol de justicia y el niño se te achicharrará vivo.

—Pondremos unos toldos —dijo Viola—. Y en todas las habitaciones suelo de gres. Es muy fresco el gres y muy fácil de fregar. Da mejor resultado que la baldosa.

Angélica dijo que, según creía recordar, el padre había dejado elegidas y pagadas quintales de baldosas. Y que además el torreón era de Miguel.

—Miguel no va a ir nunca —dijo Viola—. Nunca se casará Miguel. Ni tendrá una familia propia. Es homosexual.

—No inventes cosas raras —dijo Angélica.

—Es homosexual —dijo Viola—. ¿Pero no te has dado cuenta de que estaba liado con Osvaldo?

—Venga, no inventes —dijo Angélica.

Pero mientras estaba diciendo «no inventes», se dio cuenta de que también ella había pensado siempre eso.

—Miguel tenía una chica aquí —dijo—, y el niño de esa chica probablemente es suyo.

—Porque es bisexual —dijo Viola.

—Y Osvaldo tiene una hija. ¿También él es bisexual?

Viola dijo que sí, que era bisexual.

—Pobre Miguel —dijo luego—. Cada vez que pienso en Miguel, se me encoge el corazón.

—A mí Miguel no me da ninguna pena —dijo Angélica—. Yo cuando pienso en él, me pongo de buen humor.

Pero tenía el corazón encogido y una sensación de desastre.

—Ahora está viviendo en Leeds con una chica —dijo.

—Ya lo sé —dijo Viola—. En ninguna parte consigue estar tranquilo. Va de un lado a otro sin parar. Picotea de aquí, picotea de allá. Fue papá quien lo echó a perder. Lo adoraba y le consentía todo. Nos lo quitó a mamá y a nosotras. No se ocupaba de él. Lo adoraba pero no se ocupaba de él. Siempre lo estaba dejando solo en casa con criadas viejas. Y, claro, por eso se volvió homosexual, de puro estar solo. Nos echaba de menos a mamá y a nosotras, a sus hermanas. Así es como se convierten los hombres en homosexuales, a base de pensar en las mujeres como en algo anhelado y ausente. Me lo ha dicho mi psicoanalista. No sé si sabías que voy a un psicoanalista.

—Lo sabía —dijo Angélica.

—Es que no conseguía dormir —dijo Viola—; tenía una sensación continua de angustia. Desde que voy al psicoanalista, duermo mejor.

—Ya, pero Miguel no es homosexual —dijo Angélica—, ni bisexual tampoco. Es normal. Y además, aunque fuera bisexual, no veo por qué regla de tres vamos a tener que quitarle el torreón, que es suyo.

Viola dijo que iba a entrar también ella un momento en el Policlínico. Encontraron a Osvaldo, Sonia y Ada en la sala de espera de Urgencias. A Ada la había avisado Osvaldo porque ella tenía un médico amigo en el Policlínico.

Sonia llevaba al brazo la cazadora de Ray. Iba con él cuando le habían tirado al suelo. Ella conocía a los que le habían pegado. Eran fascistas. Llevaban cadenas. Ada vio pasar al médico amigo suyo y salió corriendo detrás de él. Este médico aseguró que Ray no tenía nada grave y que podía volver a casa.

Viola y Ada fueron al bar a tomar algo. Ada pidió un café y Viola un vino caliente. Viola dijo que se iba porque le temblaban las rodillas. Se había llevado un susto y además los hospitales le impresionaban mucho. Acababa de ver pasar a un enfermero con una palangana llena de gasas ensangrentadas. Tenía miedo de abortar. Ada le preguntó que de cuántos meses estaba y contestó que de un mes. Ada dijo que ella, estando embarazada de siete meses, se había quedado velando durante noches y noches en el hospital a una criada suya con peritonitis.

Ray salió de Urgencias con la cabeza vendada. Ada y Viola ya se habían ido. Sonia y Angélica subieron con Ray en el seiscientos de Osvaldo. Fueron a casa de Osvaldo. Ray se tumbó en un sofá del cuarto de estar. Era una habitación muy grande y tenía varios sofás y butacas con las fundas aplastadas y deslucidas. Osvaldo sacó una botella de vino tinto. Angélica bebió un vaso de vino y se acurrucó en una butaca, con la cabeza apoyada en el respaldo. Veía a Osvaldo y a Sonia entrando y saliendo de la cocina. Veía la gran espalda de Osvaldo dentro del jersey de pelo de camello y su cabeza cuadrada y ancha con el pelo rubio y escaso. Pensó que estaba a gusto allí con Osvaldo, Sonia y Ray, y que se alegraba de que Viola y Ada se hubieran ido. Pensó que era bueno vivir. Que tal vez Osvaldo, como decía Viola, estuviera liado con Miguel, pero esto, aparte de resultarle difícil de imaginar, le era indiferente. Ray se había quedado dormido con la cabeza debajo de la manta. Osvaldo trajo una sopera y la dejó encima de la mesita de cristal que había delante del sofá. Sonia trajo platos soperos. Ray se despertó y comieron espaguetis aliñados con ajo, aceite y pimientitos. Pasaron la tarde fumando, oyendo discos, bebiendo vino y de vez en cuando diciendo alguna cosa. Cuando oscureció, Ray volvió a bajar a su sótano y Sonia se quedó con él.

Angélica tenía que volver a su casa y Osvaldo la acompañó. No le apetecía estar solo, dijo. Habían pasado una tarde tan buena los cuatro juntos, sin hacer nada.

Una vez en casa, Angélica esperó la vuelta de su hija, asomada a la ventana. Osvaldo se había puesto a leer un libro que había encontrado encima de la máquina de escribir. Era *Diez días que trastornaron al mundo.* Angélica vio a la niña que se bajaba del coche y decía adiós con la mano a los amigos que la habían tenido en su casa.

La niña venía cansada y alegre. Habían estado en Anzio y lo había pasado muy bien jugando en el pinar. Ya había cenado, en un restaurante. Angélica la miraba mientras se estaba desnudando. La ayudó a abotonarse el pijama. Apagó la luz y le dio un beso en las trenzas rubias que salían fuera del embozo. Fue a la cocina, cogió un cuchillo y un periódico y raspó el barro seco pegado en

las botitas de la niña. Luego puso a cocer unos guisantes congelados y les picó encima unas sobras de jamón. Orestes volvería tarde. Se sentó en una butaca junto a Osvaldo, se quitó las botas y se quedó mirando el agujero de la media, que se había hecho mucho más grande. Osvaldo seguía leyendo. Angélica apoyó la cabeza en el respaldo y se quedó dormida. Soñó con la palabra «bisexual». Era un sueño en el que no salía más que esta palabra y una serie de baldosas esparcidas por un pinar. La despertó el teléfono. Era Elio, para pedirle que fuera a su casa, si podía. Viola estaba perdiendo sangre. No dejaba de llorar y necesitaba a alguien. Elio dijo que había sido un disparate llevarla al hospital. Se había impresionado y había tenido un aborto. Angélica dijo que a lo mejor no era un aborto, que podía ser simplemente que le había venido el período. No, seguro que era un aborto —dijo Elio—, Viola estaba desconsolada, con lo que había deseado tener un niño.

Angélica se volvió a atar las botas y le pidió a Osvaldo que se quedara allí hasta que llegara Orestes. Luego salió y fue a casa de Viola.

XVII

Leeds, 15 de febrero de 1971

Querida Angélica:

Te escribo para decirte una cosa que seguramente te dejará estupefacta. Me voy a casar. Por favor, vete a la gestoría de la Plaza San Silvestro para que me consigan los papeles pertinentes. No sé cuáles son los que hacen falta. En cuanto tenga los papeles, me caso.

Me caso con una chica que he conocido en Leeds. Bueno, no es una chica propiamente hablando, porque está divorciada y tiene dos hijos. Es americana. Profesora de física nuclear. Los niños son monísimos. A mí me gustan los niños. Cuando son muy pequeños, no, pero cuando ya tienen, como éstos, seis o siete años, entonces sí. Me divierto mucho con ellos.

No sé cómo describirte a esta chica con la que me voy a casar. Tiene treinta años. No es guapa. Lleva gafas. Es muy inteligente. Y a mí me atrae la inteligencia.

Creo que por fin voy a conseguir un trabajo. Están buscando un profesor de italiano para un colegio femenino, aquí mismo, en Leeds. Hasta ahora he estado lavando platos en otro colegio, donde daba clase Josephine, la chica con la que vine. Podéis seguirme escribiendo a casa de la madre de Josephine. Todavía no tengo un apartamento, pero lo estoy buscando. Eileen, la chica esta con la que me voy a casar, vive con sus padres y con los niños, y la casa es muy pequeña. No hay sitio para mí. Tengo un cuarto en una pensión, pero no os mando las señas porque pienso mudarme.

Puede que escriba también a mamá, pero mientras tanto vete diciéndoselo tú. No se lo digas de sopetón, porque es una noticia del tipo de las que a ella la pueden trastornar. Dile que esté tranquila, porque lo he pensado bien. A lo mejor vamos a Italia por Semana Santa y así podréis conocer a Eileen y a los niños.

Un abrazo, y no dejes de mandarme los papeles lo antes posible.

Miguel

XVIII

Leeds, 15 de febrero de 1971

Querida Mara:

Te escribo para notificarte que me caso. La mujer con la que me voy a casar es extraordinaria. Es la mujer más inteligente que he conocido en mi vida.

Escríbeme. Tus cartas me divierten mucho. Se las he leído a Eileen. Eileen es mi mujer. Mejor dicho, la que será mi mujer dentro de veinte días, en cuanto me manden los papeles. Nos hemos reído mucho con la historia de tu pelícano.

Te mando un paquete con doce pijamas enterizos para el niño. Son de felpa, con cremallera. Te los mando de parte de Eileen. Eran de sus niños y los guardó. Dice que son comodísimos. Se pueden meter en la lavadora. Claro que tú a lo mejor no tienes lavadora.

Guárdalos también tú, por si acaso Eileen y yo tenemos hijos y te los tengo que volver a pedir. Eileen me ha encargado que te diga que no los deseches.

Recuerdos al pelícano.

Miguel

XIX

Leeds, 15 de febrero de 1971

Querido Osvaldo:

Perdona que no te haya escrito ni una sola vez desde que salí de ahí. Las breves frases que intercambiamos por teléfono, cuando me llamaste para darme la noticia de la muerte de mi padre, y otra vez que mi madre estaba en tu casa, son muy poca cosa y me doy cuenta de que debía haberte escrito para contarte con detalles algo de mi vida. Pero ya sabes que no es mi estilo contar con muchos detalles nada que se refiera a mí.

Me he enterado de que frecuentas mucho a mi familia, que pasas largas tardes con mi madre y ves a mis hermanas. Me ha dado mucha alegría.

Te participo una cosa que tal vez te asombre. He decidido casarme. La chica con la que me voy a casar se llama Eileen Robson. Está divorciada y tiene dos niños. No es guapa. Incluso en algunos momentos casi se puede decir que resulta feísima. Muy flaca. Cubierta de pecas. Con unas gafas enormes como las de Ada. Pero es más fea que Ada. Y sin embargo, creo que es lo que se llama un tipo, todo un tipo.

Es muy inteligente. Su inteligencia me fascina y me equilibra. Tal vez porque yo no sea muy inteligente, sino simplemente perspicaz y sensible. Por eso sé lo que es la inteligencia y sé calibrar lo que en mí ha fallado. Si he escrito «perspicaz y sensible», es porque me acuerdo de que tú una vez me definiste así.

No sería capaz de convivir con una mujer tonta. No soy muy inteligente, pero adoro y venero la inteligencia.

En mi sótano dejé una bufanda, creo que en el fondo de uno de los cajones de la cómoda. Es una bufanda preciosa, de cachemir auténtico, blanca con rayas azul celeste. Me la regaló mi padre. Me gustaría que fueras a buscarla y la usases. Me alegraría saber que llevas al cuello esa bufanda cuando vayas paseando a orillas del Tíber, al salir de tu librería. No puedo olvidar nuestros largos paseos arriba y abajo a orillas del Tíber, viendo ponerse el sol.

Miguel

XX

22 de febrero de 1971

Querido Miguel:

La bufanda de cachemir no aparece por ninguna parle. De todas maneras, me he comprado una bufanda. No tiene rayas azules ni creo que sea de cachemir, es una bufandita blanca y vulgar y corriente. La llevo puesta y me imagino que es la tuya. Me doy cuenta de que es un sucedáneo. Pero al fin y al cabo todos vivimos de sucedáneos.

Voy con mucha frecuencia a ver a tu madre, que es muy simpática, y, efectivamente, también veo mucho al resto de tu familia, como ya te han dicho.

Por lo demás, mi vida es la misma que conoces, o sea la de siempre, todo igual. Voy a la librería, oigo quejarse a la señora Peroni de sus varices y de su artritis, hojeo los libros de cuentas, mantengo conversación con mis escasos clientes, acompaño a Elisabetta a su clase de gimnasia y la voy a recoger, camino por las orillas del Tíber y me quedo apoyado en el puente con las manos en los bolsillos, mirando cómo se pone el sol.

Te mando mis mejores deseos de felicidad en tu matrimonio. También te he mandado un regalo, una edición de *Les fleurs du Mal,* encuadernada en cuero rojo.

Osvaldo

XXI

23 de febrero de 1971

Querido Miguel:

Angélica, que está aquí conmigo, me dice que te casas. Me dice que tú le has dicho que no me dé la noticia de sopetón para que no me trastorne. Pero ella me lo ha dicho a bocajarro, nada más entrar en mi cuarto. Angélica me conoce mejor que tú, sabe que vivo en un estado tan perenne de trastorno, que ya no hay nada que pueda trastornarme un poco más. Te parecerá raro pero ya nada me asombra ni me asusta, estando como estoy en una situación perpetua de estupor y sobresalto.

Hace diez días que estoy enferma en la cama, por eso no te había vuelto a escribir. He llamado al doctor Bovo, aquel médico de tu padre que vive en la calle San Sebastianello en el cuarto piso. Tengo pleuresía. Se me hace rarísimo escribir «tengo pleuresía», porque nunca en mi vida he tenido una enfermedad y me he jactado de ser fuerte como un roble. Los que caían enfermos eran siempre los demás.

Angélica me ha dado a leer tu carta. Algunas frases de esta carta me han dejado de piedra, a pesar de ser ya, como te he dicho, esencialmente inmune al estupor. «Me gusta la inteligencia», «me gustan los niños.». Si quieres que te diga la verdad, no tenía ni idea de que te gustasen ni la inteligencia ni los niños. Lo cual no quiere decir que estas frases no me hayan dejado una impresión fundamentalmente positiva. Como si por fin trataras de alcanzar la claridad y la resolución. Como si por fin estuvieras intentando elegir algo definitivo.

Me alegra la idea de volver a verte en Semana Santa, y tener ocasión de conocer a tu mujer y a esos niños suyos. La perspectiva de tener niños en casa me fatiga sólo de pensarlo, pero, si con eso te vuelvo a ver a ti, os acogeré a todos con enorme alegría.

El hecho de que esta chica con la que vas a casarte tenga treinta años no me parece un dato negativo. Es evidente que tú necesitas tener a tu lado a una mujer mayor que tú. Tienes necesidad de afecto maternal. Esto se explica porque cuando eras pequeño, tu padre te separó de mí. Dios le perdone, si existe Dios, posibilidad que tampoco hay por qué descartar del todo. Algunas

veces pienso lo poco que hemos estado juntos tú y yo y lo mal que nos conocemos, de qué manera tan superficial me juzgas y seguramente te juzgo yo a ti. Yo te encuentro tan atolondrado. Y sin embargo no sé si eres realmente atolondrado o, por el contrario, oscuramente sabio.

Parece que por fin me ponen el teléfono, gracias a Ada, que ha ido personalmente a la Telefónica, en cuanto se ha enterado de que yo me encontraba mal.

Se me olvidaba decirte una cosa muy importante. Osvaldo dice que Ada estaría dispuesta con mucho gusto a comprar tu torreón. Sería estupendo, porque tú de esta manera te verías libre de un engorro, aunque realmente no creo que te quite el sueño semejante torreón. Viola y Elio querían comprarlo ellos, pero han ido a verlo y han quedado muy defraudados. Dicen que para llegar allí se suda la gota gorda, todo el rato cuesta arriba por un camino de cabras. Y además el torreón da la impresión de que va a caerse al suelo sólo con tocarlo. El arquitecto todavía no ha empezado obra ninguna, todo lo que ha hecho ha sido ir allí con un par de albañiles, desempotrar un lavabo y tirar una pared. Ahora el lavabo yace al aire libre entre ortigas. Las baldosas ya se eligieron y se pagaron en su día, pero siguen en el almacén, con las consiguientes protestas por parte del personal de allí. Según Ada el arquitecto ese es un completo imbécil. Ella ha ido a ver el torreón con un arquitecto suyo. Quiere hacer una piscina, unas escaleritas que bajen hasta el mar, y un camino en condiciones. Nos hemos enterado de que tu padre no había pagado por este torreón un millón de liras, como nos decía, sino diez. Ada estaría dispuesta a darte quince. Tienes que decidir lo que sea.

Creo que te harán falta camisas y calcetines, y puede que un traje oscuro. Yo ahora no me puedo ocupar de nada, porque estoy enferma, Angélica no tiene tiempo y Viola está más bien en baja forma, deprimida, puede que sea un ligero agotamiento nervioso. Estamos todos a cual peor. Matilde con lo de *Maíz y veneno* ha perdido completamente la aguja de marear, y va todos los días a la editorial de Colarosa a corregir pruebas, a supervisar la cubierta, y a no dejarlos vivir en paz. Tu amiga Mara Martorelli trabaja ahora con este editor Colarosa. Matilde la ha conocido allí, dice que iba vestida con un quimono japonés increíble, estampado con flores inmensas.

Voy a terminar esta carta, porque Angélica está esperando para llevarla al correo.

Te mando un abrazo y te deseo la mayor felicidad, caso de que la felicidad exista, posibilidad que tampoco hay por qué descartar del todo, a pesar de que bien pocas huellas de ella podamos encontrar en este mundo que nos ha tocado en suerte.

Tu madre

XXII

29 de febrero de 1971

Querido Miguel:

He recibido los doce pijamitas de felpa. Podías haberte ahorrado el trabajo de mandármelos, porque están muy usados, con los broches descosidos y luego, además, duros y tiesos como sardinas. Dile a tu Eileen o como se llame que yo no soy ninguna pordiosera. Y dile que mi niño tiene unos pijamas maravillosos nuevos y suavecitos, de felpa deliciosa con florecitas rosas y azules. Pero gracias de todas maneras.

Te notifico que me he mudado a casa del pelícano. He llegado aquí hace dos tardes con armas y bagajes, porque aquella amiga mía me acabó echando de la calle Prefetti. Se me ocurrió contarle que existía en mi vida el pelícano y ella dijo que entonces ya para qué necesitaba su piso, que me largase cuanto antes. Tiene el proyecto de poner en ese piso una especie de club, o galería de arte, o no sé, algo por el estilo. «Boutique» ya no. Así que me dijo que necesitaba dinero, mucho dinero, y que me largase sin más cuentos. Claro que yo habría podido insistir, y seguirme quedando, pero en lugar de eso me dio un ataque de rabia. En veinte minutos recogí mis cosas, agarré al niño, lo cargué todo en el cochecito y me vine a casa de Fabio. Tiene un ático en la plaza Campitelli, el pelícano. Es un ático maravilloso y no tiene ni punto de comparación con la calle Prefetti. Él se quedó un poco perturbado cuando me vio llegar, ya de noche, pero enseguida mandó a la criada a comprar leche para el niño y un pollo para mí al «Piccione», esa mantequería que hay en el Largo Argentina. El niño ya toma leche de botella, y no en polvo como antes, no sé si te lo había dicho.

En casa de Fabio ya había estado, y me encantaba este ático. Lo único que no me gusta es la criada que tiene, una cincuentona corpulenta, gorda, seca y nada amable, que me mira con severidad y no me contesta cuando le hablo. Al niño lo mira como si fuera un vil gusano. Le he dicho a Fabio que la podíamos despedir. Él se escaquea y dice que es una criada que no tiene precio.

A la oficina he dejado de ir. Me quedo aquí, disfrutando de este ático y tomando el sol en la terraza. Al niño lo pongo a la sombra de un quitasol

grande y estamos en la gloria. Ya no lo llevo donde aquella señora que te conté, porque no se preocupaba de él, no lo cambiaba, y estoy segura de que lo dejaba desgañitarse a llorar. Fabio, cuando vuelve de la oficina, sale también él a la terraza, nos cogemos la mano y pedimos unos zumos de tomate, que nos trae Belinda, la criada cincuentona, con su delantal rosa. Fabio al principio estaba un poco asustado, pero ahora, cuando le pregunto que si es feliz, frunce la nariz y dice que sí. A Ada la hemos liquidado. Fabio ya no la ve nunca. Yo he telefoneado a Osvaldo para enterarme de cómo se lo ha tomado ella, y me ha dicho que mal, pero pronosticando que esta relación nuestra durará poco. Yo, en cambio, creo que me acabaré casando con el pelícano. Y tendré más niños, porque la cosa que más me gusta en este mundo es tener niños. Claro que para tener niños hay que tener dinero, si no es horrible. Pero me he dado cuenta de que él, el pelícano, es millonario. No es que yo me piense casar con él por el dinero, me caso con él por amor, pero me encanta que tenga tanto dinero. Le envidio porque es rico, porque es inteligente y a veces incluso llego a envidiarle por esa enorme nariz que tiene.

Te felicito por tu matrimonio, y de la misma manera felicítame tú a mí por el mío, porque ya verás cómo me caso y a lo mejor hasta antes que tú.

Como regalo mío de boda cuenta con un cuadro de Mafai. No te lo mando porque no es cosa tan fácil embalar un cuadro de Mafai. Está colgado aquí en casa del pelícano en nuestro dormitorio. Yo le he preguntado al pelícano si me dejaba regalártelo y me ha dicho que bueno.

Mara

XXIII

Leeds, 18 de marzo de 1971

Querida Angélica:

He recibido los papeles y te escribo para darte las gracias. Me casé el miércoles.

He sabido que mamá está enferma y lo siento mucho. Espero que no sea nada de cuidado.

Eileen y yo hemos encontrado una casita de dos pisos en esta «Nelson Road», que es una calle larguísima llena de viviendas idénticas. Tenemos dos metros cuadrados de jardín y lo voy a plantar de rosas.

Dale las gracias a mamá de mi parte por el dinero, las camisas y el traje oscuro, aunque no me lo puse el día de la boda, ni me lo pienso poner nunca. Lo he colgado en el armario con naftalina.

Eileen sale para la Universidad todas las mañanas muy temprano, y acompaña a sus niños al colegio. Yo salgo un poco más tarde. Arreglo un poco la casa, enjuago los platos del desayuno y paso el aspirador por la moqueta. Bueno, todo esto sólo hace dos días. De todas maneras, muy bien.

El día de la boda fuimos a comer a un restaurante con los padres de Eileen. Los padres de Eileen me adoran.

Me he enterado de que Elio y Viola querían haber venido a mi boda. Me lo ha dicho ese famoso pariente de la señora Peroni, que cayó por la pensión donde he estado viviendo hasta anteayer. Gracias a Dios que no han venido, que ninguno de vosotros ha venido. No es que no quiera volver a veros, os volvería a ver a todos con muchísimo gusto, pero todo esto de la boda se ha organizado tan aprisa y tan sin darle importancia, que Elio y Viola, y hasta vosotros si hubierais venido, seguro que os habríais sentido defraudados.

Dile a Orestes que mi mujer tiene carnet del partido comunista, es uno de los pocos comunistas que circulan por aquí. Yo sigo sin ser comunista, sigo sin ser nada, así que perdí el contacto con los amigos aquellos que tenía en Roma y no he vuelto a saber nada de ellos. ¡Y pensar que me vine de Roma por razones políticas! Bueno, no sólo por eso, pero también. Sea como quiera, ahora no estoy metido en política. Lo está mi mujer, y con eso me basta.

Me vendría bien un libro, *La crítica de la razón pura* de Kant. Mira a ver si puedes ir a buscarlo a mi sótano, caso de que el sótano todavía exista, y que aún pueda llamarse mío.

Un abrazo.

Miguel

XXIV

23 de marzo de 1971

Querido Miguel:

Ya hace dos días que me levanto, y me encuentro mejor. Un poco floja todavía, pero ya se irá pasando.

Me habría gustado muchísimo tener carta tuya, pero está visto que en cuestión de cartas a tu madre eres tacaño. De todas maneras, he tenido noticias tuyas vía Angélica. Me alegro de que tengas una casa mona, o yo por lo menos me la imagino mona, con su jardincito y su moqueta. No soy capaz de verte pasando la aspiradora por la moqueta. Ni tampoco cultivando rosas. Yo me siento en este momento a mil leguas de las rosas, tengo la impresión de que no sería capaz de cultivarlas. Y sin embargo, ya ves, también fue ésa una de las razones por las que me vine a vivir al campo. Puede que sea porque seguimos en invierno, hace todavía bastante frío y llueve mucho. Pero me da la impresión de que tampoco cuando llegue la primavera me voy a ocupar de este jardín mío. Creo que buscaré a un jardinero y yo, por mi parte, no tocaré ni una hoja. Yo no tengo buena mano para las plantas, como dicen que la tiene Ada. Especialmente las rosas me recuerdan la casa de la calle Villini, que tenía justo debajo de mi ventana aquel rosal tan bonito, aunque no trepaba desde nuestro jardín, sino desde el jardín vecino. Hablando en plata, las rosas me recuerdan a Felipe. No es que yo quiera borrar a Felipe de mi memoria; de hecho lo recuerdo miles de veces y los caminos de la memoria que me llevan a su persona son innumerables. Pero las rosas debo haberlas estado mirando en aquel momento en que él me dijo que todo había acabado entre nosotros, y por eso ahora siempre que veo un rosal vuelvo a tener la sensación imprevista de estar cayendo en la oscuridad. Así que en este jardín mío puede que plante flores, pero rosales no.

Como tú y yo nos parecemos en muchas cosas, no creo que hayas nacido para cuidar flores. Aunque es posible que en estos meses te hayas convertido en una persona diferente de la que yo conocía, y diferente de mí. Y también puede ser que Eileen haga de ti una persona aún más distinta. Tengo fe en Eileen. Creo que me va a caer bien. Me gustaría que me mandaras una foto suya. La que me

mandaste era tan sumamente pequeña que no se ve más que una gabardina larga. Me dices que es muy inteligente. Yo también, como tú, amo la inteligencia. Siempre he procurado vivir con personas inteligentes. Tu padre era raro y genial. Nuestra convivencia no cuajó, quizá porque los dos teníamos personalidades demasiado fuertes, y cada una de ellas exigía en torno suyo una enorme parcela de espacio. Felipe es raro y muy inteligente. Pero por desgracia se ha apartado de mí. Ha salido definitivamente de mi vida. Ya no nos vemos nunca. Habríamos podido quedar como amigos, de haber querido yo, pero no he querido. De todas maneras, nos habríamos tenido que ver siempre en presencia de esa mujercilla de cara huesuda con la que se ha casado. Debe ser completamente imbécil. Pero también es posible que su relación conmigo le agobiara. Yo no creo ser muy inteligente, y sin embargo quizá era demasiado inteligente para él. No a todo el mundo le atrae la inteligencia.

Guardo un recuerdo muy bonito de mis años con Felipe, aunque luego todo se precipitase en esta oscuridad. Los recuerdos que tengo de él son todos maravillosos. Nunca quiso venirse a vivir conmigo, invocando diferentes pretextos, sus estudios, o el miedo a que las gemelas le molestasen, o su salud, o la salud de su madre. Pero no eran más que pretextos. La verdad es que no tenía ganas de vivir conmigo. A lo mejor no me quería lo bastante. Pero de todas maneras, me acuerdo con nostalgia de aquellos ratos que pasaba en casa, en la calle Villini, de cuando jugaba al ajedrez con Viola y Angélica, les tomaba la lección a las gemelas, hacía arroz al curry o pasaba a máquina en mi cuarto aquel libro suyo, *Religión y dolor,* que ha publicado luego. He pensado mucho en Felipe todo este tiempo que he pasado en la cama, y he llegado hasta a escribirle una carta, que después he roto. Hace pocos días han tenido una niña. Me han mandado una tarjetita con una cigüeña rosa volando. ¡Qué cursis! A la niña le han puesto Vanessa. ¡Qué cursis! Dime tú si es un nombre como para ponérselo a una niña.

Te estoy escribiendo en mi cuarto, con la chimenea encendida. Veo a través de la ventana nuestro jardín desnudo y chato, sin flores, con dos faroles de hierro forjado imitando a los de las carrozas, que elegí yo sin convicción ninguna, y con los dos abetos enanos elegidos por Matilde y detestados por mí. También veo el pueblo a lo lejos y las colinas bajo la luna. Llevo puesto un vestido negro que creo que me sienta bastante bien, y cuando baje a cenar me echaré por los hombros el mantón español que me regaló tu padre hará unos veinte años y que he sacado de un baúl, donde lo tenía guardado con naftalina. Vienen a cenar Osvaldo y el editor Colarosa. A Colarosa lo ha invitado Matilde. Es lo menos que podía hacer, invitarle a cenar, porque al pobre lo ha traído por la calle de la amargura. Sabrás que por fin salió *Maíz y veneno.* No hay rincón de la casa por donde no aparezcan ejemplares de *Maíz y veneno.* Matilde te ha mandado uno dedicado. Así que pronto verás el azadón, el sol y los terrones en el surco. La portada la diseñó Matilde. El editor Colarosa había sugerido la reproducción de un cuadro de Van Gogh. Pero nada, no hubo manera. A

Matilde cuando se le mete una cosa en la cabeza, no se la sacas ni con fórceps. Todo el mundo le dijo que la portada que había diseñado parecía un manifiesto del Partido Socialista. Pues nada, no hubo forma de disuadirla.

Matilde fue ayer a Roma a comprar el champán que tomaremos esta noche. De la cena se ha encargado ella y hoy se ha pasado el día entero metida en la cocina atacándole los nervios a Cloti, que ya de por sí estaba negra y nerviosísima. Habrá timbal de arroz, vol-au-vent con bechamel, pollo y de postre calabazate. Le he hecho notar a Matilde que todo eran cosas redondas. También le he advertido que eran platos muy pesados. Una cena como para cargarse a un toro.

Matilde además se ha empeñado en que esta noche las gemelas se peinen con el pelo suelto y se pongan los trajes de terciopelo con el cuellecito de encaje. Ella piensa ponerse la falda negra de su traje sastre y una camisa de cosaco. Yo al editor Colarosa todavía no le conozco. Matilde me ha dicho que es bajito, con la cabeza hundida entre los hombros y una nariz de tamaño nunca visto. Yo quería que hubiera venido también Ada, pero Osvaldo me ha contado que Ada era amante de Colarosa y que acaban de romper. Él vive ahora con esa amiga tuya, Mara Castorelli, que se descolgó en su casa una noche con niño incluido. ¡Y pensar que fue Ada quien se la recomendó a Colarosa, y que ella se lo ha soplado en un santiamén!

No sé si esta noche vendrá también Mara, yo le he dicho que la trajera si quería, pero parece que no tenía con quien dejar al niño. De todas maneras, a Ada la tengo que invitar yo otra noche. Todavía no la conozco y se ha portado conmigo de un modo increíble. Gracias a ella me van a poner el teléfono. Me parece imposible tener teléfono y poderte llamar enseguida. Aunque la sola idea de llamarte me sobresalta. Creo que ya no tengo los nervios ni el corazón para muchos trotes. Y pensar que era fuerte como un toro. Pero es que me han pasado demasiadas cosas. Y, claro, me he vuelto frágil.

Vaya, acabo de oír llegar un coche. Ahí están. Te dejo.

Tu madre

Del coche he visto bajarse a una persona pequeñita envuelta en un abrigazo de visón. Debe ser Mara.

XXV

26 de marzo de 1971

Querido Miguel:

La otra noche fui a casa de tu madre. No me divertí nada. Estaban Osvaldo, Angélica, el pelícano, tu tía, tu madre y tus hermanas pequeñas. No comprendo cómo antes tenía tantas ganas de conocer a tu madre y de caerle simpática. Quizá porque esperaba que me ayudase a casarme contigo. Yo no es que haya deseado nunca casarme contigo, eso que quede claro. Por lo menos nunca me he dado cuenta de desearlo. Pero tal vez por pura desesperación lo deseaba sin saberlo.

Esa noche en casa de tu madre llevé puesta una falda larga plateada y negra, que compré a propósito aquella misma tarde con el pelícano, y el abrigo de visón que me compró también el pelícano hace cinco días. El abrigo me lo dejé todo el rato por los hombros porque en casa de tu madre hace un frío negro. Los radiadores no funcionan bien. Al principio —y no sabría decirte por qué— yo con aquella falda y con aquel abrigo de piel me sentía toda dulzura y pequeñez. Deseaba que todos me mirasen y me encontrasen dulce y chiquitina. Estaba tan empapada de este deseo que me salía una vocecita infantil y delicada. Pero luego de repente pensé: «Igual todos están pensando que soy una puta de altos vuelos.» La frase «puta de altos vuelos» la había leído esa misma mañana en una novela policíaca. Pensarlo y caérseme encima aquellas palabras como una losa de plomo fue todo uno. Desde ese momento me pareció que todos estaban fríos conmigo. Incluso Osvaldo. Incluso Angélica. Y hasta el mismo pelícano. El pelícano se había arrellanado en una butaca del fondo con una copa en la mano. Se acariciaba el pelo. Se acariciaba su nariz. No la fruncía, se la acariciaba despacito. A tu madre la encuentro guapa, pero no sé si me cae simpática o no. Llevaba un vestido negro y un mantón con flecos. Jugueteaba con los flecos del mantón y con los rizos de su pelo. Tiene el pelo rizado y rojizo, idéntico al tuyo. Me di cuenta de que si tú hubieras estado en aquella habitación, todo hubiera sido fácil para mí, porque tú sabes de sobra que yo no soy ninguna puta, ni de altos vuelos ni de bajos vuelos, sabes que soy una chica y punto. La chimenea estaba encendida, pero yo a pesar de todo tenía mucho

frío.

Tu madre me preguntó que de dónde era, y yo le dije que de Novi Ligure. Me puse a contar algunas mentiras acerca de Novi Ligure. Dije que tengo allí una casa muy bonita y muy grande, llena de primos que están deseando que vaya a verlos, una tata antigua muy entrañable y un hermanito al que adoro. Esa tata, en realidad, es una viejecita que va a veces a asistir como cocinera a casa de mis primos. A mi hermanito le quiero, pero no le escribo nunca. En cuanto a la casa de mis primos, no es nada del otro mundo como tal casa. Está encima de la tienda. La tienda es una cacharrería. Mis primos venden cacharros. No lo dije. Dije que son todos abogados.

Tu madre y Angélica trajinaban mucho en la cocina, porque la criada de tu madre se había puesto mala de pronto y se había metido en la cama. Lo que le había pasado en realidad es que había reñido con tu tía por unas palabras que tuvieron a cuenta del vol-au-vent. Esto me lo contó Angélica. Tus hermanas pequeñas se negaban a echar una mano porque decían que estaban muy cansadas. Habían estado jugando a squash. Llevaban puestos los chandals de deporte y no se habían querido cambiar para la cena. También por eso estaba enfadada tu tía. Y además porque el vol-au-vent no había cuajado bien y estaba líquido por dentro.

En un momento determinado, me entró una pena enorme. Pensaba: «Pero qué estoy pintando yo aquí. Dónde estoy. Qué clase de abrigo de piel me veo puesto encima. Qué tipo de personas son éstas, que no me preguntan casi nada y que cuando hablo parece como si no me oyeran.» Le dije a tu madre que tenía ganas de llevarle al niño para que lo conociera. Me dijo que bueno, pero lo dijo sin ningún entusiasmo. Me moría de ganas de ponerme a gritar que el niño es tuyo. Si hubiera estado segura al cien por cien, lo habría proclamado a gritos. Había allí fotografías tuyas de cuando eras pequeño, yo las cogí para verlas y me pareció que el niño se parece a ti, en la barbilla y en la boca. Pero es difícil decirlo seguro. Los parecidos son siempre una cosa tan discutible.

Hablaban poco, pero yo no entendía ni una sola palabra de las pocas cosas que decían. Son intelectuales. Me moría de ganas de gritar que los encontraba a todos unos mierdas. Ya ni siquiera Angélica me gustaba. No entendía a ninguno. El pelícano estaba allí serio como un palo, sin mirarme. Yo de vez en cuando le acariciaba una mano y él la apartaba a toda prisa. Me daba la impresión de que estaba sobre ascuas en cuanto yo abría la boca. No nos habíamos visto nunca con más personas delante y a lo mejor se avergonzaba de mí. Al fin de la cena sirvieron champán. Yo dije: «Brindo por *Maíz y castañas.*» Había equivocado el título. El pelícano me corrigió. Yo le expliqué que me había confundido por culpa de la canción esa que dice:

> No vayas a las montañas;
> Comer maíz y castaños
> te puede dar acidez.

Me puse a cantar la canción y la canté entera. Es una canción muy bonita, y yo tengo buen oído. Tu madre se sonreía un poco. Osvaldo se sonreía un poco. El pelícano no sonreía nada. Las gemelas no sonreían nada. Me di cuenta de que estaba cantando rodeada de un bloque de hielo. Tu tía no hacía más que ir a llamar a la puerta del cuarto de la criada para decirle que si quería un poco de vol-au-vent o algún otro plato, pero volvía a venir muy ofendida diciendo que se lo despreciaba todo.

Volvimos en el seiscientos de Osvaldo, Angélica, yo y el pelícano. Yo venía sentada atrás con el pelícano.

—No sé qué te pasa conmigo —le dije—. No sé qué te he hecho yo. No me has dirigido la palabra en toda la noche. Ni siquiera mirarme una sola vez.

—Me duele mucho la cabeza —contestó.

—¡Pero por los clavos de Cristo, siempre tienes dolor de cabeza! —le dije. Porque, efectivamente, siempre tiene dolor de cabeza.

Iba apoltronado en su asiento. Parecía como si le fastidiara tocarme. Entonces yo me eché a llorar, no con sollozos sino en silencio, y las lágrimas bajaban a mojarme el abrigo de piel. Angélica me acarició una rodilla. Osvaldo iba conduciendo y no se volvió. Y el pelícano seguía allí, acurrucado en un rincón del coche, arrebujado en el abrigo y con la nariz inmóvil. Era horrible llorar en medio de aquel hielo. Era todavía peor que cantar en medio del hielo. Mucho peor.

Al niño lo había dejado en casa con Belinda, la criada. Hubiera sido mejor llevarlo conmigo. Esta Belinda no tiene paciencia ninguna con los niños. Me encontré a la criatura llorando a gritos. Belinda estaba levantada y me dijo que ella tiene derecho a sus horas de sueño. Le dije que también yo tengo derecho a mis horas de distracción y de sueño. Me contestó que yo no tengo derecho a nada. No le respondí enseguida. Le cerré la puerta en las narices. Luego le grité que quedaba despedida. Claro que ya la he despedido un montón de veces. Y dice que no se va. Dice que tiene que mandárselo el profesor. El profesor es el pelícano.

El niño estuvo llorando durante toda la noche. Es horrible. Le están saliendo los dientes, pobrecito mío. Lo estuve paseando en brazos por el cuarto de estar, arriba y abajo, y con las lágrimas sin dejar de caérseme. Contra la mañana, por fin, se durmió. Lo metí en el cochecito. Me daba pena porque estaba agotado de llorar, sudoroso, flojo, con el pelo húmedo y pegajoso, hecho un guiñapo. Me daba pena también de mí misma porque estaba muerta de cansancio, todavía con mi falda plateada y negra, porque ni tiempo de cambiarme había tenido. Entré en el dormitorio. El pelícano estaba tumbado en la cama, despierto y con las manos cruzadas debajo de la cabeza. Me dio mucha pena de él. Me daba pena su pijama, su cabeza apoyada en la almohada, su nariz.

—No creas que estoy dispuesta a seguir así —le dije—. Hay que coger una niñera.

—¿Una niñera? —preguntó como si cayera de las nubes.

—Cuando vivía sola en la calle Prefetti —le dije—, al niño no me importaba dejarlo llorar un rato, pero aquí no puedo, porque a ti siempre te está doliendo la cabeza.

—No creo tener ganas de coger encima una niñera — dijo él—. Me parece más bien que tengo las mismas ganas que de raspar en la pared con un cuchillo.

—Entonces me vuelvo a vivir sola —dije yo.

No respondió una palabra. Nos quedamos allí quietos, los dos tumbados, helados como dos muertos.

Te dije en otra carta que el pelícano y yo acabaríamos por casarnos. Era una tontería. Haz como si no te lo hubiera dicho nunca. Rompe la carta, porque hasta vergüenza me da habértelo dicho. Jamás se le ha pasado por la cabeza la idea de casarse conmigo, y puede que ni siquiera yo tenga ganas tampoco de casarme con él.

Ahora se ha marchado. Antes de que saliera de la habitación, le grité:

—¡Y no consiento que me trates como a una puta de altos vuelos!

Ya no lo dije con la voz delicada de cuando me siento pequeña y buena. Me salió un vozarrón ronco, de verdulera. No me contestó nada. Se marchó.

Hay ratos en los que me siento furiosa. Digo: «Soy tan simpática, tan guapa, tan joven, tan buena, y tengo un niño tan mono. Le hago el favor a ese tío de vivir en su casa, y de gastarle sus dineros que para maldita la cosa que le sirven. ¡Pero qué más querrá este muerto de hambre!» Hay ratos, cuando me pongo furiosa, en que pienso cosas así.

Mara

XXVI

Novi Ligure, 29 de marzo de 1971

Querida Angélica:

Seguramente te extrañará que te escriba desde Novi Ligure. Llegué ayer. Estamos aquí, el niño y yo, en casa de una criada de mis primos. Me ha puesto un colchón en la cocina. Es vieja. Se llama Amelia. Dice que me puedo quedar por algunos días, pero mucho más no, porque no tiene sitio. No sé dónde ir, pero no le doy importancia, porque algún sitio donde meterme acabo siempre por encontrarlo.

Me marché sin más ni más. A Fabio le dejé una notita. No estaba él en casa. Le puse: «Me largo. Gracias. Adiós.» El abrigo de piel me lo traje conmigo, porque me lo había regalado, y además porque tenía frío. La falda plateada y negra, aquella que llevaba puesta cuando estuvimos en casa de tu madre, me la he traído también. Después de todo a él no le servía para nada. Y, además, eran regalos.

Querría pedirte un favor. Con las prisas de marcharme me olvidé mi quimono. Aquel negro con girasoles estampados. Vete a buscarlo y me lo mandas aquí a Novi Ligure, calle de Genovina 6. Debe estar en nuestro dormitorio, en el cajón de abajo de la cómoda. Me doy cuenta de que he puesto «nuestro dormitorio», porque en aquel cuarto, durante algún tiempo, él y yo fuimos felicísimos. Si existe la felicidad, era aquello. Sólo que duró poco. Se conoce que la felicidad dura poco. Siempre lo ha dicho todo el mundo.

Me dirás que resulta raro enamorarse de un hombre así, más bien feo y con esa nariz tan grande. Un pelícano. Yo de pequeña tenía un libro lleno de estampas de animales, y había un pelícano, con las patas cortas y bien plantadas en tierra, y con un enorme pico color de rosa. Ése es él. Pero me he dado cuenta de que puede una enamorarse de cualquier persona, aunque sea ridícula, extravagante o triste. Me gustaba que tuviera tanto dinero, porque todos aquellos billetes que tenía me parecían diferentes de los que tenían los demás, me parecía que los arrastraba detrás de sí, como la cola de una cometa. Yo no tengo cola ninguna. Soy tonta y soy pobre.

Al principio, cuando conocí al pelícano, pensé cosas que no eran nada

bonitas ni nada sentimentales. Pensé: «Ahora yo a éste le saco el jugo como a un limón. Le gasto todos sus dineros. Se lo piso a esa imbécil de Ada. Me planto en casa con mi niño y de allí no me mueve nadie.» Me sentía fría, tranquila y alegre. Pero luego, poco a poco, se me fue metiendo dentro una inmensa melancolía. Toda esta melancolía me la había pegado él, como se pegan las enfermedades. Me la sentía por dentro de los huesos hasta cuando estaba dormida. No lograba librarme de ella. Pero él con su melancolía se ha vuelto mucho más inteligente, y en cambio yo con la mía me he vuelto todavía más tonta de lo que era. Porque la melancolía no te creas que es la misma cosa para todo el mundo.

Así es como vine a darme cuenta de que había caído en una trampa. Estaba perdidamente enamorada de él y a él de mí le importaba un bledo. Estaba más que harto de cargar conmigo. Pero no tenía el valor de darme con la puerta en las narices porque le daba pena de mí. A mí también de él me daba muchísima pena. Era cansadísimo vivir en medio de toda esta pena, cansadísimo para él y para mí.

Te diré que también de Ada le debe haber importado siempre un bledo. Sólo que ella era fuerte, robusta, optimista, con mil cosas que hacer y nada pegajosa. Yo en cambio le resultaba pesadísima y pegajosa. Se quedaba allí, perdido en sus melancolías, y yo me di cuenta que en sus melancolías no iba a lograr entrar nunca porque allí sitio para mí no lo había. Y este «nunca» me parecía horroroso. Así que me fui.

Cuando llegué a casa de la Amelia ayer por la noche, la Amelia se quedó aterrorizada. No sabía nada de mí, no me había visto desde hacía tres años. Nunca le había escrito ni una triste tarjeta postal. Ni siquiera sabía que había tenido un niño. Miraba al niño, miraba el abrigo de piel, no entendía nada. Le dije que había tenido un niño con un hombre que luego me había dejado plantada en mitad de la calle. Le pedí un sitio para dormir. Sacó un colchón de un armario. Le dije que tenía hambre, y me dio de cenar, un huevo frito y un platito de alubias. Me di cuenta de que me dejaba quedarme allí porque le daba pena. En este mundo nos pasamos la vida dándonos pena unos a otros.

La Amelia por las mañanas va a ayudar a mis primos en la cocina. Son tantos, que hay muchísimo que guisar. Le pedí que no les dijera una palabra de mí a mis primos, pero ella, sin hacerme caso, les contó enseguida que había llegado y que estaba en su casa. Así que enseguida se presentaron dos primas mías con mi hermano, aquel hermanito de doce años que vive con ellos y los ayuda un poco en la tienda. Le quiero mucho a este hermano mío. Pero él no estuvo nada cariñoso. Estuvo muy frío. Se quedó como si nada al ver al niño, no le hizo ninguna carantoña. Tampoco mis primas le hicieron carantoñas. Si hubiesen tenido en brazos a un gato, le habrían hecho más caso. Mis primas, en cambio, se interesaron mucho por el abrigo de piel, que vieron colgado en una silla. Dijeron que con vender ese abrigo podía tirar hasta años. Me di cuenta que estaban buscando que se lo vendiese a ellas. Pero yo les dije que por ahora no

tenía la menor intención de venderlo. Le he cogido cariño a mi abrigo de piel. Me acuerdo del día que salimos para comprarlo el pelícano y yo cogidos de la mano, y él todavía parecía feliz de ir andando por la calle conmigo. Quizá empezase ya a pensar que era un poco pegajosa y pesada, pero yo todavía no me había dado cuenta de que lo pudiera pensar.

Si el pelícano te pide mis señas, se las puedes dar.

Un abrazo.

Mara

XXVII

2 de abril de 1971

Querida Mara:

Angélica vino a buscar tu quimono. Tardamos mucho en encontrarlo, porque no estaba en el cajón del dormitorio que tú decías, había ido a parar a mi despacho, debajo de un montón de periódicos. Estaba lleno de polvo y no sabía si decirle a Belinda que lo lavara, pero no quise volverle a recordar a Belinda el santo de tu nombre. A la mañana siguiente de irte, destruyó rápidamente toda huella de tu paso por esta casa. Tiró las cremas de belleza que habías dejado en el cuarto de baño, y todos los tarros de alimentos preparados que le solías dar al niño. Yo le he dicho que a mí ese tipo de comida me gusta, pero ella dijo que aquellos tarros eran de una marca muy poco conocida. Tu quimono Angélica lo cepilló un poco con la mano, lo sacudió y dijo que te lo mandaba tal cual.

Te mando un poco de dinero, porque me parece que lo vas a necesitar. Angélica iba hoy a San Silvestro, y desde allí te enviará el quimono y un giro telegráfico.

Te estoy profundamente agradecido por haberte ido. Era ése, efectivamente, mi más ardiente deseo, y tú te diste cuenta, quizá en parte porque yo hice todo lo posible para que te dieras cuenta. Estas palabras tal vez te parezcan de una crueldad inútil. Efectivamente son crueles, pero no son inútiles. Si conservas todavía en lo más profundo de tu alma algún oscuro y confuso propósito de volver, conviene que lo apartes de ti para siempre, ¿entendido? Yo no puedo vivir contigo. Probablemente no puedo vivir con nadie. Mi equivocación fue la de hacerme la ilusión, y hacértela concebir a ti, de que era posible una relación duradera entre nosotros. No obstante, no fui yo quien te llamó, viniste tú. Luego con la convivencia, nuestra relación, que ya de por sí era frágil, se rompió en mil pedazos. De todas maneras, algunos fallos míos para contigo también los ha habido, y no trato en modo alguno de quitarles importancia. Ellos han venido a acrecentar la carga de mis fallos con respecto a la vida, una carga ya pesada de por sí. Te compadezco mucho, y no tuve el valor de decirte que te fueras. Dirás que soy un cobarde. Realmente ésta

es la palabra que me define con mayor precisión. Te compadezco mucho y también me compadezco a mí mismo, con la lúgubre compasión de los cobardes; y cuando volví a casa la otra noche y no te encontré y leí tu notita, te eché de menos y me senté en mi butaca con una sensación de vacío. Pero, mezclado con esta sensación, sentí un alivio jovial y profundo, y una alegría ardiente que no debo ocultarte, porque es justo que sepas que la experimenté. Hablando en plata, no te podía aguantar más.

Te deseo lo mejor, y espero que seas feliz, en caso de que la felicidad exista. Yo no creo que exista, pero hay otros que sí lo creen, y no sé por qué no van a tener razón los otros.

El pelícano

XXVIII

Leeds, 27 de marzo de 1971

Querida Angélica:

Me ha escrito Mara. Vete a verla y procura consolarla. No sale de líos. El editor ese con el que vive, por si no tuviera poco pecado con haber dado a la prensa *Maíz y veneno,* le ha contagiado sus retorcimientos y depresiones.

Puede que vaya a Roma en las vacaciones de Semana Santa, pero no es seguro. A veces os echo de menos a vosotros, o sea a los que me he acostumbrado a llamar «los míos», aunque no seáis míos para nada, de la misma manera que yo tampoco soy para nada vuestro. Pero si vinierais me observaríais, sentiría vuestros ojos pendientes de mí. Huelga decir que, como estaría con mi mujer, observaríais también a mi mujer con toda atención, y os ufanaríais por entender de qué naturaleza y calidad son las relaciones entre mi mujer y yo. Y esto tampoco lo podría soportar.

También echo de menos a mis amigos, a Gianni, a Anselmo, a Oliverio, y a todos los demás. Aquí no tengo amigos. Y también echo de menos algunos barrios de Roma. Con respecto a otros, como también me pasa con otros amigos, siento una mezcla de nostalgia y repulsión. Y cuando a la nostalgia viene a mezclarse la repulsión, lo que ocurre es que a las personas y lugares que amamos los vemos como situados a gran distancia y los caminos para llegar a ellos se nos antojan rotos e impracticables.

A veces la nostalgia y la repulsión se presentan dentro de mí con tal intensidad y tan enmarañadas una con otra que las siento hasta dormido, y hacen que me despierte. Tengo que echar abajo las mantas y sentarme a fumar. Eileen coge su almohada y se va a dormir al cuarto de los niños. Dice que tiene derecho a sus horas de sueño. Dice que cada cual le tiene que hacer frente como pueda y por sí mismo a sus propias pesadillas. Tiene razón, no se la quito.

No sé por qué te estoy diciendo estas cosas. Pero estoy pasando por uno de esos momentos en que se pondría uno a hablar hasta con una silla. Con Eileen no puedo hablar, lo primero porque es sábado y en este momento está haciendo comida para toda la semana, y en segundo lugar porque no le gusta quedarse escuchando a las personas que hablan. Eileen es muy inteligente, pero he

descubierto que toda esa inteligencia suya no me sirve de nada, porque se canaliza hacia cosas que no tienen absolutamente nada que ver conmigo, como la física nuclear. En el fondo, preferiría tener una mujer tonta, que escuchase con paciencia y tontamente. En este momento, no me disgustaría nada tener a Mara aquí conmigo. No la podría aguantar mucho tiempo, ya lo sé, porque después de haberme escuchado, me echaría encima todas sus pejigueras, se me pegaría como un caramelo y no me volvería a dejar en paz. No la querría como mujer, Dios me libre.

Pero en este preciso momento, no me importaría tenerla aquí.

Un abrazo.

Miguel

XXIX

2 de abril de 1971

Querido Miguel:

Acabo de recibir tu carta, y me ha dejado una sensación de angustia. Resulta evidente que eres muy desgraciado.

Quizá tendría que desdramatizar esta carta tuya. Quizá tendría que decirme a mí misma que todo puede consistir en que hayas discutido un poco con tu mujer y te sientas solo. Pero no logro desdramatizarla. Estoy asustada.

Podría ir a verte, si no puedes venir tú. No me resulta fácil, porque no sé cómo dejar a la niña y a Orestes, y además no tengo dinero. Pero esto sería lo de menos, porque se lo pediría a mamá. Mamá no acaba de encontrarse bien, sigue teniendo un poco de fiebre de vez en cuando, y no le voy a decir, por supuesto, que he recibido una carta tuya que me ha asustado. Si decido hacer el viaje y le pido dinero, le diré que, ya que no puedes venir tú por razones de trabajo, se me ha ocurrido a mí hacerte una visita.

Me dices que en estos momentos no te apetece sentir sobre tu persona la mirada de la gente que te quiere. De hecho, los ojos de la gente que nos quiere son difíciles de soportar cuando estamos pasando por trances difíciles. Pero es un escollo que se supera rápidamente. Los ojos de la gente que nos quiere pueden ser, al juzgarnos, sumamente límpidos, misericordiosos y exigentes; y aunque pueda ser duro, en última instancia resulta saludable y beneficioso para nosotros afrontar la claridad, la exigencia y la misericordia.

Tu amiga Mara ha dejado a Colarosa y se ha ido. Me ha escrito. Está viviendo en Novi Ligure, en casa de una criada de sus primos. Se encuentra en una situación desesperada, sin encontrar un sitio para vivir y sin tener nada en el mundo, excepto un quimono negro con girasoles, un abrigo de visón y un niño. Pero tengo la impresión de que todos nos las arreglamos con un arte especial para meternos en callejones sin salida, de los que nadie va a ser capaz de sacarnos, y que no nos permiten andar ni para adelante ni para atrás.

Escríbeme, aunque sólo sean unas líneas, para decirme si puedo ir a hacerte una visita. No quiero ir si la idea de volver a verme te resulta intolerable.

Angélica

XXX

Leeds, 5 de abril de 1971

Querida Angélica:

No vengas. Están al llegar de Boston unos parientes de Eileen. Y no tenemos más que un cuarto de huéspedes. Luego iremos todos juntos a Brujas. Yo no conozco Brujas.

Además a estos parientes de Eileen no les he visto en mi vida. Hay temporadas en las cuales se encuentra uno mejor con los desconocidos.

No hagas ninguna conjetura sobre mí. Cualquier conjetura que pudieras hacer, al fin y al cabo estaría equivocada, porque te faltan elementos esenciales de juicio.

Me habría gustado mucho volverte a ver. Pero otra vez será.

Miguel

XXXI

8 de abril de 1971

Querido Miguel:

Recibo en este momento tu carta. Te confieso que ya tenía preparado el equipaje para ir. El dinero no se lo había pedido a mamá, se lo pedí a Osvaldo. En contra de lo que suele pasar generalmente, tenía él el dinero y no tuvo que recurrir a Ada.

Me ha hecho gracia en tu carta la frase: «No conozco Brujas», como si Brujas fuera la única cosa en el mundo que no conoces tú.

Tenía ganas de verte. No sólo para hablar de ti, sino también para hablar de mí. Yo también estoy atravesando por un período difícil.

Pero, como tú dices, otra vez será.

Angélica

XXXII

9 de abril de 1971

Querido Miguel:

Angélica me ha dicho que no piensas venir para las vacaciones de Semana Santa. ¡Qué le vamos a hacer! Paciencia. Las veces que ya he dicho: «¡Qué le vamos a hacer! Paciencia», pensando en ti, son incontables. También es verdad que cuanto más van pasando los años, más aumentan las reservas de nuestra paciencia. Son las únicas reservas que se nos aumentan. Todas las demás tienden a agotarse.

Os tenía preparadas las dos habitaciones del último piso. Había hecho las camas y tenía las toallas colgadas en el cuarto de baño. El baño del último piso es el más bonito de la casa, con azulejos de arabescos verdes, y al mirarlo estaba contenta pensando en que lo iba a ver tu mujer. Las habitaciones siguen ahí preparadas y con las camas hechas. Yo no he vuelto a entrar en ellas. Le diré a Cloti que suba a deshacer las camas.

Mientras preparaba esas dos habitaciones, pensaba que tu mujer se sentiría a gusto y también que pensaría de mí que sé llevar una casa. Eran pensamientos, lo reconozco, totalmente insustanciales, porque no conozco a tu mujer, no sé cuándo y dónde se encuentra a gusto, ni sé si es de las que aprecian las casas bien ordenadas y a las personas capaces de poner orden en una casa.

Angélica me ha dicho que has cambiado de idea y que te vas a Brujas. No me pregunto lo que vas a hacer a Brujas, porque ya he dejado de preguntarme lo que vas a hacer en un sitio o en otro. Procuro imaginarme tu vida acá o allá, pero al mismo tiempo con la sensación de que tu vida es distinta a como yo me la estoy imaginando. Con lo cual la fantasía se me encoge, cada vez más recelosa y débil, a la hora de ponerse a entrelazar sus arabescos en torno tuyo.

Cuando esté mejor de salud, me gustaría ir a verte con Angélica, si a ti te apetece. No nos quedaríamos en vuestra casa, porque no quiero servirle de molestia a tu mujer, que debe estar siempre muy ocupada, me parece. Iríamos a un hotel. A mí no me gustan los viajes, y los hoteles me gustan todavía menos. Pero, a pesar de ello, prefiero los hoteles a la sensación de estar molestando y ocupando sitio en una casa pequeña, porque una de las poquísimas cosas que sé

de vosotros es que vivís en una casa pequeña.

El viaje no lo puedo hacer por ahora, porque todavía no estoy totalmente repuesta de mi pleuresía; mejor dicho, pleuresía ya no tengo, pero el médico me ha dicho que tengo que seguir teniendo precaución. También me ha encontrado algunas alteraciones de corazón. Tú explícale a tu mujer que yo soy una persona con la casa en orden y el corazón en desorden. Cuéntale un poco cómo soy, porque de esa manera, cuando me vea, podrá confrontar mi verdadera imagen con tus descripciones. Es uno de los escasos placeres que nos ofrece la vida: el de confrontar las descripciones de los demás primero con nuestras fantasías y luego con la realidad.

Yo en tu mujer pienso muchas veces, y trato de imaginármela, a pesar de que tú no te has tomado el trabajo de describírmela y de que aquella foto suya que me mandaste cuando me dijiste que te ibas a casar es pequeña y borrosa. La miro muchas veces, pero lo único que consigo ver es una larga gabardina negra y una cabeza envuelta en un foulard.

A mí no me escribes nunca, pero me alegra que escribas a Angélica. Comprendo que te salga más natural escribirle a ella que a mí, porque con ella tienes más confianza. Puede que sea optimista, pero pienso que al dirigirte a ella, también secretamente te estás dirigiendo a mí. Angélica es muy inteligente, yo creo que la más inteligente de todos vosotros, aunque juzgar la inteligencia de los propios hijos sea una tarea difícil.

Algunas veces tengo la sensación de que no es feliz. Pero Angélica siempre ha sido muy reservada conmigo. Creo que es reservada no por falta de cariño, sino por su deseo de evitarme disgustos. Te sonará raro, pero Angélica me profesa un cariño de tipo maternal. Cuando le pregunto algo sobre su vida, sus respuestas se caracterizan por una serenidad distante. En resumen, que yo de Angélica sé bien poco. Cuando estamos juntas, en vez de hablar de ella, hablamos de mí. Yo hablar de mí es algo que hago con mucho gusto, porque estoy muy sola, pero por lo mismo que estoy tan sola, tampoco tengo gran cosa que contar acerca de mí. Quiero decir que no tengo mucho que contar sobre mi presente. Y menos todavía desde que no me encuentro bien, porque los días ahora transcurren más monótonos que nunca. Salgo poco, el coche no lo saco casi nunca y me paso las horas muertas sentada en una butaca mirando cómo hace yoga Matilde, cómo hace un solitario Matilde, cómo pasa a máquina Matilde su próximo libro o cómo se teje un gorro Matilde con las sobras de un ovillo de lana.

Viola me ha dicho que está enfadada contigo, porque no le has escrito ni tan siquiera una postal. Como regalo de bodas te compró una bandeja de plata muy bonita y pensaba dártela cuando hubierais venido. Hazme el favor de escribir a Viola para darle las gracias, porque la bandeja es preciosa, de verdad. Escribe también a las gemelas, que te estaban esperando y les tenían preparados unos regalos a los niños de Eileen, una navaja y una tienda para jugar a los indios. Y también te ruego, claro, que me escribas a mí.

Ayer Osvaldo se fue a Umbría con Elisabetta y Ada. Así que me quedaré sin sus visitas durante una semana. Me había acostumbrado a verlo aparecer por aquí todas las tardes. Me había acostumbrado a tener delante, por unas horas, su cara sonrosada y su cabeza ancha y cuadrada con el poco pelo tan bien peinado. También él se ha debido acostumbrar a pasar aquí sus veladas a la caída de la tarde, a jugar al ping-pong con las gemelas y a leernos a Proust en voz alta a Matilde y a mí. Las tardes que no viene aquí, va a casa de Angélica y Orestes, donde hace poco más o menos lo mismo, aunque con ligeras variaciones. Por ejemplo le lee Paperino a la niña de Angélica o juega a la lotería con Orestes y los Bettoia. Orestes lo encuentra agradable, pero insustancial. Los Bettoia lo encuentran insustancial, pero simpático. Antipático desde luego no se puede decir que sea. Y definirlo como insustancial no lo encuentro apropiado, porque de la insustancialidad no se puede esperar nada, y en cambio de él puede esperarse que de pronto descubra la razón de existir sobre la tierra y se la revele a los demás. Yo lo tengo por inteligente, pero es como si su inteligencia la tuviera escondida dentro del tórax, o del pullóver o de su sonrisa, aplazando el momento de usarla por motivos que se me ocultan. A pesar de su sonrisa, yo encuentro que es un hombre tristísimo. Debe ser por esto por lo que me he acostumbrado a su compañía. Porque a mí me atrae la tristeza. Me atrae la tristeza todavía más que la inteligencia.

Osvaldo y tú erais amigos y yo pocas veces he tenido el privilegio de conocer a un amigo tuyo. Por eso algunas veces le pregunto cosas de ti. Pero sus respuestas a mis preguntas tienen un tono de serenidad distante, parecido al que usa Angélica cuando le pregunto que qué tal le van las cosas y que si es feliz. Tengo la impresión de que también Osvaldo quiere evitarme los disgustos. Cuando no lo tengo delante, me acuerdo de su voz sosegada y de sus respuestas tan serenas y escurridizas, y algunas veces lo odio. Pero cuando está aquí, no digo nada y acepto sus silencios y sus respuestas escurridizas. Me ha entrado, con los años, una mezcla especial de mansedumbre y resignación.

El otro día me dio por acordarme de una vez que estuviste aquí y que nada más llegar te pusiste a revolver en todos los armarios en busca de un tapiz de Cerdeña que querías colgar en una de las paredes de tu sótano. Creo que es la última vez que te he visto. Yo me había mudado a esta casa hacía pocos días. Era noviembre. Dabas vueltas por las habitaciones y hurgabas en todos los armarios, que estaban todavía sin acabar de arreglar. Y yo iba detrás de ti protestando de que siempre te lleves mis cosas. Aquel tapiz de Cerdeña debiste encontrarlo por fin y llevártelo, porque yo por aquí no lo veo. Tampoco lo vi nunca en tu sótano. A mí, si quieres que te diga la verdad, no me importa nada de ese tapiz, ni tampoco me importaba aquel día. Si me acuerdo, seguramente es porque lo siento vinculado a la última vez que te vi. Recuerdo que el hecho de estar protestando y riñéndote me producía una gran alegría. Sabía que mi enfado provocaría dentro de ti una mezcla de alegría y de fastidio. Ahora pienso que aquél fue un día feliz. Pero por desgracia es muy raro darnos cuenta

de los momentos felices cuando los estamos viviendo. Sólo nos damos cuenta, generalmente, cuando ya media el tiempo. La felicidad para mí consistía en regañarte y para ti en revolverme los armarios.

Pero también hay que decir que aquel día perdimos un tiempo precioso. Habríamos podido sentarnos tranquilamente y empezar a hacernos mutuas preguntas sobre temas esenciales. Seguramente habríamos sido menos felices, es más, puede que hubiéramos sido desgraciadísimos. Pero yo ahora, en cambio, me podría acordar del día aquel no como de un día vagamente feliz, sino como de un día auténtico y esencial para ti y para mí, destinado a arrojar claridad sobre mi persona y la tuya, que siempre han estado intercambiando palabras de naturaleza precaria, nunca palabras claras y necesarias, sino palabras grises, apacibles, fluctuantes e inútiles.

Un abrazo.

Tu madre

XXXIII

Leeds, 30 de abril de 1971

Querida Angélica:

Soy un amigo de Eileen y de Miguel. Conocí a Miguel en un cineclub. Me llevó algunas veces a cenar a su casa. Y allí conocí también a Eileen.

Soy italiano y estoy en Leeds con una beca de estudios.

Tus señas me las dio Miguel. Me había dicho que te fuera a visitar si volvía a Italia en el verano.

Te escribo para decirte que tu hermano ha dejado a su mujer y se ha marchado con rumbo desconocido. Su mujer no te escribe, lo primero porque no sabe casi nada de italiano y lo segundo porque está muy baja de moral. Me da pena de ella, aunque yo no soy quién para juzgar a Miguel, que además también él me daba mucha pena cuando iba a verlo últimamente a una pensión cochambrosa donde había ido a meterse.

Eileen quiere que os informe de la marcha de Miguel en primer lugar porque no sabe si él ya os había dicho o no que su matrimonio se había ido a la porra, en segundo lugar porque Miguel se ha ido sin que se sepa adónde, y por último porque al marcharse ha dejado aquí bastantes deudas. Ella no está dispuesta a pagar esas deudas y os pide que las paguéis vosotros. Miguel ha dejado a deber trescientas libras esterlinas. Eileen os pide que le mandéis este dinero a la mayor brevedad posible.

Ermanno Giustiniani,
Lincoln Road, 4
Leeds.

XXXIV

3 de mayo de 1971

Querido Ermanno Giustiniani:

Dile a Eileen que le mandaremos ese dinero por vía de un pariente nuestro, Lillino Borghi, que sale para Inglaterra precisamente dentro de unos días.

Si en el entretanto os enteráis de dónde para Miguel, te agradecería que me lo comunicaras enseguida. Nosotros no hemos vuelto a tener noticias suyas. A mí me escribió que quizá se fuera a Brujas, pero no sé si realmente ha ido allí o a otro lado.

Me había dicho que no tenía ningún amigo en Leeds, pero probablemente eso sería antes de conocerte a ti en ese cineclub. O puede que mintiera, como seguramente me habrá mentido en otras muchas ocasiones, y entre sus reticencias y sus mentiras eventuales yo me afano por orientarme un poco con respecto a su vida. Pero tampoco yo lo juzgo, por supuesto, ni por otra parte podría hacerlo ya que no cuento con los elementos indispensables de juicio. Me pueden disgustar sus mentiras, y sus reticencias, pero existen en la vida circunstancias adversas que nos ligan a la mentira o a la reticencia, incluso en contra de nuestra voluntad. No escribo a Eileen directamente, porque también yo me defiendo mal con el inglés, y luego porque no sabría qué decirle. Tal vez solamente que estoy muy apenada por lo que le ha ocurrido. Pero esto quizá puedas decírselo mejor tú.

Angélica Vivanti de Righi

XXXV

Trapani, 15 de mayo de 1971

Querido Miguel:

No te extrañes de que te escriba desde Trapani. He venido a acabar en Trapani. No sé si te conté alguna vez que en una pensión de la plaza Annibaliano que se llamaba la Pensión Piave, me hice amiga de una señora que fue muy buena conmigo. Una vez me dijo que nos podía dar albergue en Trapani a mí y al niño. Luego le perdí el rastro por completo y no me acordaba de su apellido. Me acordaba sólo de su nombre: Lillia. Es gorda y con la cabeza llena de ricitos. Desde Novi Ligure escribí a una camarera de la Pensión Piave, de cuyo nombre me acordaba, Vincenza. Le describía a aquella señora gorda y con el pelo rizado que tenía un niño pequeño. La camarera me mandó las señas de la ricitos en Trapani, donde el marido ha puesto una casa de comidas. Yo le escribí a la ricitos, pero no esperé su respuesta para venirme. Así que aquí me tienes.

El marido no se mostró nada entusiasta de verme, pero la ricitos dijo que yo la podía ayudar en las faenas de la casa. Por las mañanas me levanto a las siete y le llevo el café a la cama a la ricitos que se queda allí con una toquilla. Luego me toca ocuparme de los niños, del mío y del suyo, bajar a hacer la compra, limpiar la casa y hacer las camas. La ricitos sube siempre algo de la casa de comidas, generalmente lasaña, porque la lasaña le gusta muchísimo. A mí en cambio ni la lasaña ni casi ningún plato de la casa de comidas me gustan gran cosa. La ricitos es muy desgraciada en esta ciudad. Le parece una birria. Y además el negocio de la casa de comidas no les va nada bien. Les quedan muchas letras por pagar. Me he ofrecido para llevarles las cuentas, pero el marido dice que no le parezco la persona adecuada, y creo que tiene razón. La ricitos a veces llora en mi hombro. No logro consolarla porque tampoco yo estoy alegre. El niño, en cambio, está bien aquí. Lo llevo a los jardincillos por la tarde con el otro niño. La ricitos tiene un cochecito donde caben los dos. En los jardincillos charlo con la gente que encuentro allí y les cuento mentiras. Se está a gusto con los desconocidos cuando le entra a una la depresión. Por lo menos, se pueden contar mentiras.

La ricitos ya ha dejado de ser una desconocida para mí. Me sé de memoria los rasgos de su cara, conozco todos sus vestidos, su ropa interior, los bigudís que se pone para tener tanto ricito, la veo todos los días comer lasaña embadurnándose la boca de salsa de tomate. También yo he dejado de ser una desconocida para ella. A veces me trata mal y yo le respondo peor. Mentiras ya no le puedo contar, porque en alguna ocasión le he contado, en cambio, toda la verdad y he llorado con la cabeza en su hombro. Le he contado que no tengo a nadie en el mundo y que me han echado a patadas de todas partes.

El niño de la ricitos pesa nueve kilos, con siete meses que tiene, y el mío sólo siete kilos doscientos. Claro que un pediatra de Novi Ligure me dijo que no es bueno que los niños estén tan gordos. Por lo demás, el mío es más guapo y tiene mejor color, y te diré que ahora tiene el pelo rizado y rubio, no del todo rojizo como el tuyo, pero de un rubio que tira a pelirrojo, y los ojos no son exactamente verdes, pero de un gris que puede tirar a verde. En algunos momentos, cuando sonríe, me da la impresión de que se parece a ti, pero en cambio cuando está dormido no se parece a ti en nada, es exacto a mi abuelo Gustavo y punto. La ricitos dice que para saber si es tuyo se podría hacer una prueba de paternidad analizando la sangre. Pero no es una cosa segura; para saber de qué padre es un hijo no se ha inventado un método seguro. Y además, en el fondo, qué importa, a ti te da igual y a mí también me da casi igual. Quiero decirte que aquellos doce pijamitas de felpa que me mandó tu mujer ahora me vienen bien. Al principio los desprecié, pero ahora me hacen buen servicio y algunas veces los usa también el niño de la ricitos cuando no tiene otra cosa que ponerse.

Yo aquí trabajo prácticamente de criada. No me gusta ser criada ni creo que a nadie le guste. Por las noches estoy muerta de cansancio y me duelen los pies. Mi cuarto está detrás de la cocina y se asfixia una de calor. Pagarme, lo que se dice pagarme, no me pagan, porque dicen que ya me mantienen. Me dan cinco mil liras de vez en cuando, cuando se acuerdan, pero desde que vine sólo se han acordado dos veces. Es verdad que también ellos ahora están con el agua al cuello.

Mi abrigo de piel lo he colgado en el armario de la ricitos dentro de un saco de plástico, y la ricitos de vez en cuando abre la cremallera y le acaricia una manga. Dice que le gustaría comprármelo, pero yo no quiero vendérselo a ella porque tengo miedo de que me pague poco o a lo mejor nada. Había pensado no venderlo nunca y guardarlo como recuerdo de la temporada que viví con el pelícano, pero ahora creo que lo venderé, porque no soy ninguna sentimental. De vez en cuando tengo rachas de sentimentalismo, pero se me pasan enseguida. Enseguida vuelvo a ser como soy yo, o sea nada sentimental y con los pies bien pegados a la tierra. Osvaldo, en cambio, dice que yo los pies pegados a la tierra no los tengo en absoluto, que ando por las nubes, y puede que tenga razón, porque desde luego los batacazos que me doy de vez en cuando son espantosos.

A Osvaldo lo vi a mediados de abril, cuando pasé por Roma para venir aquí. Fui a la librería de viejo, y allí estaba la señora Peroni que recibió al niño haciéndole muchas carantoñas. Luego llegó él. Le pedí noticias tuyas, pero no sabía nada. Acababa de llegar de un viaje por Umbría, naturalmente con Ada. Me acompañó a la estación en su seiscientos. Del pelícano me dijo que se había ido a vivir a una finca que tiene en Chianti y que a lo mejor cierra la editorial porque se ha cansado de ella. Ada a veces va a verlo a Chianti. Pero a mí el pelícano ahora ya no me importa nada, y la época aquella en que me hinchaba de llorar por su culpa me parece lejanísima. Lo importante es seguir andando y alejarse de las cosas que nos hacen llorar. Osvaldo me dijo que en Trapani no iba a encontrarme bien y que acabarían tratándome como a una criada, como ha ocurrido en realidad.

Pero yo le dije que con calma y poco a poco ya encontraría otra cosa, tal vez un trabajo como el que desempeñaba al principio en la editorial, antes de que el pelícano me llevase a vivir en su ático. Bueno, la verdad es que no me llevó, que me metí yo allí. Por otra parte, Osvaldo no me estaba proponiendo nada, simplemente me decía que mejor no ir a Trapani, pues vaya un descubrimiento, de sobra sabía yo sin que él me lo dijera que este pueblo de Trapani se me iba a caer encima por las tardes; pero en fin, basta con no mirar por la ventana, tirarse a la cama y taparse la cabeza con la sábana.

Osvaldo se quedó conmigo hasta que salió el tren. Se sentó en el compartimiento. Me compró revistas y bocadillos. Me dio dinero. Le dejé mis señas de Trapani por si acaso se le ocurre hacerme una visita. Luego nos abrazamos y nos besamos, y cuando le estaba besando me di cuenta de que es marica sin remisión. Antes tenía mis dudas, pero en aquel momento, cuando iba a salir el tren, todas las dudas se desvanecieron.

Al final de la carta te pondré mis señas. No sé si me quedaré todavía mucho tiempo aquí, porque de vez en cuando la ricitos dice que no puede permitirse el lujo de alimentar otra boca. A veces dice cosas como ésa, pero otras me abraza y dice que cuánta compañía le hago. A mí me da pena de la ricitos. Pero al mismo tiempo la odio. He descubierto que toda la gente te da pena al poco tiempo de conocerla bien. Por eso se está tan a gusto con los desconocidos. Porque no ha llegado todavía ese momento en que te empieza a dar pena de ellos y los empiezas a odiar.

Me parece que aquí en agosto nos vamos a asfixiar de calor. Te escribo desde mi cuarto. Para abrir la ventana de este cuarto hay que subirse encima de la cama. Ya ahora hace calor. Debajo de nosotros está la casa de comidas, y cuando lo pienso me entra todavía más calor. Te escribo sentada encima de la cama y a mi lado tengo un montón de ropa para planchar, pero te puedes imaginar las ganas que tengo yo ahora de ponerme a planchar.

Te escribo a tus señas de siempre de Leeds. No sabes cuántas veces me pregunto qué vida llevarás con tu mujer en esa ciudad inglesa. Aunque siempre será mejor tu vida que ésta que me ha tocado a mí en suerte. Hombres que me

puedan interesar, yo por aquí no veo ninguno. Algunas veces me pregunto que dónde se habrán ido a meter los hombres que me interesan o a los que podría interesar yo.

Un abrazo.

Mara

Calle de Garibaldi 14. Trapani.

XXXVI

4 de junio de 1971

Querida Mara:

Le escribo para darle una dolorosa noticia. Mi hermano Miguel ha muerto en Brujas, durante una manifestación de estudiantes. Llegó la policía y los dispersó. Él fue perseguido por un grupo de fascistas y uno de ellos le pegó una cuchillada. Parece ser que lo conocían. La calle estaba desierta. Miguel iba con un amigo suyo y éste fue a telefonear a la Cruz Roja, dejando a Miguel allí solo tirado sobre la acera. Era una calle llena de tiendas, pero estaban cerradas a aquellas horas, las diez de la noche. Miguel murió en Urgencias del Hospital a las once. Ese amigo suyo llamó a mi hermana Angélica. Ella, su marido y Osvaldo Ventura viajaron a Brujas. Lo trajeron a Italia. Miguel fue enterrado ayer en Roma, junto a nuestro padre, fallecido el pasado mes de diciembre, como tal vez recuerde.

Osvaldo me ha dicho que le escriba. Él está demasiado impresionado. También yo estoy impresionada, como se podrá imaginar, pero procuro sacar fuerzas de flaqueza. La noticia ha aparecido en todos los periódicos, pero Osvaldo dice que seguro que usted no lee los periódicos. Sé que a mi hermano usted lo quería. Sé que se escribían. Usted y yo nos conocimos el año pasado en una fiesta, con motivo del cumpleaños de mi hermano Miguel. Yo me acuerdo de usted perfectamente. Hemos creído un deber informarla de nuestra inmensa pérdida.

Viola

XXXVII

12 de junio de 1971

Querida Mara:

Sé que Viola te ha escrito. Yo ahora vivo aquí, en casa de mi madre, con mi niña. Le hago compañía a mi madre, y pasamos juntas esos días inmóviles que siguen a una desgracia. Son días inmóviles, aunque los llene uno de cosas que hacer, de cartas que escribir y de fotografías que mirar. Y son días de silencio, aunque trate uno de hablar lo más posible, de cuidar a los que han quedado vivos. En parte se van recogiendo recuerdos, a lo mejor entre aquellos que parecen más remotos y más inofensivos, y en parte se pierde uno en detalles mínimos que tienen que ver con el presente y hasta se habla en voz alta y se ríe uno en alto, como si quisiéramos estar seguros de no haber perdido la facultad de fijarnos en el presente ni la facultad de hablar y de reírse. Pero en cuanto nos quedamos calladas unos instantes, sentimos el peso del silencio. De vez en cuando viene Osvaldo, que no nos aporta ninguna variación ni a nuestro silencio ni a nuestra inmovilidad. Por eso nos gustan sus visitas.

Me gustaría saber si Miguel últimamente te había escrito alguna carta. A nosotras no nos había vuelto a escribir. No han encontrado a los que le mataron, y las indicaciones que ha dado el muchacho ese que los vio son confusas e inseguras. Creo que en Brujas Miguel había vuelto a reunirse con grupos de tipo político, y seguramente los que le mataron tenían razones concretas para hacerlo. Pero todo son conjeturas. En realidad nosotros no sabemos nada y todo lo que logremos averiguar serán nuevas conjeturas, que iremos almacenando en nuestro interior para seguir interrogándolas, pero sin llegar a leer nunca en ellas una respuesta clara.

Hay cosas en las que no puedo pensar, y sobre todo en lo que menos puedo pensar es en los momentos aquellos que Miguel pasó tirado en la calle. Tampoco puedo pensar que mientras él se estaba muriendo, yo estaría tranquilamente en mi casa haciendo los gestos de todas las tardes, lavando los platos, lavando los calcetines de Flora y tendiéndolos con unas pinzas en el balcón, hasta el momento en que sonó el teléfono. Tampoco puedo pensar en todo lo que hice el día anterior, porque todo desembocaba tranquilamente en aquella llamada de teléfono. Mi número de teléfono se lo dio Miguel a aquel

chico, en un momento en que recobró el conocimiento, pero enseguida de eso se murió. Y esto también es espantoso para mí, pensar que mi número de teléfono se le pasara por la cabeza mientras se estaba muriendo. Por teléfono yo no entendía nada, porque hablaban en alemán, y yo no sé alemán. Llamé a Orestes que sí sabe alemán. Luego, Orestes se ocupó de todo, llevó a la niña a casa de nuestros amigos los Bettoia, llamó a Osvaldo, llamó a Viola. Viola fue la encargada de ir a casa de mi madre. Quería haber sido yo quien le diera la noticia, pero al mismo tiempo quería salir para Brujas, y por fin decidí esto último, porque tenía que decirle adiós a Miguel y ver por última vez sus rizos pelirrojos que tanto me gustaban.

De Miguel nos despedimos en la capilla del hospital. Luego, en su pensión, nos dieron su maleta, el abrigo loden y un jersey rojo. Los tenían encima de una silla de su cuarto. Cuando murió llevaba vaqueros y una camiseta de algodón blanco con una cabeza de tigre. La camiseta y los vaqueros los vimos en comisaría, manchados de sangre. Dentro de la maleta tenía un poco de ropa interior, un paquete de galletas desmigajadas y un horario de trenes. Fuimos a ver la calle donde lo mataron. Es una calle estrecha, con almacenes de cemento a los lados. A esa hora del día estaba llena de camiones y de voces. Vino con nosotros el amigo que acompañaba a Miguel cuando lo mataron. Es un chico danés de diecisiete años. Nos enseñó la cervecería donde había estado comiendo con Miguel por la mañana y el cine donde se habían metido por la tarde. A Miguel lo conocía hacía tres días. No conseguimos sacarle quiénes eran los otros amigos de Miguel o qué tipo de personas frecuentaba. Así que la pensión, la cervecería y el cine son las tres únicas cosas que conocemos con relación a su jornada en aquella ciudad.

Escríbeme y dame noticias tuyas y de tu niño. Me pasa ahora una cosa: que de vez en cuando me da por pensar en tu niño, porque Miguel me había dicho que a lo mejor era también suyo. Yo no encontré que se pareciera a él cuando lo vi, pero no puede descartarse que tal vez sea suyo. Creo que, de todas maneras, sin preguntarnos si es suyo o no, debíamos ocuparnos de tu niño nosotras, es decir mi madre, yo y mis hermanas. Porque me parece que es nuestro deber, no lo sé; pero no todas las cosas que nos sentimos inclinados a hacer tienen una explicación, por el contrario, si quieres que te diga la verdad, creo que ninguno de nuestros deberes tiene explicación.

Así que procuraremos mandarte de vez en cuando un poco de dinero. No es que el dinero te vaya a resolver nada estando como estás sola, vagabunda, despistada y a la deriva. Pero todos nosotros en alguna zona de nuestro ser andamos algo desorientados y a la deriva y nos sentimos a veces fuertemente atraídos por el vagabundeo y por el deseo de no respirar otra cosa más que la propia soledad. Y a esa zona es adonde cada uno de nosotros debe trasladarse para entenderte a ti.

Angélica

XXXVIII

Trapani, 18 de junio de 1971

Querida señorita Angélica:

Soy una amiga de Mara y le escribo yo porque Mara está demasiado aturdida para escribir. Mara me pide que le haga llegar su pésame por la gran desgracia que les ha caído encima, y yo me uno a ella con mis más sentidas condolencias. Mara está tan impresionada que en dos días no ha probado bocado. Es comprensible, si se tiene en cuenta que su malogrado hermano Miguel era el padre del tierno angelito Pablo Miguel, esta adorable criatura que en estos momentos se entretiene jugando en el balcón con mi propia criatura, y en nombre de estos dos ángeles inocentes, me atrevo a pedirle que no se olvide de Mara, que ahora está en casa ayudándome en las faenas domésticas. No creo que pueda tenerlos aquí por mucho más tiempo a la madre y a su tierno infante, porque es una carga económica digna de consideración, y porque aunque a Mara la siento como a una hermana, lo que yo necesito realmente es una ayuda doméstica de verdad, y Mara tiene demasiados disgustos para entregarse a las faenas de la casa, que requieren paciencia, constancia y buena voluntad. A pesar de todo, ni mi marido ni yo tenemos alma para ponerla en la calle. Así pues, les ruego a todos ustedes que tomen a su cargo a esta joven tan tempranamente puesta a prueba por la vida y al inocente huerfanito de vuestro propio hijo y hermano, tan tempranamente llamado al cielo. Los disgustos y las preocupaciones económicas por las que estoy pasando ya son de no creerse. He llevado a cabo una buena acción, pero no quiero privar a los demás de la posibilidad de cumplir con su deber, y de llevar a cabo, al mismo tiempo, una buena acción.

Me despido respetuosamente, manifestándole mi consideración más distinguida y confiando en que mi petición será atendida.

Lillia Savio Lavia

Me he permitido recordarle que, al tener a Mara con ustedes, recibirían el inmenso consuelo de poder contemplar los rasgos de su amado difunto en el

rostro de este angelito; y este tipo de consuelo serena cual rocío benéfico los corazones golpeados por un luto que no tiene alivio.

XXXIX

Varese, 8 de julio de 1971

Querida Angélica:

Estoy aquí en Varese en casa de un tío de Osvaldo. Ya te habrá contado Osvaldo que la ricitos y su marido me echaron de su casa. Te agradezco mucho el dinero que me mandaste, pero desgraciadamente ese dinero se lo tuve que dar casi todo a la ricitos, porque decía que yo le había roto una vajilla completa, cosa que era verdad. Choqué con el carrito contra la puerta un día que tenían invitados a comer a una docena de parientes, y todos los platos se estrellaron miserablemente contra el suelo y se hicieron trizas.

Cuando supe que Miguel se había muerto, me tiré encima de la cama a llorar y así estuve todo el día, mientras la ricitos me traía tazas de caldo, porque ella, cuando dejaba de obsesionarse con el dinero que se malgastaba y la limpieza de la casa, no era mala persona. Luego reaccioné pensando en mi niño y volví a hacer la vida de siempre; y la ricitos me ponía unas inyecciones reconstituyentes, porque estaba por los suelos.

Yo tu carta no se la había enseñado a la ricitos, yo todas mis cartas las tenía guardadas dentro de un par de botas. Pero un día, al entrar en mi cuarto, me encuentro allí a la ricitos delante de la cómoda. Se puso muy colorada y me dijo que estaba buscando un exprimelimones. Yo le dije que no, que me había dado cuenta de que lo que quería era fisgar en mis cosas, y a partir de ese momento empezamos a reñir. Era la primera vez que reñíamos, pero a gritos y chillidos, y yo le llegué a arrancar un volante de la bata. Luego volvimos a tener una agarrada de gritar y chillar el día que me llegó tu cheque y yo le tiré el dinero a la cara y ella lo cogió. Esto pasó pocos días antes de que me echaran. Me doy cuenta de que siempre he tenido en la vida la mala suerte de que mis relaciones con la gente se echen a perder en cuanto pasa un poco de tiempo, y no sé si es por mi culpa o por culpa de los demás. Es lo que me ha pasado con la ricitos, y aunque no dejo de comprender que incluso debiera estarle agradecida, ahora no soy capaz de recordarla con cariño ni con serenidad.

Has sido muy buena al mandarme ese dinero y te pido que le des también las gracias a tu madre, porque supongo que será ella la que te lo habrá dado

para mí. Siempre que me mandes dinero te estaré agradecida y te lo voy a aceptar, pero no sería decente por mi parte dejar de decirte que no creo que mi niño sea de Miguel. No se parece a él. En algunos momentos recuerda a mi abuelo Gustavo. Pero otras veces se parece a Oliverio, aquel chico que iba mucho con Miguel y que solía llevar un jersey gris muy ancho con dos filas de arbolitos verdes. No sé si te acuerdas de este Oliverio. Yo me acostaría con él unas tres o cuatro veces, y no me gustaba nada, pero mira por dónde, a lo mejor fue precisamente con él con quien me vino a pasar lo que me pasó. Tú dices en tu carta muy bien explicado que aunque soy una atolondrada y ando a la deriva tú me puedes entender. Pues sí, a pesar de mi atolondramiento y de mi desarraigo, necesitaba decirte honradamente la verdad, porque no te quiero liar. Puedo estar dispuesta a liar a todo el mundo, pero a ti no te quiero liar. Como tú muy bien dices, no hay explicaciones para lo que sentimos necesario hacer ni para lo que no. Y lo bueno es precisamente que no haya explicaciones. Porque si hubiera explicaciones para todo sería un coñazo.

Bueno, seguiré contándote la cosa tan horrible que me pasó. La ricitos y su marido se habían ido de excursión a Catania. Pensaban pasarse tres días fuera, pero se les estropeó el coche. Así que tuvieron que anticipar la vuelta, y nada más entrar en casa me encontraron en la cama con un cuñado suyo; en la cama de su propio dormitorio. Eran las tres de la tarde, un domingo.

Este cuñado es un hermano de él, o sea cuñado de ella, y tenía dieciocho años. Digo «tenía» porque yo desde luego no creo que vuelva a verlo nunca. Estaba presente en aquella comida familiar, cuando yo hice trizas la vajilla, y me había ayudado a recoger los pedazos y a echarlos al cubo de la basura. El domingo de marras estaba yo sola en casa, porque ellos, como te digo, se habían ido a Catania. Estaba metiendo en la cama a los dos niños, al mío y al de ellos. Era poco después del mediodía y hacía un calor tremendo. Este Peppino tenía las llaves de la casa, así que de repente me lo encontré delante de las narices. No había sentido la puerta y me llevé un susto enorme. Era un chico alto, con el pelo negro lleno de ondas. Me andaba detrás desde aquel día de la vajilla. Se parecía un poco a Oliverio. Bajé la persiana del cuarto de los niños y fuimos a la cocina. Me dijo que tenía hambre y que quería unos espaguetis. Yo no tenía ganas de ponerme a cocinar y le puse un plato de lasaña. Él dijo que odiaba aquella lasaña fría de la casa de comidas, y que sabía cómo la hacían, con aceite frito y refrito y guardado en un frasco, y con ragú aprovechado de las sobras de los clientes. A cuenta de eso, nos pusimos a hablar mal de la casa de comidas, y como consecuencia de la ricitos y de su marido, es decir de su cuñada y de su hermano, y a base de hablar acabamos en la cama. En la cama de ellos, porque la mía era muy pequeña; yo se la enseñé, pero él dijo que era mucho mejor en la otra cama. Hacía poco que habíamos acabado de hacer el amor y estábamos allí abrazados tan tranquilos, medio dormidos y medio a oscuras, cuando de repente veo asomar por la puerta la cabeza de la ricitos y enseguida detrás la cabezota calva y las gafas negras del marido. Peppino se puso a toda prisa los

pantalones y la camiseta, agarró su niki, y santas pascuas; digo yo que acabaría de vestirse por las escaleras, porque se escurrió como alma que lleva el diablo, dejándome sola con aquellas dos víboras. Me dijeron que me fuera inmediatamente, yo les contesté que tenía que esperar a que el niño se despertara de la siesta, pero a todas estas los dos niños ya se habían despertado y estaban llorando. Me fui a hacer la maleta y en esto vino la ricitos y se echó a llorar de repente apoyada en mi hombro. Me dijo que ella comprendía, que al fin y al cabo yo era joven, pero que el marido no lo quería entender, y sobre todo pensaba que había mancillado con su hermano el tálamo matrimonial, y la casa y hasta las almas inocentes de las criaturas.

La ricitos me preparó la leche para el niño y la metió en una botella de plástico. Yo le pedí un termo, pero no me lo quiso dar porque tenía sólo uno, y el otro me lo había dado ya una vez cuando estábamos en la pensión. Pero yo, claro, con tantas mudanzas, y debe ser por eso por lo que la leche se estropeó y a media tarde tuve que tirarla. Le dije a la ricitos que me iba a Roma, pero no era verdad. Me fui a casa de una panadera conocida mía. La tienda la tenía cerrada, pero llamé por la puerta de atrás. La panadera me dijo que podría dormir en su casa aquella noche, pero más no; me puso un catre en el hueco de la escalera, y al niño lo metí en el capacho de plástico, aunque ya pasa mucho calor en él. En casa de la ricitos dormía en una camita vieja.

Por la tarde pesqué a Peppino llamándole por teléfono a la casa de comidas, y vino, y nos fuimos a dar un paseo y luego a hacer el amor en un prado cerca de las vías del ferrocarril. Mientras estábamos haciendo el amor, me di cuenta de que a mí de este Peppino no me importaba nada, porque yo nunca siento nada con los chicos más jóvenes que yo. Solamente consigo enamorarme de la gente mayor, cuando me parece llena de secretos raros y de raras melancolías, como el pelícano. Pero sin embargo con los chicos jóvenes me divierto y me pongo de muy buen humor, aunque al mismo tiempo me dé pena de ellos, porque me parecen tontos y atolondrados como yo misma, y me siento como estando sola, pero mucho más alegre. Lo mismo me pasaba con Miguel. Me divertía muchísimo salir con él, y pasamos juntos algunas horas maravillosas. Pero para mí no tenían nada que ver con el verdadero amor, se parecían más bien a las horas que pasaba de pequeña jugando a la pelota con otros niños delante de mi casa. Y de repente, estando allí con Peppino, me empecé a acordar de Miguel y me dio por llorar, y pensé que no hay manera de que esté contenta mucho tiempo seguido y que nunca habrá manera, porque siempre pienso y recuerdo demasiadas cosas. Y Peppino se creyó que lloraba porque me había echado la ricitos, y me consoló a su manera, se puso a imitar el maullido de un gato, que le sale muy propio. Pero yo seguía llorando y acordándome de Miguel, que ha acabado viniendo a morir apuñalado en una calle, y me dio por pensar que igual también yo acabo apuñalada por la noche en sabe Dios qué esquina de qué calle, y sabe Dios dónde, tal vez lejos de mi niño, y me empecé a acordar de mi niño, que lo había dejado donde la panadera. Así que le dije a

Peppino que dejara de imitar a un gato, porque no me estaba haciendo maldita la gracia. Luego, de repente, me acordé de mi abrigo de piel, que con el sofocón me lo había dejado olvidado en casa de la ricitos, colgado allí en el armario. Y al día siguiente Peppino, como tiene la llave, fue a buscarlo y me lo trajo a casa de la panadera. La verdad es que no le apetecía nada ir, porque tenía miedo de encontrarse con ellos por las escaleras, pero yo se lo pedí tan encarecidamente, que acabé por convencerle. Y no se los encontró.

El abrigo de piel se lo vendí a una amiga de la panadera por cuatrocientas mil liras, y con estas cuatrocientas mil liras me fui a un motel. Desde allí le puse una conferencia a Osvaldo a Roma, a su librería de viejo. Él me dijo que iba a pensar dónde podía meterme, y al poco rato me llamó y me dijo que podía ir a Varese a casa de un tío suyo, un señor viejo que estaba buscando a alguien que pasase las noches en su casa, para no sentirse solo.

Así que aquí estoy, en un chalet muy bonito con un jardín lleno de hortensias. Me aburro mucho, pero me encuentro bien, el niño también, y el tío este de Osvaldo es bastante simpático, seguramente maricón. Buen tipo, oliendo a colonia y con unas chaquetas de terciopelo negro preciosas. No da golpe; antes creo que se dedicaba a vender cuadros y toda la casa la tiene llena de cuadros. Pero la mayor ventaja es que es sordo como una tapia, así que el niño por la noche puede llorar todo lo que quiera, que él no lo oye.

Tengo un cuarto muy hermoso con tapicería de flores, ni comparación con el agujero aquel donde dormía en Trapani, y sobre todo que aquí no tengo casi nada que hacer, salvo cortar hortensias y ponerlas en floreros, y por la noche hacer dos huevos pasados por agua, uno para este señor y otro para mí. Lo malo es que no sé si podré quedarme mucho tiempo aquí, porque el tío de Osvaldo dice que probablemente Ada le cederá su criado, y entonces, si Ada le cede su criado, a mí ya no me necesita para nada. A esta Ada me la encuentro hasta en la sopa, así la partiera un rayo. Yo aquí me quedaría incluso para toda la vida. El aburrimiento se me hace llevadero, sólo que algunas veces en este chalet tan solitario me entra miedo. Yo antes no tenía miedo nunca, pero ahora en determinados momentos me asalta el miedo y siento como un nudo en la garganta. Me empiezo a acordar de Miguel y me da por pensar que igual yo me muero de repente aquí mismo, en este chalet tan precioso con alfombra roja en las escaleras y grifos con adornos en el baño y floreros llenos de hortensias hasta en la cocina y palomas que vienen a arrullarse en el alféizar de la ventana.

Mara

XL

8 de agosto de 1971

Querido Felipe:

Ayer te vi en la Plaza de España. No creo que tú me vieras. Iba yo con Angélica y con Flora. Tú ibas solo. Angélica dijo que te encontraba envejecido. Yo no sé si te he encontrado envejecido. Llevabas la chaqueta por los hombros y te ibas sobando la frente al andar, tu tic de siempre. Entraste en Babington.

Me resulta rarísimo verte por la calle y no llamarte. Pero la verdad es que no tendríamos nada que decirnos. A mí me es indiferente todo lo que te pasa, y a ti, por supuesto, te será indiferente lo que me pasa a mí. Me es indiferente lo que pueda pasarte, porque soy desgraciada. Lo que me pueda pasar a mí te es indiferente porque eres feliz. Total, que tú y yo ahora somos dos extraños.

Sé que estuviste en el cementerio. Yo no fui al cementerio, pero me lo dijo Viola, que estuviste. También sé que le dijiste que me querías venir a ver. Por ahora no has venido. Pero yo no tengo ganas de verte. En general no tengo ganas de ver a nadie, excepto a mis hijas, con sus inevitables adherencias familiares, a mi cuñada Matilde y a nuestro amigo Osvaldo Ventura. La compañía de estas personas no me doy siquiera cuenta de desearla, pero si tardo unos días en verlas, las echo de menos. Puede que si vinieras a verme, enseguida me acostumbrase a ti, y no quiero acostumbrarme a una compañía que, por ley de vida, no puede ser constante. Esa mujercita sonrosada con la que te has casado no te consentiría venir a menudo. Y yo con una aislada y triste visita formal de pésame no me iba a contentar. No me serviría de nada.

Como entra dentro de lo posible que en este tiempo que llevamos sin vernos te hayas entontecido, te quiero aclarar que en la frase «mujercita sonrosada» no hay ningún tipo de encono. Si en algún momento tuve celos o encono con respecto a ti, las circunstancias de la vida se los han llevado por delante.

A veces me sorprendo pensando en ti. Esta mañana me acordé de repente de un día en que fuimos juntos en tu coche a Courmayeur, a ver a Miguel que estaba allí en un camping. Puede que Miguel tuviera unos doce años. Me acuerdo del momento en que lo vimos delante de su tienda de campaña, con el

torso desnudo y los pies descalzos dentro de unas babuchas. A mí me dio mucha alegría verlo con tan buen aspecto, tan tostado, lleno de pecas, las suyas de siempre y muchas más. En la ciudad, a veces lo encontraba tan paliducho. Salía muy poco. Su padre no le animaba a salir. Fuimos a dar una vuelta en tu coche y estuvimos merendando en un chiringuito. A ti Miguel casi siempre te ponía nervioso. No lo querías. Él tampoco te quería. Tú decías que era un niño mimado, pedante, caprichoso. A él tú le caías antipático. No lo decía pero estaba clarísimo que lo pensaba.

Y sin embargo, aquel día todo fue armónico y sereno, sin una mala palabra entre vosotros. Entramos en una tienda donde vendían postales y recuerdos turísticos. Tú le compraste un sombrero verde con una cola de gamuza. Estaba feliz. Se lo puso ladeado sobre los rizos. Puede que estuviera mimado, pero también podía hacérsele feliz con un detalle de nada. En el coche se puso a cantar. Era una canción que cantaba siempre su padre. Generalmente me irritaba, porque me recordaba a su padre, con el que me llevaba fatal en aquella época. Pero aquel día estaba contenta y todos mis agravios se me hacían ligeros, dulces, llevaderos. La canción decía:

> No tenemos ni cañones,
> ni tanques, ni aviones,
> ¡ay Carmela...!

Tú también sabías aquella canción y se la seguiste:

> El terror de los fascistas
> rumba
> larrumba
> larrumba-ba...

Te pareceré una imbécil, pero sólo te he escrito esta carta para darte las gracias por haber cantando aquel día con Miguel y por haberle comprado el sombrero de cola de gamuza, que lo llevó puesto dos o tres años.

También querría pedirte un favor. Si sabes la letra entera de aquella canción, cópiamela y mándamela por correo. Te parecerá raro, pero se aferra uno a deseos nimios y extravagantes cuando ya ha dejado de desear nada.

Adriana

XLI

Ada se había ido a Londres con Elisabetta. Osvaldo pensaba irlas a recoger a primeros de septiembre. Por ahora tenía todavía algo de trabajo en su librería. Era el veinte de agosto. Angélica iba a salir unos días de Roma con Orestes, la niña y los Bettoia. Con Adriana se quedaba Viola. Las gemelas estaban haciendo camping en las Dolomitas.

A Ada y Elisabetta las habían acompañado al aeropuerto Angélica y Viola, en el coche de Viola. Estaban volviendo a casa. Osvaldo las seguía en su seiscientos.

Aquel mismo día por la mañana, Angélica y Viola habían ido al notario con Lillino y habían firmado la escritura de compraventa del torreón. El torreón lo había comprado el pelícano. Pero él no había aparecido por la notaría. Había mandado a su apoderado. Ahora él estaba siempre en Chianti. Tenía enfermedades diversas, todas imaginarias, según Osvaldo, pero no por eso menos dolorosas. No había vuelto a salir de aquella villa que tenía en Chianti. De su editorial se ocupaba Ada. Le llevaba el negocio sin cobrarle un céntimo.

—Bueno, es que a Ada el dinero le trae sin cuidado —le dijo Angélica a Viola.

Iba sentada en el coche al lado de Viola, que conducía con los ojos fijos en la carretera y su perfil inmóvil y gracioso. A pesar del calor, llevaba el pelo suelto, muy cepillado y brillante, perfumado, peinado hacia atrás. Llevaba un traje de lino blanco, fresco, muy bien planchado.

Angélica iba de vaqueros y con una camisa deslucida. Se había pasado la tarde haciendo las maletas. Salían al día siguiente.

Dijo Angélica que a Ada le traía sin cuidado el dinero, precisamente porque tenía muchísimo. Igual que el pelícano, también a él le importaba un bledo el dinero, pero lo apaleaba. No se entendía muy bien por qué había comprado el torreón. Era más que seguro que nunca iba a poner los pies por allí. Ni siquiera lo había visto. Ada había tenido que convencerlo de que era una buena inversión. Ada tenía el proyecto de transformar el torreón en otra cosa, no se sabía muy bien en qué. Quizá en un restaurante, quizá en una casa de reposo.

—Pues vaya un reposo —dijo Viola—. Con el trabajo que cuesta subir hasta allí. Tú es que no lo has visto. Yo sí.

—¿Pero no te estoy diciendo que Ada lo va a transformar todo? —dijo

Angélica—. Hará una carretera. Una piscina. Hará bungalows. Y sabe Dios cuántas cosas más.

Dijo que lo que tenían en común aquellos dos, es decir Ada y el pelícano, era una especial curiosidad por el dinero y por las transformaciones que el dinero podía imprimir a las cosas, y también una profunda indiferencia por gastarlo y ganarlo, teniendo ya tantísimo como tenían. En lo que no se parecían nada, en cambio, era en que Ada habría sido totalmente incapaz de imaginarse a sí misma sin dinero, es que ni se le pasaba por la cabeza, mientras que el pelícano, por el contrario, se pasaba la vida imaginándose pobre, y eso le producía escalofríos febriles a lo largo de la columna vertebral y le sobresaltaba con una mezcla de espanto y deseo.

—Total, que se acabó el asunto de nuestro torreón —dijo Viola.

—Nunca ha sido nuestro —dijo Angélica.

—Después de todo, tampoco era para tanto, no te creas —dijo Viola.

—Ya me lo figuro —dijo Angélica.

—Visto desde fuera, imagínate un montón de piedras con una ventana en lo alto. Recordaba vagamente la forma de un torreón, pero torre o torreón se le puede llamar a cualquier amontonamiento de piedras, si uno quiere. Por dentro olía a mierda, y había realmente muchas cacas dispersas por allí. Yo lo que más recuerdo del torreón es la mierda.

—Pero él no tiene olfato —dijo Angélica.

—¿Él, quién? —dijo Viola.

—El pelícano. Con esas narizotas que tiene, ya ves, dice que no percibe ningún tipo de olor.

—Yo la verdad, no entiendo por qué ha comprado el torreón. Claro que tampoco entiendo por qué lo compró papá.

—Si Ada ha dicho que era una buena inversión, no hay duda de que lo será. Ada no se equivoca en eso.

—Entonces lo que no entiendo es por qué lo hemos vendido nosotras —dijo Viola.

—Pues porque nos lo aconsejó Lillino.

—¿Y si nos hubiera aconsejado mal?

—Pues nada, qué le vamos a hacer.

—Yo no sabía qué hacer con aquel torreón de mierda —dijo Viola—. Pero al fin y al cabo lo compró papá. Siento haberlo llamado «torreón de mierda». Se me ha escapado sin darme cuenta. En fin, lo hecho, hecho está. El asunto del torreón queda cerrado.

—Eso en el caso de que alguna vez lo hubiéramos abierto —dijo Angélica.

—Me angustia un poco quedarme a solas con mamá en esa casa suya tan aislada —dijo Viola—. No me gustan los sitios aislados. Es por eso también por lo que no me gustaba el torreón.

—Bueno, a solas con mamá no. Está Matilde.

—Matilde a mí no me quita ni un gramo de angustia.

—Pero hay teléfono. ¿No te acuerdas de que le han puesto el teléfono? Gracias a Ada. Y además estará el perro de Ada. Osvaldo lo piensa llevar allí.

—Yo a los perros no los aguanto —dijo Viola—. Me tocará ocuparme del perro, de los conejos y del corderito de las gemelas, que hay que alimentarlo con biberón. Lo menos que podían haber hecho era llevarse el cordero.

—¿A las Dolomitas?

—Tengo miedo de estar embarazada —dijo Viola—. Se me está retrasando mucho el período.

—¡Qué bien!, ¿no? Siempre estás diciendo que tienes ganas de tener un niño.

—Tengo miedo porque voy a estar en esa casa tan aislada, sin un médico a mano para un caso de apuro.

—Puedes telefonear al doctor Bovo y viene en un santiamén. Y además, ¡qué le vamos a hacer! Mamá no se podía quedar ahí sola. Matilde tiene un sueño muy profundo. No la despierta ni un terremoto. Cloti se ha tomado sus vacaciones. Y yo no tengo más remedio que irme unos días; se lo he prometido a la niña. Pero vuelvo enseguida, mujer, y ya te sustituyo.

—Ya lo sé. Si no te lo estoy discutiendo. Sólo te digo que me da angustia. Lo digo, porque no veo razón para callármelo. Elio salió ayer para Holanda. Se marchaba desesperado de no llevarme con él.

—¿Y por qué no se ha quedado contigo?

—Porque tenía ganas de ver Holanda. Necesita distraerse. Pobre Elio. La muerte de Miguel le ha dejado hecho polvo. Le remuerde ahora la conciencia de no haber ido a Leeds a su boda. Dice que podría haberle dado buenos consejos.

—¿De qué tipo?

—Pues no sé. Consejos. Elio es muy humanitario.

—A Miguel lo mataron. Me pregunto qué clase de consejos humanitarios podrían haberle protegido de los fascistas que lo mataron.

—Si se hubiera quedado tranquilo en Leeds, no lo hubieran matado.

—Quizá le resultase difícil quedarse tranquilo.

—La última vez que lo vi fue en el Lago Argentina. Salía de ese horno de asar que hay en el Lago Argentina. Me dijo: «Salve», y enseguida se despidió. Le pregunté que qué había comprado. «Un pollo asado», me dijo. Ésas son las últimas palabras que me dijo. Ya ves qué poca cosa. Lo vi alejarse con su bolsa de cartón en la mano. Un extraño.

Habían llegado a casa de la madre. Viola aparcó el coche junto a los dos abetos enanos, agotados y mustios por el calor. Angélica sacó las maletas del portaequipajes.

—Pues anda, que no te has traído tú poca cosa —dijo.

—Un pollo asado, ya ves —siguió diciendo Viola—. Fueron sus últimas palabras. Todavía me parece que lo estoy oyendo. ¡Cuánto nos queríamos de pequeños! Jugábamos con las muñecas, yo era la mamá, y él la niña. Él siempre quería ser la niña. Quería ser como yo. Pero luego empecé a no caerle bien. Me

despreciaba. Decía que era una burguesa. Pero yo no acierto a ser de otra manera. Al final, a la única que quería era a ti. Yo tenía unos celos horribles. Seguro que a ti te han quedado muchos recuerdos de él. Siempre os estabais viendo. Eras amiga de todos sus amigos. Yo de esos amigos sólo sabía los nombres: Gianni, Anselmo, Oliverio, Osvaldo. Con respecto a Osvaldo, a mí siempre me fastidió que fuera tan íntimo suyo. Era una amistad de homosexuales, no me digas. Es inútil seguirlo negando. Bastaba con verlos. Lo dice Elio también, que los vio juntos algunas veces. Yo todavía no puedo tragar la idea de que Miguel se hubiera vuelto homosexual. Miguel si me oyera diría que soy una reaccionaria. Pero me pone mala ver a Osvaldo. Es muy amable y todo lo que tú quieras, pero a mí me pone mala. Lo tendré que ver bastante, porque creo que viene mucho aquí. Qué es lo que viene a pintar aquí, no se sabe. Ahí lo tienes, mira. Está llegando. Conozco el ruido de su seiscientos. Pero a mamá parece que le gusta. O no se da cuenta de las cosas, o se habrá hecho ya a la idea. Puede que se acabe acostumbrando uno a todo.

—Se acostumbra uno a todo —dijo Angélica—. Cuando ya nos hemos quedado sin nada.

XLII

Leeds, 9 de septiembre de 1971

Querida Angélica:

Llegué a Leeds ayer por la mañana. He dormido en una pensión que se llama Hong-Kong. No cabe imaginar una cosa más triste que la pensión Hong-Kong de Leeds.

He dejado en Londres a Ada y Elisabetta, porque era absurdo que ellas vinieran aquí.

Al chico aquel que te escribió, que se llamaba Ermanno Giustiniani, he conseguido encontrarlo. Sigue viviendo en las mismas señas que te mandó a ti. Es un chico muy simpático, de cara afilada y bastante pálida, parece un maltés, y efectivamente su madre, según me ha contado, era de origen asiático.

Me ha dicho que Eileen y sus hijos se han vuelto a América. Él no tiene las señas. De Eileen me ha contado que era realmente una mujer de gran inteligencia, pero alcoholizada. Miguel se casó con ella con el propósito de redimirla del alcohol. Eso le retrata, porque ya sabes cuánto le gustaba erigirse en redentor del prójimo. Sólo que sus raptos de altruismo eran infecundos por lo poco que duraban. A los ocho días de casados, el matrimonio ya se había hecho polvo. Durante ocho días, parece ser que fueron felices. Ermanno no los conoció durante esos ocho días, los conoció luego, cuando ya prácticamente se había acabado todo. Pero algunos amigos le han contado que durante ocho días Eileen dejó por completo de beber y que parecía otra persona.

Ermanno me ha acompañado a la casa de Nelson Road, donde vivieron Eileen y Miguel. En la casa hay un cartel que dice: «For sale», o sea que la han puesto en venta. Con lo cual me he dirigido a la agencia y he tenido posibilidad de visitarla. Es la típica casita inglesa de tres pisos, con una habitación en cada piso, amueblada en plan sórdido con muebles de falso estilo liberty. Entré en todas las habitaciones. En la cocina ha quedado un delantal seguramente de Eileen, con un estampado de tomates y zanahorias, y una gabardina de satén negro, que también sería de Eileen, con un roto en la manga. Pero no son más que conjeturas.

Una de las habitaciones tenía adornada la pared con cromos de

Blancanieves y los siete enanitos y en el suelo había un tazón de leche echada a perder, sin duda destinada a un gato.

Si te describo tan minuciosamente todas estas cosas, es porque creo que te gustará saberlas. De Miguel no he encontrado nada, excepto una camiseta de lana usada como trapo del polvo y colgada de la punta de una escoba. Me pareció una camiseta que una vez se compró él para el invierno y, en efecto, miré y vi por dentro la marca de Anticoli, la tienda esa que hay en la calle de la Vite. Tras unos instantes de duda, la dejé donde estaba. Pienso que no sirve de nada conservar prendas de los muertos, cuando han sido manoseadas por desconocidos y se ha evaporado su identidad.

La visita a esta casa me ha dejado sumido en una melancolía sin límites. Estoy aquí, en mi cuarto de la pensión, y veo a través de la ventana la ciudad de Leeds, una de las últimas ciudades por donde paseó Miguel. De este chico tan agradable, Ermanno Giustiniani, con el que estoy citado para cenar esta noche, no logro sacar en limpio casi nada sobre Miguel, porque no lo conoció mucho, o porque no se acuerda bien, o a lo mejor porque le pone triste hablar a fondo conmigo de él. Es un chico muy joven. Los jóvenes de ahora no tienen memoria, y, más que nada, no la cultivan. Tú sabes bien que el propio Miguel tampoco tenía memoria, o mejor dicho no estaba dispuesto a alimentarse de ella, a cultivarla. Para cultivar los recuerdos, quizá sólo hayamos quedado tú, tu madre y yo. Tú porque ésa es tu manera de ser; yo y acaso también tu madre no sólo por manera de ser, sino porque en nuestra vida actual no hay nada que valga tanto la pena como algunos lugares y momentos que nos salieron al encuentro a lo largo del camino. Mientras yo los estaba viviendo y mirando, aquellos momentos y aquellos lugares brillaban con un extraordinario resplandor, pero era porque sabía que un día me pararía a recordarlos. Siempre me hizo sufrir mucho que Miguel no quisiera o no pudiera conocer este resplandor, y siguiera andando sin volver jamás la cabeza. Pero creo que, aunque no lo supiera, lo que él contemplaba dentro de mí era ese resplandor. Y he pensado muchas veces que a lo mejor mientras se estaba muriendo recorrió y conoció, como en un relámpago, todos los caminos de la memoria. Y este pensamiento para mí es consolador, porque nos consolamos con nada, cuando ya no tenemos nada. Y hasta haber visto en aquella cocina aquella camiseta hecha un guiñapo que no quise recoger, ha significado para mí un extraño, gélido y desolado consuelo.

Osvaldo